

ENTRE HILOS Y ALGODÓN

Parte segunda

Letizia Balmoral

Contents

[Entre hilos y algodón](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[EPÍLOGO](#)

[Nota de la autora](#)

Entre hilos y algodón

Parte 2ª

Letizia Balmoral

Copyright © 2024 Letizia Balmoral.

Esta es una obra de ficción. Personas (vivas o muertas) lugares o situaciones son producto de la imaginación del autor, por lo que cualquier parecido con la realidad es sólo una coincidencia.

©Todos los derechos reservados

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, o cualquier otra forma de cesión de la obra sin el consentimiento previo y por escrito del titular del copyright.

Diseño de portada: Eduardo Jimenez Serrano

Capítulo 1

Habían transcurrido unos meses desde su partida a Inglaterra, cuando Miguel desembarcaba de nuevo en el puerto de la ciudad que lo vio nacer. Del idioma había aprendido lo necesario para manejarse en la vida cotidiana, pero había cumplido con su objetivo primordial, pues regresaba cargado de nuevos e interesantes conocimientos, con los que modernizar los procesos productivos en la fábrica textil de Antonio Borrell.

—¡Muchacho! —la voz alegre y enérgica de su tío le saludaba desde uno de esos automóviles, coches sin caballos que, según profetizaban algunos, serían el futuro.

—¿Tío? —Miguel, entusiasmado, apresuró el paso hacia el moderno artefacto— ¡Ha comprado un automóvil! Es usted innovador, de eso no me cabe la menor duda.

Antonio se había bajado del coche y abrazaba a su sobrino con indudable cariño.

—¡Miguel! ¿Estos meses fuera han bastado para que me trates de usted, como si no fuésemos familia?

Miguel sonrió, su tío tenía razón, pero no terminaba de acostumbrarse a su nueva condición, pues no era fácil pasar de ser un huérfano a quien nadie tiene en cuenta, a convertirse, de la noche a la mañana, en sobrino del mismísimo dueño de industrias Borrell.

—¿Qué tal todo por aquí, tío? ¿Qué tal están mis primas?

—En su línea, chico...pero por suerte, estamos todos bien. Bueno, imagino que vendrás cansado.

—Ha sido un viaje largo, en efecto.

—Pues ahora, a descansar tocan, que mañana será otro día, en el que me pongas al tanto de todo lo que has aprendido. Pero, de momento, te llevaré a casa.

Tío y sobrino atravesaron la ciudad a bordo de su carruaje sin caballos, alertando a viandantes y carros con el sonido impertinente de una bocina con la que no pasaron desapercibidos.

—Además del automóvil, tengo otra sorpresa para ti, Miguel...

—¿Aún más sorpresas? —preguntó el joven, entusiasmado como un niño.

—Espero que, la que viene a continuación, te guste aún más.

A Miguel no le dio tiempo a preguntar de qué se trataba, pues en ese momento se detuvieron ante la fachada pintoresca de una bonita construcción.

—Esta es tu nueva casa.

—¡Pero tío...! —Los ojos de Miguel brillaron de entusiasmo—Es preciosa, aunque no sé si el alquiler estará a mi alcance.

—Nada de alquiler, es una casa en propiedad. —Ante la cara de desconcierto de su sobrino, Antonio Borrell le puso al tanto—. Es una casa que he adquirido en tu nombre, confiando en que sea de tu agrado. Pero como te conozco y sé que eres como mi hermano—tu padre— y no vas a aceptar vivir de prestado, he pensado que puedes pagármela en cómodos plazos, ¿te parece buena idea?

Ya habían bajado del vehículo y Miguel, llevado por la emoción, no pudo evitar abrazarse de nuevo a su tío, quien recibió el gesto complacido.

—Veo que estás de acuerdo, así que entremos en tu nuevo hogar, espero haber acertado con las remodelaciones del interior.

La casa, sin ser excesivamente grande, era amplia y muy luminosa. En la parte trasera se abría a un pequeño pero agradable jardín, muy cuidado, donde no faltaba una pérgola de hierro donde sentarse a contemplar el cielo vespertino.

Las paredes estaban recién pintadas con colores claros y luminosos, y el mobiliario, clásico y elegante, salpicaba las estancias con discreción, sin abarrotarlas. Miguel lo contemplaba todo fascinado, a pesar de la sombra de tristeza que nublaba sus ojos azul violeta.

En ese momento, descendió las escaleras una criada uniformada. Era joven, pero el rostro, deformado por la viruela y un cuerpo escuálido componían un conjunto carente de atractivo.

—Miguel, te presento a Serafina, ella está a tu disposición. Ha sido Virtudes quien la ha buscado personalmente, tu prima también ha aportado su granito de arena, lo cual no deja de sorprenderme y agradarme bastante, pues ya sabes que mis hijas no suelen pensar más que en sí mismas— explicó Antonio Borrell, con la resignación pintada en el rostro.

La criada saludó al joven, sin poder disimular lo que, sin duda, era una grata sorpresa, al comprobar que trabajaría para un hombre tan joven y apuesto.

—Bueno, muchacho, espero que todo sea de tu gusto.

—Has acertado de lleno, querido tío. No sé cómo podré pagarte cuanto haces por mí.

—No digas eso, ni en broma: el que está en deuda contigo soy yo, ha sido una enorme suerte encontrarme, de pronto, con un hijo de mi amado hermano, un joven a su imagen y semejanza, trabajador y honrado como él. Una suerte la mía, Miguel.

Se abrazaron de nuevo como despedida, pues Antonio Borrell, satisfecho al comprobar que sus gestiones habían agradado a su sobrino, consideró que era el momento de dejarlo a solas, para que pudiese descansar del largo viaje.

Una sensación agridulce se apoderó de Miguel cuando cerró la puerta de su propia casa. Era un sueño pasear a sus anchas por aquellas estancias limpias, luminosas, acogedoras. Contempló el jardín desde una de las grandes ventanas de la planta baja, y sus ojos se humedecieron, escapando al control de una mente que intentaba impedirlo. Acababa de conjurar la imagen de Martina, a la que pudo ver, como una aparición fantasmal, sonriéndole bajo la pérgola de hierro. El dolor fue infinito al constatar, una vez más, la ausencia de la mujer amada. Irrumpieron en su mente fatídicas visiones de Martina entregándose al hombre con el que se había casado, y tuvo que sentarse, derrotado por la pena.

En ese momento apareció la criada, quien a pesar de darse perfecta cuenta del dolor que reflejaba el rostro del joven, aparentó la más completa indiferencia:

—Señor, disculpe. Su tío me ha ordenado que le prepare un baño caliente, si usted así lo desea.

Miguel asintió con la cabeza, mientras sus ojos se perdían de nuevo en la frondosidad del jardín.

—Sí, un baño me vendrá bi gracias.

La muchacha hizo un gesto con la cabeza y salió de la habitación, pensando en la desgracia de quienes tenían la vida asegurada y, sin embargo, parecían tan infelices como ella, una mujer condenada a servir hasta que los años le impidiesen realizar su trabajo con soltura, momento en el que los señores la remplazarían por otra niña criada, como lo fue ella, dejándola abandonada a su suerte. Sin embargo, Serafina desconocía el pasado de abandono y carencias del joven señor y, sobre todo, su desafortunado enamoramiento de una mujer que lo había dejado vacío como un pozo seco. Miguel era incapaz de olvidar a Martina y, a pesar de que su vida había cambiado hasta parecerse tanto a la que siempre soñó, la ausencia de ella le impedía ser del todo feliz.

Capítulo 2

Unos meses después de su matrimonio con Pedro Sanchís, la situación se había vuelto insoportable para Martina. Desde aquella noche de bodas, aún presente en el pensamiento de la joven como una pesadilla, el rico industrial había dejado ver su lado más turbio.

Aquella primera noche no pudo consumir el matrimonio, pues era tal su obsesión por la joven que tenía desnuda sobre su cama que, sólo con verla allí, sometida a su voluntad, la excitación alcanzó el punto álgido, y se derramó como un adolescente, sin llegar a tocarla. Y aunque Martina no comprendió lo sucedido, su intuición le decía que algo iba muy mal.

En efecto, la noche siguiente, Pedro Sanchís entró en el dormitorio de su esposa cuando ella ya se había quedado dormida. La contempló en silencio durante unos instantes y, cuando ya la excitación amenazaba con malograr su intento, tiró de las sábanas. Sin que Martina tuviese tiempo de reaccionar, la penetró con el deseo contenido de tantos meses, mientras ella retorecía con fuerza la sábana, intentando no gritar de dolor. Antes de salir de la habitación, Pedro Sanchís contempló la pequeña mancha roja que, en llamativo contraste con la blancura de la sábana, parecía advertirle del ultraje que acababa de cometer. Él, sin embargo, sonrió satisfecho al constatar que había sido el primero.

Martina supo lo que era un coito apresurado y violento, desprovisto de amor. Y aunque lloró la traumática experiencia mientras comprendía que algo en su interior se había roto sin remedio, en lo más hondo de su ser aún brillaba la luz de la esperanza, la que le decía que el amor, como el que ella sentía por Miguel, era algo muy diferente a eso, algo que aún desconocía.

Y así transcurrían las noches de Martina, acurrucada en la cama, cruzando los dedos para que su esposo no entrase en su habitación, pues Pedro Sanchís, lobo solitario, tenía su propia guarida. En algunas ocasiones en las que él no parecía saciarse nunca de su hermoso cuerpo, se quedaba a su lado toda la noche, disfrutando con el sufrimiento visible en el rostro de Martina cada vez que él la obligaba a algo nuevo y descabellado, doloroso e insultante. Por ello, Martina cada día le odiaba más. Y una sombra de abatimiento y algo parecido al rencor intentaba quedarse para siempre en su ánimo cuando pensaba en Miguel y en las razones por las que había renunciado a ella, abocándola a esa vida de sufrimiento al lado de un hombre cuya sola presencia era suficiente para que se le cortase la respiración. Aun así, por más que su cabeza intentaba convencerla de su traición, su corazón seguía amándolo.

A pesar de haber trascurrido un tiempo razonable, Teresa Ribas no había mejorado, y seguía absorta en ideas delirantes, sin apenas reconocer a su hija, postrada en la cama o en una silla de ruedas con la que Martina la sacaba a pasear por el jardín. Gracias a ello, su madre se había librado de la cruda realidad, en la que ambas, lejos de disfrutar la vida regalada que auguraba el matrimonio que ella misma concertó con un hombre acaudalado como Pedro Sanchís, vivían sometidas a los caprichos de ese déspota. Martina apenas salía si no era acompañada por su esposo, quien elegía todo su vestuario, recatado y sombrío, vestidos de oscuras tonalidades con las que, a pesar de sus intenciones, no lograba eclipsar la belleza deslumbrante de la joven. Iban al teatro y a la ópera de cuando en cuando, situaciones que don Pedro aprovechaba para lucirla como a un trofeo, al que volvía a guardar bajo siete llaves en su encierro. Cuando el tiempo lo permitía, solían recorrer el paseo más frecuentado de la ciudad, donde el hombre se divertía observando las miradas de admiración que el resto de caballeros dedicaban a su esposa. Este deseo en los ojos de los hombres que miraban a Martina era el detonante de otro tipo de

excitación, tan enfermiza que no admitía demora, pues en cuanto regresaban a casa, Pedro Sanchís se encerraba en con ella en el dormitorio, después de indicarle a la gobernanta que no preparase la mesa para cenar. Aquellas ocasiones eran las peores, pues la obligaba a susurrarle al oído los actos obscenos que realizaría con los caballeros que tanto la admiraban. Después, él jugaba al marido ofendido, y la abofeteaba antes de tomarla a la fuerza como castigo por su infidelidad.

Martina estaba cada día más convencida de que su marido estaba enfermo de un mal que no sabía calificar, porque aun desconociendo los comportamientos de otros matrimonios, intuía que el de su esposo no era normal. Para compensar tanto agravio, se sumergía en bellas ensoñaciones, en las que recordaba los besos de Miguel, sus caricias y lo que la hicieron sentir en el cuerpo y en el alma. Y entonces se fundía con él en una entrega íntima y placentera. Cuando abría de nuevo los ojos, lloraba en silencio la ausencia de su amado.

Para seguir adelante sin desfallecer, Martina se aislaba en un mundo interior que compartía sólo con Miguel, el hombre alegre, decidido y luchador al que amó como sólo se ama una vez, pero cuando regresaba a la realidad, se imponía el recuerdo del joven que había decidido destruir su bella historia de amor con una carta devastadora. Rememorar al Miguel que conoció en la fábrica de los Borrell era su único consuelo, y había aprendido a refugiarse en sus labios y en sus bellos ojos para poder soportar su triste realidad. Pedro Sanchís ni siquiera imaginaba que Miguel era la fuerza que ayudaba a Martina a vivir en la indiferencia hacia él, hacia sus desprecios y su maltrato.

Ahora, una pequeña ilusión ayudaba a Martina a salir adelante: su enorme creatividad. Gracias a ello, se encerraba cada tarde en la salita y confeccionaba vestidos en miniatura con retales de telas que se guardaban en el sótano de la casa, excedentes de mercancías y muestras de tejidos que acumulaban polvo en el olvido. Comenzó cosiendo vestidos de mujer, pero un día se le ocurrió la idea de crear un trajecito de niño. A pesar de que, en sus circunstancias, la maternidad era algo ajeno por completo a sus deseos, la confección de la ropita de bebé era un refugio a la amargura de su día a día con un hombre al que odiaba, y una vía de escape al dolor por la pérdida de Miguel.

Con telas diversas, puntillas, botones de nácar, hilos de seda y pasamanerías, Martina daba forma a delicados atuendos infantiles, que solía cortar del tamaño de un muñeco que hacía las veces de maniquí. Así pasaba la tarde, hasta que regresaba Pedro. Entonces Martina salía de su taller improvisado, cerrando la puerta con discreción, para que su esposo no sospechase de su afición a la costura, pues estaba segura de que, en su deseo enfermizo por hacerla daño de la forma que fuese, la privaría de ese rato de creatividad que tanto sosiego le aportaba a su espíritu.

Una de sus aficiones preferidas era bajar al sótano y rebuscar entre los muchos objetos que se acumulaban allí, pues siempre encontraba alguna pieza de tela u ornamento con el que darle un toque especial a sus creaciones. Entre aquellos muros el tiempo parecía discurrir a otra velocidad, pues no era extraño que, entretenida en su búsqueda, la tarde pasase en un suspiro.

En una de aquellas ocasiones, Martina encontró un baúl en el que nunca antes se había fijado. Le pareció extraño que estuviese cerrado con llave, pues había otros cofres como aquel que estaban abiertos, ya que su finalidad era guardar objetos de todo tipo que habían quedado en desuso. Ya se daba la vuelta cuando, en un hueco entre dos de las piedras que conformaban la pared, le pareció ver el brillo inconfundible del metal. Se acercó al muro y se puso de puntillas hasta rozar con los dedos lo que, sin duda, era una llave. Como no alcanzaba, acercó una de las sillas que allí se amontonaban y metió los dedos entre la hendidura, para comprobar con satisfacción que no se había equivocado, era una llave y, sin duda, pertenecería al misterioso cofre, lo cual se propuso

averiguar de inmediato.

Excitada por el descubrimiento, Martina la introdujo en el hueco pero, antes de girarla, subió las escaleras del sótano, miró la hora en el reloj de pared y se tranquilizó al comprobar que aún quedaban un par de horas antes de que su esposo regresase.

Cuando la tapa del baúl se levantó, Martina comprobó, decepcionada, que allí no había más que papeles. La mayoría de ellos eran transacciones comerciales firmadas por su esposo, facturas y contratos con diversas navieras. Desilusionada por el hallazgo, ya se disponía a cerrar, cuando le llamaron la atención las palabras que aparecían escritas en un papel amarillento, *obrero textil*, a las que precedía un nombre de mujer. Cuando lo desplegó, pudo ver que era una carta del juzgado, fechada años atrás, en otra ciudad. ¿Acaso su esposo había vivido antes allí? fue lo primero que pensó, reforzando aún más su sensación de estar casada con un completo extraño. Aun desconociendo la terminología jurídica, los hechos narrados, en lo que parecía ser una denuncia, no dejaban lugar a dudas: la demandante acusaba a un individuo llamado Raimundo Pérez de haber abusado brutalmente de ella. Martina, temblorosa, releyó el párrafo varias veces, después de lo cual le quedó claro cuál era el motivo concreto de la denuncia: intento de asesinato. Había sido violada y golpeada, presentando lesiones varias en cabeza y cara, además de rotura de una costilla. La secuela irreversible de los golpes era una sordera permanente del oído derecho. ¿Quién era ese individuo, de una brutalidad aterradora, y por qué su esposo guardaba esa carta allí? ¿Sería Pedro Sanchís cómplice, no acusado formalmente, de la agresión? ¿Qué le unía a esa mala bestia, quizás eran amigos de correrías?

No leyó más, estaba muy asustada, pues aquella información contribuía a afianzar su convicción de que su esposo no era trigo limpio. Todavía temblando, Martina estuvo tentada de guardarse aquella carta, pero no se atrevió, así que cerró el cofre y volvió a colocar la llave en su sitio. Pero antes, había grabado en su memoria el nombre de aquella mujer: María Concepción Ruiz.

Capítulo 3

Tras su viaje, Miguel había reanudado su trabajo en industrias Borrell con entusiasmo. Venía cargado de un montón de ideas que deseaba poner en práctica con la autorización, por supuesto, de Antonio Borrell, encantado con la eficiencia de su sobrino quien, en tan poco tiempo, se había mostrado muy capaz de desempeñar un cargo de responsabilidad en la empresa.

El joven ya no veía a la familia Borrell con tanta asiduidad, pues ahora prefería pasar el domingo en su nueva casa donde, para no pensar en Martina, dedicaba horas y horas a su nuevo proyecto. Se había propuesto innovar la empresa y, para llevarlo a cabo, debía encontrar la manera de adaptar cuanto había visto y aprendido de los ingleses a la forma de trabajar en España, pues no le cabía ninguna duda de que ambas nacionalidades tenían sus diferencias, provenientes, sin duda, de la idiosincrasia de cada una de ellas.

Inmaculada y Virtudes visitaban a su primo con excesiva frecuencia y, aunque Miguel las considerase unas muchachitas simplonas, de conversaciones banales y aburridísimas, no le quedaba más remedio que ser condescendiente con ellas, sobre todo por el cariño que le profesaba a su tío Antonio.

Aquella tarde, Virtudes tomaba el chocolate —que por costumbre la criada preparaba todos los domingos, en previsión de la indudable aparición de las señoritas Borrell— mientras Inmaculada, bastante menos interesada que su hermana en aquellas visitas, dormitaba en el porche trasero, aprovechando los últimos rayos de sol del otoño.

—Querido Miguel, supongo que asistirás al baile.

Como siempre, Miguel estaba distraído, pensando en Martina cuando el trabajo no ocupaba su mente. Salió de su ensimismamiento sin comprender a qué se refería Virtudes.

—No me mires así— le dijo Virtudes, divertida al constatar su completo despiste— hablo del baile anual, el que celebraremos en casa con motivo del día de san Antonio María Claret. Papá suele invitar a nuestros mejores clientes y proveedores. También abre las puertas de la fábrica para invitar a los obreros a merendar, al fin y al cabo, es el día de su Santo Patrón, dice él.

Por un momento, Miguel se imaginó las mesas dispuestas en una de las naves, donde no faltarían el vino y quizás un asado, pan reciente y dulces. Martina y él hubiesen bailado toda la tarde, envueltos en la alegría de la música y, quizás después, cansados y felices, hubiesen consumado su amor en algún lugar oscuro y olvidado, llevados por esa atracción irresistible, por ese deseo ardiente que los poseía cuando sus bocas se juntaban...

—¡Miguel, que te estoy hablando!—Miguel regresó a la realidad de esa tarde dominical y aburrida que, por desgracia, se veía obligado a compartir con la pesada de Virtudes— ¿Te parece bien?

—Perdona, querida prima, me he dejado llevar por el sopor, esta noche apenas he descansado. ¿Qué me decías?

—Te comentaba que llevaré un vestido precioso, pero que deja al descubierto la mitad de mis pechos, no sé si papá lo aprobará.

—No lo sé, Virtudes, eso son cosas de mujeres —respondió el joven, ciertamente cohibido.

—Y de hombres, Miguel, y de hombres. ¿Acaso eres inmune a los encantos de un pecho femenino?

Miguel se ruborizó, no estaba acostumbrado a mantener conversaciones de ese tipo con sus primas. Negó con la cabeza, mientras ella le miraba con inusitada insistencia. A continuación,

Virtudes se acercó un poco más y, tirando de la tela de su escote hacia abajo, dejó al descubierto una porción importante de su piel aceitunada:

—¿No te conmueve mi pecho, querido Miguel?

El joven se quedó paralizado, ¿acaso Virtudes se le estaba insinuando? Aterrorizado ante la posibilidad, se levantó de un salto y se dirigió hacia la puerta, desde donde podía ver el cuerpo voluminoso y desgarbado de Inmaculada sobre el sillón de mimbre.

—Virtudes, no quisiera ser grosero, pero estoy cansado y mañana debo madrugar, así que me gustaría tomar un baño y acostarme temprano. Llamaré a Inmaculada, parece que se ha quedado dormida.

—Déjate, la tonta de mi hermana siempre está dormida, cuando debería despertar a la vida, como yo... Un baño, caliente, con espuma. ¿No te apetecería compartirlo conmigo?

En efecto, Virtudes se le estaba insinuando, y la situación era muy comprometida. ¿Qué pensaría su tío Antonio? Por él, decidió aclarar las cosas con su prima, con la sana intención de que aquello no pasase de una simple anécdota, pero se lo pensó mejor al recordar el verdadero carácter de Virtudes, que había tenido la desgracia de conocer el día que tropezó con ella a la entrada de la fábrica de los Borrell.

—Virtudes, es tarde, de verdad, es preferible que te vayas. —Y sin esperar respuesta, se dirigió a la zona donde Inmaculada, ajena a todo, dormía su plácida siesta acompañada por los últimos rayos de sol.

—Pero vendrás al baile, ¿verdad? —le preguntó Virtudes, como si nada hubiese pasado.

—No, si puedo evitarlo —respondió Miguel con sequedad.

—Tú lo has dicho, será inevitable, pues mi padre querrá que estés. Me pondré tan sugerente, que no habrá caballero que se resista a mis encantos.

Miguel pensó que ni paseándose con los pechos al aire lograría Virtudes llamar la atención de un hombre. Estaba descubriendo una faceta de su prima que le desagradaba aún más que su peor cara, la que ya conocía. Con la perplejidad dibujada en el rostro, Miguel acompañó a las dos hermanas hasta la entrada. Mientras las veía alejarse por la acera, comprendió que, si no se andaba con pies de plomo, Virtudes podría convertirse en un grave problema para él.

El día del baile, la casa de los Borrell estaba adornada con cientos de flores flanqueando el paseo central. Algunos de los invitados habían dejado sus carruajes en la enorme explanada que se abría ante la fachada principal, donde los cocheros formaban corrillos de animadas conversaciones, intentando hacer un poco más amena la larga noche de espera mientras vigilaban a las inquietas caballerías.

A través de las ventanas, las luces del interior iluminaban la escalinata, arrancando brillos a las joyas de las invitadas que ascendían por ellas, ataviadas con sus largos trajes de noche y del brazo de gentiles acompañantes vestidos de etiqueta.

Miguel fue de los primeros en llegar, su tío así se lo había recomendado, con la intención de recibir juntos a los invitados y ser presentado a todos aquellos a los que aún no conocía. Había sido Antonio Borrell quien le había asesorado con la vestimenta, y el joven hacía gala de su elegancia natural, impecablemente vestido para la ocasión. Estaba tan atractivo, que era objeto de las miradas de todas las mujeres de la sala, sea cual fuese su edad y condición.

Poco a poco, las parejas fueron entrando en el salón, en uno de cuyos ángulos una pequeña

orquesta esperaba la orden para comenzar a tocar el vals que abriría la noche de baile. Mientras, un par de camareros sorteaban con habilidad a los asistentes, intentando mantener sobre las bandejas de plata las copas de champán francés que ofrecían a los recién llegados.

Virtudes, infatigable en su propósito, rondaba incansable alrededor de Miguel, abusando de su parentesco como excusa para permanecer pegada a él. No había logrado su propósito, y en lugar del seductor vestido estilo imperio con el que soñaba, cuyo corte hubiese dejado a la vista una buena porción de escote, lucía un poco favorecedor vestido de raso amarillo, cuyo patronaje, aun estando a la última moda, le daba el aspecto de una novicia fuera de lugar.

Ya habían llegado casi todos los invitados cuando, a los pocos minutos del comienzo del baile, un nuevo carruaje se detuvo ante la escalinata principal. De él descendió una pareja que hizo su entrada por la puerta principal y, al igual que el resto, se dirigió hacia los anfitriones antes de integrarse entre el resto de asistentes. Miguel se quedó de piedra al contemplar ante él el rostro añorado de Martina.

—Señor Sanchís, un placer verle por aquí —mintió Antonio Borrell, a quien aquel hombre, del que había oído ciertos rumores inquietantes, no le agradaba nada—. Tengo el gusto de presentarle a mi sobrino, Miguel.

Mientras tanto, Martina y Miguel estaban poseídos por el embrujo del amor: como si el mundo hubiese dejado de existir a su alrededor, se miraban hechizados, sin poder apartar los ojos el uno del otro. Sin duda, el gesto pasó desapercibido para la mayoría de los asistentes, que charlaban en corros, reían y bebían champán, pero no para los protagonistas de la escena: Antonio Borrell comprendió de inmediato quien era la bellísima joven, esposa de Pedro Sanchís, y lo que significaba para su sobrino; el esposo de Martina reconoció de inmediato a aquel joven que, antes de su matrimonio, había supuesto un quebradero de cabeza para él, al intentar mantenerlo lejos de su futura esposa a toda costa; y Virtudes, que no se separaba de su padre y de Miguel, contempló con estupor el bello rostro de Martina, a quien, una vez casada, ya no creía una amenaza. Fue testigo directa de las miradas de los enamorados, y comprendió que no habría fuerza humana capaz de acabar con aquella pasión. Sólo la muerte podría impedir que aquellos dos acabasen retozando, pensó, mientras la rabia se materializaba en forma de un rubor intenso en su desafortunado rostro.

La mano flácida de Pedro Sanchís estrechó la de Miguel con visible desgana y, contraviniendo las más elementales normas de cortesía, no presentó a su esposa: dejando de lado el protocolo, saludó con un gesto de cabeza al anfitrión y, agarrando con fuerza a Martina del brazo, se integraron entre el resto de asistentes, como si quisiera diluir el visible impacto que la presencia del joven había tenido sobre ella.

Antonio Borrell, hombre sabio y curtido por la experiencia, se quedó preocupado. Estaba seguro de que la esposa de Sanchís era la joven de la que su sobrino estaba enamorado, y su inquietud era doble: por un lado, era evidente que ambos seguían enamorados, lo que sin duda conllevaría un sufrimiento importante para Miguel, al que había tomado gran afecto. Y por otro, el marido de ella no era otro que Pedro Sanchís, un viudo que de respetable sólo tenía la apariencia, pues corrían rumores de que era aficionado a emborrachar a jovencitas, de las que intentaba abusar. ¿Cómo reaccionaría Miguel, cuando se enterase de que su amada estaba casada con un hombre de dudoso comportamiento? Ciertamente era que, prestar atención a las habladurías, acababa con frecuencia desprestigiando a víctimas inocentes de las mismas pero, en la mayoría de las ocasiones, algo de verdad siempre había. Él mismo —no se le escapaba— era objeto de chismes que, en honor de la verdad, no andaban del todo desencaminados, pues su relación con Amparo, la joven viuda, había desatado algunas especulaciones totalmente acertadas, bien lo sabía él.

—Miguel, querido, ¿abrimos el baile? —Virtudes, recuperada del impacto inicial, estaba dispuesta a atosigar a su primo hasta que claudicase. Y si esa estrategia no daba frutos, se vería obligada a tomar otras medidas, drásticas y definitivas, para apartar a Martina de su camino.

—No, Virtudes, no es buen momento. —respondió Miguel, apesadumbrado, después de apurar de un trago lo que quedaba en su copa de champán —. Además, deberíais ser tu padre y tú quienes lo hicieseis, este baile es, en cierto modo, tu debut social, ¿me equivoco?

—Por eso, querido: los asistentes esperan que me saque a bailar el joven más apuesto de la sala, es mi estreno.

—En serio, Virtudes, no estoy de humor —protestó Miguel entre dientes, mientras buscaba con la vista a alguno de los camareros que se paseaban con las bandejas llenas, necesitaba otra copa.

—¿Es por Martina? —preguntó Virtudes, de pronto—.¿Acaso no te quedó claro su abandono, en esa carta que tanto te dolió?

Miguel, que escudriñaba entre las cabezas de los invitados para no perder de vista a su amada, se volvió hacia ella:

—¿Y eso cómo lo sabes tú? Virtudes, confié en ti... ¿No leerías la carta?

Virtudes, al verse pillada en falta, se ruborizó. El color intenso de su rostro la delataba sin ella quererlo, mientras la mirada de Miguel, endurecida como nunca antes la había visto, exigía una respuesta rápida:

—¡No, no, Miguel! — respondió ella— ¿Cómo puedes siquiera pensar eso de mí? Me imagino que Martina te rechazó para casarse, no había más que ver cómo estabas, si parecías muerto en vida. No hace falta ser adivina, ni leer ninguna carta, para darse cuenta de eso.

Miguel, apenas convencido, asintió con desgana.

—Virtudes, si me lo permites, he de solicitar un baile a una dama.

Y sin esperar respuesta, el joven se hizo paso entre la multitud hasta aproximarse al matrimonio Sanchís. En ese momento, la orquesta comenzó con el vals, Antonio Borrell tomó a su malhumorada hija de la mano y juntos abrieron el baile, mientras Caridad contemplaba con desolación la desgarrada estampa de su primogénita, incapaz de adecuarse al paso, a pesar de haber recibido clases de un bailarín experto.

—Señora, ¿me concede el honor? —Miguel, absolutamente decidido, se había acercado al matrimonio, nada le impediría sentir una vez más a Martina entre sus brazos.

Los ojos de la chica brillaron como hacía tiempo. Miró de soslayo a su marido, quien estaba claro que no pondría ninguna objeción, pues sería imperdonable que montase una escena de celos en casa de los anfitriones. Pedro Sanchís asintió con desgana, la mirada sombría y maliciosa. Ya se ocuparía de Martina más tarde, en el carruaje, pues no podría esperar para aleccionarla como merecía...Pedro Sanchís se vio obligado a detener sus perversas fantasías, pues cualquiera de los allí presentes podría advertir la erección que, poco a poco, comenzaba a endurecer su miembro viril, preparándolo para adentrarse a la fuerza en lo más íntimo de su joven y adúltera esposa.

Miguel tomó por la cintura a Martina y ella subió la mano izquierda a su hombro mientras las derechas de ambos se juntaban, fundiéndose las pieles en una caricia deliciosa. Comenzaron a girar, ajenos al mundo. En esos momentos, las cartas de abandono, las lágrimas y la separación ya no existían. Sólo existían ellos dos: Miguel palpando la delicada cintura de ella, Martina aferrándose a su hombro, sintiendo la dureza de ese pecho viril, su olor limpio y excitante, mientras sus ojos no podían apartarse de esa mirada que parecía traspasarla, como si pudiese leer sus pensamientos. Ambos temblaban de excitación, pues la sensación de tocarse era demasiado intensa, casi incontrolable. Las palabras de Miguel los sacaron del trance.

—¿Qué tal te va la vida?

—Veo que peor que a ti— respondió Martina sin resentimiento, tan sólo entristecida.

—No lo creas, no tengo nada, sin ti, ya nada me queda—susurró Miguel a su oído, mientras ella se estremecía al sentir su aliento fresco rozándole el cuello.

—Miguel, no se puede tener todo.

—Lo sé, esa fue la lección que tú me enseñaste—respondió Miguel, cuyas palabras tampoco reflejaban rencor, pero sí la misma tristeza reposada y enfermiza que parecía afectar al ánimo de Martina.

Ella lo miró extrañada, pues no comprendía el sinsentido de sus palabras: había sido él quien renunció a su amor para comenzar su nueva vida, la que siempre había soñado. Pero de pronto, la música terminó, y Pedro Sanchís, visiblemente contrariado, se apresuró a tomar del brazo a su esposa, a la que hubo de soltar a regañadientes, solicitada por otro joven caballero, al que ella no podía rechazar. Y es que, a pesar de su vestido pasado de moda, Martina brillaba entre la concurrencia como una joya más de las muchas que adornaban los escotes de las asistentes.

Mientras, Martina y Miguel se buscaban con la mirada, acariciándose con los ojos, ajenos a los celos incontrolables de Virtudes y a la ira que iba creciendo en el interior de Pedro Sanchís.

Virtudes, dispuesta a no darse por vencida, volvió a la carga:

—Ahora sí, querido Miguel, ¿bailarás conmigo?

Sin contestarla, Miguel la tomó por la cintura y se adentró en la zona destinada a pista de baile, aproximándose con cada paso a Martina, quien bailaba en ese momento con un jovencito, acribillado por el acné, que la miraba como si estuviese ante una aparición mariana, tal era su cara de adoración.

—Martina...tenemos que hablar.

A la siguiente vuelta, ella contestó:

—Está todo dicho, Miguel.

—Te espero fuera, amor mío.

Virtudes, testigo de la conversación, no daba crédito a la osadía de aquellos dos. ¡Estaban dispuestos a verse a escondidas, con el marido de ella presente! Cada vez se convencía más de que contener la pasión de los amantes sería como intentar retener el agua en una cesta. En previsión de lo que pudiese pasar, decidió estrechar aún más la vigilancia sobre Miguel, dispuesta a no perderle de vista ni un segundo.

En efecto, en cuanto la pieza terminó, Miguel se soltó de su abrazo sin mirarla y abandonó la sala, rumbo al recibidor. Martina, incapaz de resistirse a seguirlo, lo hizo primero con la mirada para, a los pocos segundos, iniciar discretamente la maniobra de salir tras él.

—¿A dónde vas, querida? —el brazo de su esposo la sujetó con fuerza.

—He de ir al excusado, asuntos de mujeres —dijo ella con un ligero temblor en la barbilla.

—No tardes, recuerda que te estoy esperando —le dijo él al oído, haciendo que se le pusiese la piel de gallina.

Sin pérdida de tiempo, Martina salió al recibidor. Enseguida, Miguel la llamó con discreción.

—Ven, vayamos al jardín trasero.

Entraron en un despacho con salida al exterior. Miguel abrió las puertas y ambos abrazaron el aire fresco y renovador de la noche.

Sin pérdida de tiempo, Miguel tomó sus manos, mientras la miraba a los ojos:

—No puedo vivir sin ti, amor mío.

—Eso deberías haberlo pensado antes —replicó Martina, incapaz de disimular su resentimiento.

—No comprendo, Martina, yo te busqué, fuiste tú quien...

—¿Yo? ¿qué ...?

No pudo proseguir, porque Miguel, incapaz de contenerse, interrumpió el cruce de acusaciones acercándose a sus labios, los cuales besó con total entrega, tanta, que la pasión contenida durante meses comenzaba a desbordarse. Su lengua exploró cada rincón de la boca de Martina, mientras ella se abrazaba a él con fuerza, entregada sin reservas a las sensaciones. Él, inflamado de deseo, la apretó contra su cuerpo, al tiempo que sus manos se deslizaban por ese cuerpo amado, explorando cada forma, palpando la delicadeza de sus pechos encorsetados bajo la tosquedad de la tela. Martina temblaba de excitación. Separaron sus bocas y comenzaron a besarse la frente, las mejillas, el cuello. Bastaron esas porciones de piel desnuda y cálida para desatar un torbellino de deseo. Se abrazaron de nuevo, con tanta fuerza que hubiese sido imposible separarlos. Habían perdido la noción de la realidad, y estaban dispuestos a dejarse llevar por la locura de ese amor tanto tiempo contenido. Miguel levantó las faldas del vestido de su amada y comenzó a palpar sus muslos fuertes y suaves, guardianes del sexo que ya se abría, como una flor madura, para recibirlo...

Emergiendo de la oscuridad, una voz amenazante los devolvió a la noche de baile:

—¡Así que estáis aquí! —Virtudes había permanecido oculta entre los setos, contemplando con la boca abierta las evoluciones de los amantes. Y eran tan parecidas a los relatos eróticos que ella leía que, por un momento, olvidó que quienes se besaban y tocaban con aquella pasión eran Martina y Miguel. Se excitó tanto, que la resultó muy difícil interrumpir la escena que tanto placer la estaba causando. — ¿Pero qué hacéis? ¡Don Pedro te busca, insensata! —les recriminó. Asustada, Martina se recompuso el vestido, se atusó el cabello y corrió hacia el interior muerta de miedo, porque temía la reacción de su esposo. Después de lo que acababa de vivir con Miguel, la vida tenía sentido de nuevo y, ahora sí, le preocupaban las represalias de aquel depravado con el que estaba casada.

La reacción instintiva de Miguel fue salir tras ella, pero Virtudes lo detuvo, agarrándolo del brazo.

—¿Estás loco? ¿Quieres que el marido de ella os vea entrar juntos? ¿Qué crees, que no se os lee en el rostro el acaloramiento? ¡Miguel, por Dios, evita el escándalo!

Miguel se detuvo en seco, por Martina. En efecto, debía esperar y entrar de nuevo al cabo de un rato, para que el esposo vigilante no pudiese relacionarlos. Y lo haría en compañía de Virtudes, lo cual diluiría, sin duda, cualquier sospecha de lo que pudiese haber estado haciendo fuera.

—Os he visto —soltó de pronto Virtudes.

—¿Y qué? —respondió Miguel, malencarado— ¿Hay algo de malo en amarse?

—Ella está casada. Yo, sin embargo, te daría lo que quieras...aquí mismo, si lo deseas. ¿Por qué no terminas lo que has comenzado? Tócame, Miguel, soy de carne, como ella, y te aseguro que te puedo dar tanto placer como esa mujer. Ven... estoy preparada para abrirme a ti.

Virtudes hizo el amago de levantarse la falda del vestido, pero Miguel, horrorizado, se lo impidió:

—Virtudes, quiero que te quede claro de una vez: estoy enamorado de Martina. Y no habrá mujer en el mundo que pueda reemplazarla. Métete eso en la cabeza, por el bien de todos.

Entonces sí, Miguel se dirigió hacia la puerta y entró de nuevo al baile, dejando a Virtudes encendida de deseo y rabiosa como nunca. Tenía tantas ganas de él, que se supo dispuesta a cualquier cosa, lo que fuese, con tal de apartarlo para siempre de Martina y su insultante belleza.

Capítulo 4

Martina pagó muy caro volver a besar a Miguel y sentirlo tan cerca de ella, pero no la importó. Pedro Sanchís y su esposa fueron los primeros asistentes en retirarse del baile. Miguel contempló la partida de su amada con los puños apretados y una indescriptible sensación de impotencia. ¿Cómo era posible dejarla marchar con otro hombre, sin hacer nada para evitarlo? ¿Era digno de ella, o tan sólo un cobarde amedrentado por las posibles consecuencias de sus actos? Como si acudiese con la respuesta, su tío Antonio apareció detrás de él, con sendas copas en las manos.

—Toma, te irá bien.

Miguel tomó la copa mientras negaba con la cabeza, intentando que las lágrimas no le pusiesen en evidencia.

—¿Qué crees, que no me he dado cuenta? —le dijo Antonio con complicidad— Ya sé que es ella. Muchacho, hoy no tomes decisiones de las que te puedas arrepentir mañana. Ve a dormir y, cuando el día despunte, verás las cosas mucho más claras.

—Soy un cobarde, tío. ¿Qué hombre, sino, dejaría a su amada en brazos de otro?

—Pues, en este caso, un hombre cabal. Porque ese otro, como tú dices, es su esposo, no un cualquiera con el que te puedas batir en duelo por tu amada. Estás atado de pies y manos, así que no te tortures con pensamientos innecesarios acerca de lo que no puedes impedir. Hazme caso, muchacho: ve a descansar, mañana será otro día. ¿Prefieres quedarte a dormir aquí? Sabes que siempre tienes cabida en mi casa.

Miguel negó con vehemencia. En otras circunstancias hubiese aceptado encantado, para ahorrarse el trago amargo de la soledad que le saludaría al entrar en su hogar. Pero pensar en Virtudes le hizo tomar la sensata decisión de ausentarse.

—Muchas gracias, tío, te agradezco el ofrecimiento, pero no creo que la música del baile sea de gran ayuda para conciliar un sueño que, a buen seguro, se me resistirá.

Se despidieron, como siempre, con un cariñoso abrazo. Miguel sabía que su tío tenía razón, siempre la tenía, así que son el rostro contrito, se subió al cabriolé y arreó a la caballería rumbo a casa, aun sabiendo que no pegaría ojo, pero sin sospechar lo que el resto de la noche le depararía a su amada.

Porque cuando entraron en el carruaje, la diabólica sonrisa de Pedro Sanchís no fue suficiente para que Martina abandonase su estado de completa felicidad. Sólo cuando él la agarró del cuello repentinamente fue capaz de regresar a su realidad.

—¿Qué has hecho con él, esposa mía?

Martina no respondió, de momento se sentía fuerte e invulnerable, aunque la mano de Pedro se empeñara en impedir que el aire le llegase.

—¡Dímelo! —de pronto la soltó y, sin previo aviso, le dio una bofetada en la mejilla. Martina se llevó la mano a la parte dolorida y, aunque la hubiese gustado hacerlo, no lloró.

—¿No tienes miedo? ¿Acaso te has envalentonado? ¡Eres una ingenua! No creerás que tu príncipe azul va a venir al rescate, querida, lo tuyo no es un cuento de hadas.

Martina le miró con frialdad, y eso le desconcertó por un momento. Pero enseguida se recompuso, y una sonrisa fiera deformó sus facciones:

—Ahora, como una buena esposa, me vas a contar al oído todo lo que has hecho con él. Recuerda que me lo tienes que contar todo, sin dejarte ni un solo detalle. Y no olvides relatarme,

con minuciosidad, dónde y cómo te ha tocado.

Entonces sí, Martina se echó a llorar, porque aquellos juegos malvados de Pedro Sanchís ensuciaban lo que acababa de vivir con Miguel, y ni muerta mancillaría su recuerdo susurrando al oído de aquel depravado las obscenidades que quería oír. No, en esa ocasión, estaba dispuesta a morir a golpes, pero no le daría el gusto.

Cuando el carruaje se detuvo frente a la casa, Pedro Sanchís tuvo que sujetar a su esposa para que pudiese bajar del vehículo. Cargando con ella, logró subirla hasta el dormitorio, donde se encerró, dispuesto a pasar la noche en vela, metido en su cama. Al amanecer, ella despertaría, y él estaría allí. Contemplar el sufrimiento en su rostro sería suficiente para excitarlo de nuevo.

Capítulo 5

Desde el día del baile celebrado en honor del santo patrón, Miguel, además de objeto de deseo, era una auténtica obsesión para Virtudes. La chica acudía a diario a las instalaciones de industrias Borrell y, para no despertar las sorpresas de su padre, inventaba estrafalarias excusas. Antonio no dejaba de sorprenderse ante la insistente presencia de su hija. Sospechaba que algo se traía entre manos, pero no imaginaba que su verdadero motivo era asegurarse de que Martina no rondaba por allí, en busca de Miguel.

Más que nunca, las visitas dominicales se habían vuelto imprescindibles por el mismo motivo. Pese a las protestas de Inmaculada, las hermanas se presentaban puntualmente en casa de su primo alrededor de las cinco y, pasando por alto el evidente malestar del anfitrión, no regresaban al hogar familiar hasta bien entrada la tarde. Virtudes había elegido personalmente a la criada, por lo estaba aleccionada a su conveniencia para que la mantuviese al tanto de las personas que visitaban a Miguel.

Con esta vigilancia, exhaustiva y agotadora, Virtudes intentaba mantener a raya la ansiedad que la atormentaba desde el día que, oculta entre los setos y amparada por la noche, contempló horrorizada el delicioso encuentro de los amantes. Imaginar a Martina en brazos de Miguel era la peor tortura, y las imágenes se le presentaban en bucle, sin que pudiese hacer nada para detenerlas.

Virtudes comprendió que Martina era un obstáculo, insalvable a no ser que se deshiciese de ella. Por eso había valorado todas las posibilidades, y una de ellas era visitar de nuevo a don Pedro Sanchís para advertirle de lo que estaba sucediendo. Después de mucho pensar no lo creyó necesario, pues observadora infatigable de cuanto concernía a su rival, la noche del baile había sido testigo de la rabia contenida en el rostro del esposo cuando abandonaron la fiesta, mucho antes que el resto de los invitados, y del gesto asqueado de Martina mientras él la tomaba del brazo con inusitada brutalidad, un gesto que pasó desapercibido para el resto, centrados en bailar, beber y divertirse, pero no para ella. Virtudes estaba segura de que Pedro Sanchís era consciente del peligro que corría su matrimonio y, en consecuencia, habría castigado a su esposa por la indecencia de bailar con su amante delante de todo el mundo. Se deleitaba imaginando las represalias que ese hombre de mirada maliciosa, y disfrutaba conjurando el bello rostro de la chica deformado por los golpes. Sin duda se hubiese sentido muy satisfecha de haber sabido la verdad de lo sucedido, pues ni su perversa mente, carente de escrúpulos, era capaz de alcanzar el nivel de depravación de Pedro Sanchís.

Virtudes intuía que Miguel había perdido la confianza en ella, así que la posibilidad de liar a los enamorados mediante confusas cartas que los enfrentasen, como hiciera en su momento con indudable éxito, ya no era una opción. Estaba convencida de que sabotear la relación mediante ese tipo de enredos ya no funcionaría, pues había visto con sus propios ojos la fuerza de la pasión que los unía, hasta el punto que sólo su aparición súbita había evitado que consumasen su amor, llevados por un deseo ya incontenible. El amor que los unía parecía indestructible, y Miguel sólo sería suyo si Martina desaparecía para siempre. Si pudiese, la metería en un barco y la enviaría al otro lado del mundo. Pero como esto no era posible, sólo muerta dejaría de ser una amenaza.

No podía ser tan complicado, menos aún para una joven como ella, de la que nadie, nunca, podría sospechar. Además, llegado el caso, estaba segura de que el nombre de su padre la libraría de cualquier problema, pues siempre había alguien que, por dinero, adecuaría las circunstancias a

su favor: un testigo conveniente a su causa, un juez corrupto, un funcionario dispuesto a extraviar documentos. A Virtudes, la posibilidad de acabar en prisión era lo que menos le preocupaba, porque se sentía intocable.

La idea había rondado su cabeza, al principio como una posibilidad remota. Poco a poco, la necesidad de apartar a Martina del camino de Miguel había ido trasformando esa idea descabellada en algo que iba tomando fuerza. Y de tanto imaginarlo, el pensamiento fue dando paso a la firme determinación, para la cual era necesario idear un plan. Llegada a este punto, nada podría detener a Virtudes, totalmente decidida, como siempre, a salirse con la suya.

¿Y qué pasaría con Miguel? Él le había confesado que Martina era la mujer de su vida y que, sin ella, no habría otra. Pero Virtudes estaba segura de que esas palabras, tan románticas, se diluirían en la realidad: Miguel era un hombre, por lo que, pasado un tiempo de duelo tras la pérdida, sus necesidades masculinas lo arrojarían en brazos de otra mujer. Ella estaría allí, al acecho, y sería la afortunada receptora de tanta virilidad contenida.

Virtudes, cansada de oír que en el amor y en la guerra todo vale, estaba dispuesta a luchar por Miguel, rebasando, si era preciso, los límites de lo que la moral dictaba como inadmisibile. Pero para ella la moral era una consideración secundaria, sujeta a interpretación. Una vez decidida, sólo tenía que planificar la mejor forma de hacerlo.

Mientras Virtudes buscaba la manera de salirse con la suya, Miguel no paraba de darle vueltas a su encuentro con Martina. Se habían besado apasionadamente y ella no le había rechazado, a pesar de ser una mujer casada. Había podido notar la entrega en cada caricia, una locura de amor y de deseo, y sólo la presencia de una prima inoportuna había evitado que consumasen un amor que les ardía por dentro. ¿Y qué hubiese pasado entonces? Que ya nunca, nada ni nadie, hubiese podido apartarle de la única mujer a la que amaría siempre. En tal caso, hubiese sido capaz de enfrentarse a su esposo y morir en el intento de llevársela con él.

Y entonces Miguel comprendió, con absoluta claridad, que aunque las circunstancias los hubiesen separado, el destino había vuelto a juntarlos en un guiño imprevisto, en una clara invitación para que tomasen las riendas y, prescindiendo de todo y de todos, se lanzasen a la aventura incomparable de una vida juntos, para siempre. Estaba dispuesto a todo por ella, y le urgía comunicárselo, porque esta vez no habría nada capaz de hacerle desistir. La única solución era alejarla de Pedro Sanchís y comenzar de nuevo, y presentía que Martina, esta vez sí, estaría dispuesta a hacer lo mismo por él. Comprendió las sabias palabras de su tío quien, aquella noche, le hizo comprender que debía reflexionar para encontrar una solución.

Necesitaba volver a ver a Martina y contarle sus planes, aunque no se le ocurría la forma de hacerlo sin levantar las sospechas de su marido. Antes de nada, por una cuestión de lealtad, decidió compartir la decisión tomada con su tío Antonio.

Antonio Borrell estaba encerrado en su despacho, pero ninguna tarea era tan importante como atender a su sobrino Miguel. Así que cuando éste irrumpió, solicitando el permiso para hablar con él, se levantó de la mesa, se encaminó al mueble donde guardaba la botella de coñac y las copas, y sirvió una para cada uno, dispuesto a mantener un rato de relajada conversación con el joven. Enseguida, la mirada transparente de su sobrino le indicó que no iban a tratar, precisamente, temas de trabajo.

—Querido tío, sabes del aprecio que te he tomado, y de lo agradecido que te estoy por todo cuanto has hecho por mí —comenzó Miguel, tras beber un pequeño sorbo de licor.

—¡Ve al grano, muchacho, que me estás inquietando!— le indicó Antonio, sin poder ocultar su preocupación.

—No vengo a hablarte de la fábrica, ni de los proyectos apasionantes en los que estoy trabajando

—continuó el joven.

—Nada más verte la cara, me he imaginado que vienes a hablarme de ella.

—En efecto, tío— respondió Miguel y guardó silencio, esperando la respuesta del hombre.

Antonio Borrell también guardó silencio unos instantes, pues aunque sabía de sobra lo que quería decirle a su sobrino, necesitaba ordenar su discurso a la perfección. Sólo cuando lo hubo hecho, habló:

—Miguel, sabes que en temas de amor soy un perdedor. Me explico: mi relación con Amparo es una consecuencia del fracaso de mi matrimonio, y le doy gracias al cielo por tenerla, porque si no fuese por ella, mi vida sería gris como un día tormentoso. A mis años, uno ya sabe cuáles son las prioridades, y te puedo asegurar que, antes que todo lo demás, está el amor.

Miguel le miraba sin apartar sus ojos azul violeta, pues estaba seguro de que en las palabras de Antonio encontraría el consuelo a la desazón que lo afligía desde su reencuentro con Martina. Echó un trago a la copa mientras seguía, muy atento, su discurso:

—En su momento, te dije que algún día te desvelaría quien fue el amor de mi vida, y ese momento ha llegado: mi gran amor fue Lucía, tu madre —Miguel abrió mucho los ojos, pero no le interrumpió—. Fue un amor imposible, porque de quien ella estaba enamorada era de mi hermano Pablo, tu padre. Tú eres el fruto de la relación que mantuvieron antes de que la obligasen a casarse con un hombre «conveniente», lo cual acabó con mi hermano, pues él, llevado por el desengaño, puso tierra de por medio, se fue para siempre, y nunca más volvimos a verlo. En aquellos tiempos no teníamos suficientes medios, ni posibilidades, para averiguar qué podía haberle sucedido, pero en cuanto comencé a ganar dinero, destiné buena parte de mis ganancias a intentar localizarle, aunque fue en vano. Sostengo la teoría de que algo terrible debió sucederle pues, de no ser así, Pablo se hubiese comunicado conmigo, teníamos una relación muy especial.

Miguel agachó la cabeza, apenado. Al fin y al cabo, su tío Antonio le estaba relatando el triste destino de su padre.

—Mira, Miguel, espero que estés de acuerdo conmigo: todo esto se hubiese evitado si el amor hubiese derribado todos los obstáculos. Lo he pensado muchas veces, créeme, y estoy convencido de que mi hermano Pablo y Lucía tendrían que haber huido juntos.

Miguel abrió mucho los ojos:

—Sí, Miguel. Cuando estúpidas circunstancias, como la de casar a una muchacha con un hombre que pueda sacarla de la penuria, se oponen al amor puro e indestructible de dos jóvenes enamorados, la prioridad es el amor, todo lo demás es secundario, carece de importancia. Ahora conoces las consecuencias que tuvo sobre la vida de dos personas acatar la decisión de los padres de Lucía: mi hermano desapareció de nuestras vidas y de la de ella, tú quedaste huérfano y desamparado cuando tu madre murió al parirte, porque el marido de Lucía murió también al poco tiempo y te dejó en manos de un desaprensivo. ¿Te das cuenta de lo fácil que hubiese sido todo si, en aquel momento, hubiesen apostado por el amor? Habrían rehecho su vida, donde fuese, eso es lo de menos, pero juntos. Y tú hubieses disfrutado del cariño de un padre y una madre. Quién sabe, quizás Lucía hubiese muerto igualmente de parto, pero tu padre y tú os habríais tenido el uno al otro.

Se hizo el silencio. Las palabras de Antonio aún vibraban en el aire cuando Miguel ya había comprendido el mensaje, pues no era otro que la conclusión a la que él mismo había llegado.

—Tío, me quitas un gran peso de encima, porque esa es, precisamente, mi idea. Lo único que me atormentaba era que no comprendieses mis motivos, pero veo que no sólo los comprendes, sino que también los compartes. Es un alivio saberlo.

—No te voy a negar, Miguel, que egoístamente preferiría que te quedases a mi lado. Pero eres el hijo de Pablo, y deseo que hagas lo que él no pudo hacer. Te echaré de menos, sin duda, pero tu felicidad es mi mayor alegría.

—Gracias, querido tío— Miguel se levantó del sillón y lo abrazó con fuerza.

—Ahora debes hablar con Martina. Si ella te quiere, sólo una consideración de suma gravedad podría detenerla. Por supuesto, Miguel, cuentas con mi apoyo económico, pues os ayudaré para que vuestra aventura sea un maravilloso viaje de luna de miel, no un calvario de inseguridades y carencias.

Miguel no pudo evitar que los ojos se le humedeciesen. Su tío Antonio era la mejor persona que había conocido, y le iba a costar mucho separarse de él.

Cuando Miguel salió por la puerta de su despacho, Antonio Borrell se quedó pensando si había hecho lo correcto al ocultarle a su sobrino otra de las razones por las que debería alejar a su amada, cuanto antes, del lado de Pedro Sanchís. Pero enseguida llegó a la conclusión de que su proceder había sido el más adecuado: informar a Miguel de las indecentes aficiones de ese hombre sólo serviría para ponerle nervioso y conducirlo, quizás, a cometer un error que malograra el plan de huida. Miguel debía permanecer ignorante de que el esposo de Martina tenía fama de abusador y depravado.

Capítulo 6

Martina no podía olvidar su encuentro con Miguel, a pesar de que fuera el desencadenante de la violenta reacción de Pedro Sanchís. Cada día rememoraba el beso, largo y profundo, tan real y tan lleno de amor, que era imposible fingirlo. ¿Sería cierto que Miguel la había buscado, tal y como él dijo? Y de ser así, ¿por qué le había escrito esa carta, en la que hablaba de su relación como de algo pasado que debían dejar correr?

Por más vueltas que le daba, Martina no lograba entenderlo. Pero de algo estaba segura, porque lo sentía muy dentro, y los sentimientos no engañan: amaba a Miguel más que a su vida.

Teresa continuaba evadida del mundo. Martina la cuidaba, hablaba con ella, intentaba que recordase algo del pasado, pero su cabeza parecía desconectada de la realidad, manteniéndola en un estado permanente de ensoñación, donde su hija era un ángel, o un hada de cuento que cumpliría sus deseos. Y cuando se encerraba en su cuarto, dejándola a cargo de la criada, Martina lloraba en silencio, pensando en la inutilidad de ese matrimonio, que ni siquiera había servido para satisfacer los sueños de grandeza de Teresa, porque vivía en una casa como la que siempre había imaginado, pero la cruel paradoja del destino le impedía ser consciente de ello.

Hacía días que no se dedicaba a sus diseños, preocupada por varios asuntos que no dejaban de atormentarla, entre otros, el de la carta encontrada en el baúl del sótano. Sólo una persona en la casa podría ayudarla, así que después de pensarlo con detenimiento, se decidió a dar el paso. Llamó a la criada más joven, con la que había adquirido cierta confianza.

—Cristina, ¿podrías hacerme un favor?

—Si está en mi mano, no lo dude, señora.

—¿Podrías acercarte hasta la fábrica de los Borrell? Una vez allí, debes localizar a Remedios Gil y darle esta carta. Será más fácil si hablas con el encargado de los talleres, me consta que es buena persona, dile que vas de mi parte. Él podría hacérsela llegar.

—De acuerdo, señora, pero que quede entre nosotras, no quiero líos con el señor.

—Por eso no te preocupes. Hazlo cuanto antes, por favor.

A los pocos días, Remedios se presentaba en casa de Pedro Sanchís a la hora indicada por Martina en su carta, una hora a la cual ella sabía que su esposo estaría ausente.

Ambas amigas se abrazaron con efusión, y Martina la condujo de inmediato a la salita, cerrando la puerta tras ellas.

—¡Martina, querida amiga! Me enteré de tu casamiento, pero no di crédito. Lo que está claro es que viendo esto —la mujer hizo un gesto con los brazos mientras miraba a su alrededor— ya no necesitas trabajar en toda tu vida. Siempre supe que tendrías, suerte, pero esto—soltó un silbido de admiración que arrancó una pequeña sonrisa a su anfitriona— ¡Esto sí que es suerte!

Martina volvió a sonreír, apenada:

—¿Suerte? ¿Lo crees de verdad? Quizás no puedas comprenderme si te digo que te equivocas.

—¿Por qué, qué puede faltarte? ¡Esto es un palacio!

—Me falta lo primordial, Remedios, el amor...Es largo de contar, sólo te diré que la idea de casarme con este hombre fue cosa de mi madre, y las circunstancias me obligaron.

—Pues yo cambiaría gustosa el amor por todo esto —miró a de nuevo a su alrededor, repitiendo el gesto con indudable admiración—. El amor está muy bien, mientras eres joven. Luego, te haces vieja y la pasión y todo lo demás se va al carajo, pero esta casa, y la vida de lujo que

llevas, no entiende de vejez, amiga. Eres una privilegiada, pero no lo sabes.

Martina miró a su amiga entristecida, pensando que era ella la que no sabía nada de nada.

—Yo he conocido el amor, y te aseguro que prendería fuego a todo esto por tenerlo.

—Me imagino que te refieres a Miguel. Por cierto, ¿sabes que ahora es la mano derecha de don Antonio? ¡Dicen que es un Borrell, sobrino del dueño, ni más ni menos!... Hay quien dice también que es hijo natural del señor Borrell, ya sabes que su fama le precede, por lo de la amante esa, un secreto a voces, estos hombres poderosos, todos sabemos de qué pie cojean...

—Querida Remedios, —la interrumpió Martina, a quien esas habladurías no le interesaban lo más mínimo — tengo el tiempo justo para explicarte por qué te he llamado. Es un asunto que me urge, necesito tu ayuda.

—Tú dirás... si está en mi mano, cuenta conmigo—respondió su amiga, solícita.

—Es un poco complicado, pero tú siempre tienes los oídos atentos y te enteras de todo : quiero que busques a una tal Concepción Ruiz, quizás trabaja ahora —o trabajó— en industrias Borrell, aunque sé de fijo que debió de hacerlo en otras fábricas, fuera de esta ciudad .

—¡Pues sí que me lo pones fácil! —rió Remedios.

—Ya sé que es muy complicado, pero te agradecería mucho que intentases averiguar acerca de ella.

Remedios entrecerró los ojillos con picardía:

—¿Algún asunto de faldas de tu marido?

—Algo parecido—respondió Martina, sin dar más explicaciones.

—Y cuando la encuentre, si es que soy capaz de hacerlo, ¿qué quieres saber?

—Me gustaría hablar con ella. Ya pensaré la forma de reunirnos, porque mi marido no tolera que salga sin él.

—O sea, que estás encarcelada en tu jaula de oro.

—Algo parecido. ¿Lo ves? —dijo Martina, haciendo el mismo gesto que momentos antes hiciera su amiga para referirse al lujoso entorno que las rodeaba —Las cosas, a veces, no son lo que aparentan ser.

—Bueno, lo intentaré, pero llevará tiempo—respondió Remedios a su petición—. Comprende que es como buscar una aguja en un pajar. Lo único que se me ocurre es preguntar a destajo, porque siempre hay alguien que conoce a otro alguien, ya sabes, el boca a boca. Es difícil, pero no imposible, al fin y al cabo, los obreros textiles somos como una gran familia, nos conocemos casi todos, de unas fábricas y de otras. Pero insisto: es muy complicado.

—Lo sé, lo sé—reiteró Martina— ¡Pero tengo tanta curiosidad!

—¿Y no me puedes decir de qué se trata? ¡Ya que voy a ayudarte, al menos cuéntame algo!

Martina suspiró:

—No puedo hacerlo, Reme. Pero si logras encontrarla, quizás quien te hable de ella, te lo dirá.

—¡Vaya una intriga, mujer! Bueno, lo intentaré—dijo Remedios poniéndose en pie al ver que Martina daba por concluida la reunión, se notaba que estaba nerviosa— ¿Algo más? ¿Algún recado para Miguel? —bromeó quiñándole un ojo, pero se arrepintió al instante de sus palabras, porque su amiga se sentó de nuevo mientras las lágrimas corrían por su bello rostro.

—¡Lo siento, Martina...! ¿Aun sigues tan enamorada de él? ¿Es posible eso?

Martina, incapaz de mentirla, asintió con la cabeza.

—Lo siento, de verdad... ¡Quien lo iba a decir! Siempre he envidiado tu belleza, ya lo sabes, en muchas ocasiones te dije que eras una privilegiada por haber nacido con ese don. Pero ya veo que la felicidad no está garantizada, ni siquiera siendo tan hermosa como tú lo eres. Ya lo dice el refrán: *la suerte de la fea, la guapa la desea*... Aunque tampoco es eso cierto, mira lo fea que soy

yo, y mi suerte no la querría nadie, ni siquiera tú— bromeó Remedios, intentando que su amiga recuperase el ánimo.

—Pues ahora soy yo la que te envidia, tienes toda la vida por delante para vivirla como quieras y, si me aceptas un consejo, no te dejes llevar: vive como quieras, eso es la felicidad.

Se abrazaron con afecto, y al separarse, Remedios miró fijamente a los ojos de su amiga:

—No te preocupes, Martina, buscaré a esa María Concepción Ruiz, veo que te interesa mucho.

—Gracias, Remedios, sabía que podía confiar en ti.

Martina la contempló mientras salía de la propiedad, y pensó que daría su mano derecha por ser ella, con su libertad, con su vida intacta, con la posibilidad de construirse un futuro al lado del hombre que voluntariamente eligiera.

Capítulo 7

Después de entrevistarse con su tío Antonio, Miguel decidió pasar a la acción. Era prioritario ponerse en contacto con Martina, así que vestido de obrero, rondó varios días por los alrededores de la casa de Pedro Sanchís, a horas diversas, hasta hacerse una idea muy clara de los horarios del hombre. Pudo deducir que salía todas las mañanas muy temprano y regresaba cerca de la una de la tarde. Comía en su domicilio y después, sobre las cuatro o cuatro y media, se ausentaba de nuevo hasta las siete. A esa hora, era habitual ver salir al matrimonio, Martina del brazo de su esposo. Ambos se encaminaban hacia las calles del centro, donde solían pasear, si el tiempo lo permitía, por el bulevar de la avenida principal.

Ahora Miguel sabía cuándo podría encontrar a Martina a solas, pero no era tan sencillo como presentarse en la casa y preguntar por ella, pues el servicio estaría aleccionado para informar al señor de las visitas que se produjesen en su ausencia. Llegado a este punto, la única solución viable era colarse dentro.

En cuanto Pedro Sanchís salió como cada mañana, Miguel entró discretamente en la propiedad, vestido una vez más con los ropajes habituales de un obrero. Si alguna de las criadas le sorprendía, diría que se había equivocado de domicilio, pero tuvo suerte, pues estaban ocupadas en sus quehaceres y sin tiempo para contemplar la improbable circunstancia de que alguien intentase acceder a plena luz del día. Tuvo la precaución de esconderse entre los setos, y cuando estuvo seguro por completo de que no había ojos indiscretos asomando por las ventanas de la fachada principal, bordeó la casa hasta situarse en la parte trasera, donde estaba la entrada de servicio, que utilizaban las criadas para salir a tender la colada o para recibir a los tenderos y mercaderes que abastecían la cocina. Por eso, la puerta estaba siempre a medio entornar, y fue fácil para el joven descender las escaleras y entrar. Miguel era ágil e indudablemente rápido, así que pudo acceder sin ser visto al corazón de la casa, donde a esas horas de la mañana apenas había comenzado la actividad. Aguardó en silencio, oculto bajo la escalera principal, sin apenas atreverse a respirar. Si era descubierto allí, su situación se complicaría bastante y, en tal caso, la única posibilidad de salir airoso consistiría en echar a correr toda velocidad, en sentido inverso al que había recorrido, ocultando su rostro bajo la visera. Cruzó los dedos para que esa situación no se produjese, pues aunque confiaba en ser más rápido que las mujeres del servicio, si las circunstancias se ponían en su contra, estaría perdido.

Al poco rato, la criada y la gobernanta bajaban juntas, y se dirigirían a la cocina que él acababa de atravesar. Razonó que seguramente esas dos mujeres fuesen todo el servicio de la casa, aparte de la cocinera, así que envalentonado, subió las escaleras a toda velocidad y con mucho sigilo, comenzó a abrir puertas, una por una, intentando localizar a Martina.

A la tercera tuvo suerte: ella dormía aún, en la oscuridad de una habitación triste, repleta de muebles grandes y oscuros. Aunque la luz era escasa, lo supo por su olor: nada más abrir, el aroma dulce e inconfundible que despedía el cuerpo de su amada le dio la bienvenida. Enseguida distinguió su cabello rubio desparramado sobre la almohada, y el corazón le dio un vuelco.

Se acercaba a ella cuando Martina abrió los ojos. Al verlo allí, en la oscuridad, hizo el amago de gritar, pero él se lo impidió, abalanzándose sobre la cama.

—No grites, amor mío, soy yo, Miguel.

Entonces él se apartó. Martina estaba confusa, pero una sonrisa incipiente comenzaba a formarse en su rostro, abotargado tras las horas de sueño.

—¡Miguel! Pero, ¿qué haces aquí?

—Habla bajito, me he colado sin que nadie me viese.

—¿Y si te pilan? ¿Por qué estás aquí? —Martina intentaba salir de su confusión.

—He venido porque necesito hablar contigo. Desde el día del baile, las cosas han cambiado mucho, Martina. Ese día me di cuenta de que nunca has dejado de quererme, pese a tu matrimonio.

Ella guardó silencio unos segundos, como si intentase convencerse de que Miguel estaba allí y no era producto de un sueño.

—Miguel, Miguel...—se abrazó a él, llorando sin pretenderlo— te he echado tanto de menos...

La cara de él se iluminó:

—Eso quería oír, amor mío... Si me quieres tanto como yo a ti, seguro que aceptas la locura que te voy a proponer: fuguémonos, Martina, juntos, para siempre. Será complicado, pero no imposible, pues mi tío Antonio ha prometido ayudarnos cuanto sea necesario hasta que...

—Miguel —interrumpió Martina— no puedo hacerlo.

El rostro de Miguel se cubrió de sombras.

—¿Acaso no me amas?

—¿Y tú a mí?

—¿Por qué lo dudas? ¡No soy yo quien se ha casado con otra persona! ¡Nunca he dejado de quererte!

—Pues no es eso lo que decían tus cartas.

Miguel se extrañó:

—No sé a qué te refieres, yo siempre...

En aquel momento se oyeron unos pasos por el pasillo. Martina se abalanzó sobre Miguel y le susurró al oído:

—¡Deprisa, debajo de la cama!

A continuación, tres golpes en la puerta precedieron a las palabras de la gobernanta:

—¿Da su permiso, señora?

—¡Pase! —se oyó decir Martina, con la voz temblona, pues era consciente de lo que sucedería si la mujer encontraba allí a Miguel.

—Dona Martina, le abriré las cortinas para que se vista y baje a desayunar.

— ¡No, por favor! —El gesto de la joven detuvo a la sirvienta, que ya se encaminaba hacia la ventana—. Tengo un terrible dolor de cabeza, no me levantaré aún.

—Como quiera —la gobernanta se volvió y, sin decir nada más, salió de la habitación. Sólo cuando Martina estuvo segura de que había oído sus pasos alejándose, se atrevió a llamar a Miguel.

—Puedes salir, ya se ha ido.

Miguel se arrastró hasta asomar la cabeza por el borde de la cama, lo que provocó una risotada de Martina, que ahogó llevándose las manos a la boca. Él, sonriente, salió con agilidad y se sentó a su lado. Miró a la joven embelesado, estaba bellísima allí sentada, con el pelo revuelto y un camisón de un tejido tan delicado que transparentaba su piel, pues aunque Pedro Sanchís la hiciese vestir como una novicia, en la intimidad de la alcoba le gustaba verla ataviada con prendas que insinuasen sus encantos, cuanto más, mejor. Sin poderlo evitar, Miguel llevó una mano a su cara y la acarició tras retirar un mechón de cabello de su mejilla. Ella, muy quieta, sostenía su mirada, hasta que se vio obligada a cerrar los ojos y aceptar la boca que se hundió en la suya con sedoso deslizar. Martina perdió la noción del tiempo y del espacio, le pasaba siempre que se abandonaba a la dulzura de sus besos. En la oscuridad de aquella habitación, apenas

iluminada por la luz que anunciaba la mañana, sólo existían ellos dos. Se dejaron llevar, inevitablemente, entregados a un deseo tantos meses contenido, con esa valentía despreocupada, y un tanto insensata, en la que sólo tiene cabida satisfacer el impulso del momento. Miguel descendió entonces hasta su cuello, donde deslizó sus labios hasta llegar a la clavícula, que tocó con dedos temblorosos, como si temiese que la delicada anatomía fuese a romperse ante su tacto. La excitación era imparable, habían desatado la mayor fuerza de la naturaleza y ya no había marcha atrás. Sin apartar los labios de esa piel tan amada, se hizo paso a través de la liviana tela del camisón hasta rozar el pezón sonrosado, que pellizcó suavemente. Poco a poco la protuberancia fue surgiendo, mientras Martina gemía de placer. Él tapó su boca con suavidad, recordándole que podrían oírlos, y a continuación rozó con su lengua esos pechos tantas veces soñados. Martina estaba mareada y temió desmayarse, el placer era tan intenso como abrumador. Creyó vivir un sueño, pero la boca de Miguel succionando con delicadeza su pezón era tan real como la desconocida humedad que, de pronto, surgió entre sus piernas, en aquel lugar donde, hasta entonces, sólo había sentido dolor. Llevada por un instinto desconocido, tocó con delicadeza la parte de la anatomía de él que ya no podía resistir la presión bajo los pantalones. Miguel, sin dejar de mirarla, se despojó primero de la camisa, dejando al descubierto un torso musculado, tan bello como el de un Adonis esculpido en mármol. A continuación se puso en pie y dejó caer sus pantalones, al tiempo que se tapaba con ambas manos, un poco cohibido ante su rotunda y erecta desnudez. Pero ella sonrió y le atrajo hacia sí. Había llegado el momento, el universo entero se había ordenado para que ese amor se consumase, allí. Miguel se puso sobre ella, quien se abrió para él como una bellísima flor. El joven dudó unos instantes, como si reconsiderase la situación. Pero enseguida rozó su sexo, advirtiéndole la humedad que lo recibía. Sus dedos recorrieron aquellos pliegues de delicada piel, impregnándose de ella. La tocó con suma delicadeza, mientras Martina se arqueaba abriendo aún más sus piernas, pidiéndole sin palabras que entrase en ella. Miguel, extasiado, se introdujo con suavidad, deslizándose entre la sedosidad, abrazado por esa parte de su amada que lo estrechaba hasta que no pudo más y estalló dentro de ella, convulsionando de placer al tiempo que Martina experimentaba su primer orgasmo. Ahora sí, pensó la joven, había dejado de ser virgen, ahora sí, acababa de conocer el amor, en brazos del hombre al que amaba con locura. El tiempo se había detenido y todo, salvo ellos dos, dejó de tener sentido.

Permanecieron abrazados unos minutos, incapaces de soltarse, como si tuviesen miedo de la realidad que caería sobre ellos en cuanto separasen sus cuerpos. Ya más conscientes del riesgo que corrían, se recompusieron.

—Martina...Yo...ha sido maravilloso, amor mío.

Ella lloraba en silencio.

—No llores, no, por favor...—suplicó él, clavando sus hermosos ojos en los de ella.

Martina sonrió con su dulzura acostumbrada, y Miguel se sintió capaz de traerla la luna, si ella se lo pidiese.

—Lloro de felicidad, ha sido lo mejor que me ha pasado nunca. Te amo, Miguel, te amo más que a mi vida. Estaba esperando esto, porque sabía que algo así debía existir, lo sabía...esto es el amor, tú eres el amor —le dijo con los ojos anegados de las lágrimas más dulces que había derramado nunca.

Miguel se abrazó de nuevo a ella, y se volvieron a fundir en un abrazo rotundo, sintiéndose tan cerca, que sus corazones parecían latir al unísono. Al cabo de unos minutos, Martina lo apartó con delicadeza:

—Corremos peligro, si alguien se entera de que estas aquí y llega a oídos de Pedro, no sé de lo

que sería capaz, quizás de matarnos a los dos, créeme.

—Vayámonos, Martina, los dos, lejos de todo...quiero amarte cada minuto del día, la vida sin ti no es vida, amor mío.

Una tristeza nueva afloró al rostro de la joven:

—Es lo que más deseo, créeme, pero no puedo hacerlo— y procedió a relatarle a Miguel lo sucedido en el accidente que provocó la actual invalidez de Teresa—. ¿Me comprendes ahora? ¿Qué sería de mi madre, entonces? No, Miguel, nunca sería feliz sabiendo que la he dejado en manos de un desalmado. Porque Pedro Sanchís no tiene alma, te lo aseguro.

Ante semejante argumento, Miguel se quedó callado. Pero al poco tiempo, replicó con entusiasmo:

—Si ese es el problema, ¡llevémosla con nosotros!

—No es tan sencillo, Miguel: soy una mujer casada, ese hombre nos buscaría, tiene dinero y conocidos, no llegaríamos demasiado lejos con una mujer impedida, llamaríamos demasiado la atención.

—Mi tío Antonio también tiene mucho dinero, y muchos amigos que podrían ayudarnos.

—Pero te olvidas de algo: la ley ampara a Pedro Sanchís, pues en el momento en que yo sea una adúltera declarada, llevaremos las de perder. No quiero ni pensar en lo que haría con nosotros cuando nos encontrase, porque sé que nos encontraría. Es tan miserable que te daría muerte sin pensárselo, estoy segura.

—Está bien, Martina, por lo que dices, necesitamos un plan muy elaborado. Te juro que encontraré la forma. Mientras tanto, no sé cómo podré vivir sin ti.

—Sólo piensa que te quiero, ya verás cómo podrás seguir adelante, así he podido continuar yo, imaginando que me amabas.

—Tienes razón, pensar en el momento de ser libres para no separarnos jamás, me ayudará a llevar con esperanza el día a día. Ahora sí, podré aguantarlo todo. Porque te juro que mi vida se acabó cuando dijiste que ya no te importaba lo nuestro...

Martina le miró extrañada:

—¿Qué dices, Miguel? ¡Fuiste tú quien dejaste, bien claro, que lo nuestro había sido algo pasajero, un amor infantil del que deberíamos olvidarnos!

De pronto, Martina percibió las pisadas sobre la tarima del pasillo y se incorporó, aterrada. Esta vez no era la gobernanta, sino Cristina, quien llamó a la puerta y esperó paciente a que Martina diese su permiso. Mientras, Miguel contenía la respiración, tirado en el suelo al lado de la cama. Cristina, conocedora de que la señora estaba indispuesta, apenas entornó un poco la puerta:

—Señora, vengo a ver qué tal se encuentra. Subí antes y me pareció oírla lamentarse, así que la dejé tranquila. ¿Ya está mejor? ¿Necesita algo? —como la habitación estaba prácticamente a oscuras, no pudo advertir la súbita palidez en el rostro de Martina.

—No necesito nada, Cristina, en seguida me levantaré, ya me encuentro mucho mejor. ¿La gobernanta se ha ido a misa?

—Claro, señora. Son las nueve, estará a punto de volver.

Las nueve. En verdad, el tiempo se había detenido en aquella cama, porque Martina, al igual que Miguel, hubiese jurado que habían pasado cinco minutos desde la visita de la gobernanta, y no casi una hora.

En cuanto sintió que Cristina se alejaba por el pasillo, Martina apremió a su amante:

—Debes darte prisa y salir ahora, antes de que llegue el ama de llaves, es muy astuta, seguro que se da cuenta de algo. Y así como confío en Cristina, de ella no me fío ni un pelo, es mala gente y no tardaría ni un segundo en irle con el cuento a su señor.

—De acuerdo, amor mío. Me voy, y me voy tan feliz como nunca lo he sido en toda mi vida.

—Ahora tengo fuerzas para soportarlo todo, porque pensar en ti me ayudará a escapar, aunque sólo sea con el pensamiento, amor mío—le dijo Martina al oído.

—Martina—Miguel cogió sus manos mientras la miraba intensamente— Prométeme que lucharás por nosotros.

—¡Cómo lo dudas siquiera! —respondió ella, apenada. ¿Qué era eso que le había dicho Miguel antes de la súbita interrupción de Cristina? El tema de las cartas era importante y lo tenían pendiente, desde luego, pero ahora no había tiempo, corrían un serio peligro.

—En cuanto tenga un plan bien elaborado, nos iremos —Martina suspiró, ella era más realista que él, pues no lo tenía tan claro.

—Eso espero, amor, porque la vida sin ti se me hace imposible.

Se besaron de nuevo, con devoción, con la tranquilidad del deseo calmado.

—Ahora debes irte, deprisa— le dijo Martina, que comenzaba a estar demasiado inquieta por lo que pudiera suceder— .Te diré cómo lo haremos: espera aquí hasta que yo te avise y, cuando lo haga, sal de esta casa como alma que lleva el diablo.

Miguel asintió muy serio, consciente de lo que se jugaban.

Martina se puso una bata y llamó a Cristina desde la puerta a medio entornar. Enseguida apareció la chica.

—Ya me encuentro mejor, pero no voy a desayunar, no tengo apetito. Hoy me gustaría asear a la señora Teresa de cuerpo entero, pero sabes que no puedo hacerlo sola, así que deja todo lo que estés haciendo y ven a ayudarme.

—Pero señora, la gobernanta ha dicho...—replicó Cristina, pensando en el genio endiablado que se apoderaba de la mujer cuando se desobedecían sus órdenes.

Martina la miró muy seria:

—Le dices a la gobernanta que son órdenes de la señora, o sea, mías.

Cristina asintió con la cabeza y, cumpliendo con lo que acababan de ordenarle, salió dispuesta a preparar el baño.

Mientras, Martina fue directa al cuarto de Teresa, de donde salía a los pocos minutos con su madre en la silla de ruedas. Al pasar junto a su dormitorio, se detuvo y entró.

—Miguel —susurró— cuando cerremos la puerta del baño, sal y baja a toda velocidad. Ten mucho cuidado para no cruzarte con la gobernanta, pues estará a punto de regresar. Pero sobre todo, no olvides que te amo.

La sonrisa de Martina le emocionó, tanto que a punto estuvo de echarse a llorar. En cuanto se percató de que las mujeres se habían encerrado en el baño, tal y como Martina le dijera, enfiló las escaleras hasta la planta baja. No podía salir por la puerta trasera, así que atisbó tras los visillos de una salita que daba a la fachada principal y, al ver el camino despejado, salió sin detenerse ni un instante. En caso de toparse con la mujer de frente, tenía pensado hacerse pasar por un inocente recadero que había confundido la dirección, estaba seguro de que el temor a ser descubierto le ayudaría a escenificar la mejor interpretación de su vida. Suspiró aliviado al traspasar las verjas de hierro de la propiedad, y se encaminó con las manos en los bolsillos hacia industrias Borrell.

Estaba totalmente abstraído, rememorando los momentos vividos, su primera vez con Martina. Iba tan despistado que no vio a Virtudes, que en aquel momento salía, provocando un encontronazo como el del día en que se conocieron.

—¡Miguel! ¡Pero si parece que hayas visto un ángel! Por Dios, regresa a la tierra.

—Virtudes —saludó él con pocas ganas, mordiéndose la lengua para no decirle que, en efecto,

había visto un ángel, y aún llevaba su olor en la piel.

—¿Dónde vas así vestido? ¿Acaso vuelves a ser un mecánico de nuevo? —preguntó ella, sin poder ocultar la enorme curiosidad que le provocaba su atuendo. Miguel, pillado en falta, improvisó sin demasiada convicción:

—Vengo de los talleres, y ese no es lugar para ir vestido de señorito.

—¡Ah! Ya comprendo...—Virtudes le miró con malicia, pues decidió callarse que llevaba un buen rato asomada a la ventana, esperándolo. Y había visto, con sus propios ojos, que no salía de los talleres, sino que regresaba de donde quiera que hubiese ido.

Miguel desapareció en el interior del edificio, y ella se quedó allí unos segundos, pensativa, mientras trataba de interpretar la mirada de él, perdida, brillante, una mirada triunfal, la de quien está por encima de todo. Los hermosos ojos de Miguel habían hablado sin él quererlo, y aunque Virtudes desconocía cómo lo había hecho, estaba segura de que venía de estar con Martina.

Capítulo 8

Llovía con intensidad cuando, en casa de Pedro Sanchís, llamaron a la puerta principal. Era tarde, demasiado para una visita de cortesía, y no esperaban a nadie.

Cristina era la última en acostarse, no solía hacerlo antes de que el señor se hubiese retirado, así que fue ella quien abrió. Ante ella, recortada su silueta contra la noche, vio a una mujer esbelta y morena, en cuyo rostro resaltaba, como rasgo más impactante, la viveza de unos ojos grandes y oscuros, de mirada felina.

Antes de entrar, la desconocida se sacudió la lluvia de la capa que la cubría, en un gesto inútil, porque no llevaba paraguas y el cabello chorreaba sobre sus hombros. La actitud de la recién llegada sorprendió a la joven sirvienta, pues sin esperar a ser anunciada, entró en la casa y, tras vacilar unos segundos, finalmente avanzó como si ya supiera adónde iba, dirigiéndose hacia el despacho en el que el señor fumaba su habano mientras revisaba los últimos asuntos del día antes de acostarse.

Cristina iba tras ella, intentando detenerla. Por eso pudo ver la cara de estupor de don Pedro Sanchís cuando la mujer irrumpió en la habitación. «Déjanos a solas», fueron las rotundas palabras del hombre, en cuanto recuperó el habla momentáneamente perdida por la sorpresa. Al cabo de un buen rato, el señor llamó de nuevo a la criada y le dio instrucciones para que acomodase a su hermana en una de las habitaciones de invitados, especificando que se alojaría allí una larga temporada y que debía ser atendida como si se tratase de la mismísima señora de la casa. La recién llegada subió las escaleras tras la joven criada, admirando a cada peldaño el lujo que la rodeaba. Cristina, de espaldas a ella, no pudo advertir su enorme cara de satisfacción, semejante a la de quien encuentra, por fin, un tesoro milenario tras una búsqueda de años.

A la mañana siguiente sólo Cristina conocía lo sucedido. Así que cuando la cocinera se dispuso a preparar los desayunos, le indicó que debía poner uno más:

—Es para la hermana del señor, vino anoche y se aloja en la habitación verde. Esmérate en la cocina, porque el señor ha dicho que la atendamos como merece.

La cocinera arqueó las cejas pues, hasta el momento, desconocía que don Pedro tuviese familia, pero su deber era acatar las órdenes, así que preparó más café del habitual, llenó una cesta con bollos recién hechos y una fuente con fruta variada, además de servir las habituales mermeladas caseras que ella misma preparaba.

La gobernanta también se extrañó. Estaba indignada por que nadie la hubiese puesto al tanto de la llegada de la mujer, así que la tomó con Cristina, como si la chica fuese la culpable de la súbita irrupción de la dama en plena noche.

Martina ya se había levantado cuando esa cuñada, a la que aún no conocía, hizo su aparición en el comedor. Supo de inmediato quien era, pues las sirvientas ya le habían puesto al tanto de la novedad.

—Buenos días— saludó la recién llegada. —Supongo que eres Martina, la nueva esposa del señor. Dado nuestro parentesco, considero razonable tutearte, si no tienes inconveniente.

—Por mi parte, ninguno —respondió Martina con sequedad, pues nada de lo concerniente a Pedro Sanchís le interesaba lo más mínimo.

—Me imagino que ya te habrán informado, me llamo Lucrecia, y soy la hermana de tu esposo. En su día fuimos uña y carne, pero las circunstancias de la vida nos separaron. Sin embargo aquí

estoy, he vuelto, dispuesta a recuperar el tiempo perdido con... Pedro.

Por un momento, Martina fantaseó con la posibilidad de que la presencia de la mujer le trajese un respiro, pues si, tal y como afirmaba, había estado muy unida a su hermano, era probable que quisiesen recuperar el tiempo perdido, relegándola a un segundo plano, en el que pasaría a ser invisible para Pedro Sanchís. Aun así, Lucrecia no le había caído en gracia, y su mirada inexpugnable no le inspiraba confianza. Desconocía las circunstancias de la vida de esa mujer, pero su forma de mirar era la de alguien que había pasado por situaciones tan difíciles como para endurecerle el carácter en exceso.

Martina continuó desayunando en silencio, pero Lucrecia resultó ser más curiosa de lo que la prudencia aconsejaba:

—¿Cuánto tiempo llevas casada con mi ...hermano, Martina?

Martina respondió a la pregunta mientras pensaba que, ciertamente, debían de haber estado muy distanciados, tanto como para que para que Lucrecia no hubiese tenido noticias del enlace.

—¿Y qué tal te trata mi hermano, es lo que esperabas de un hombre, o quizás te ha decepcionado? —a Martina le pareció advertir cierta malicia en su tono, quizás en la mirada, tan expresiva que se delataba sin pretenderlo.

Desconcertada ante una pregunta demasiado íntima, formulada por una persona a la que acababa de conocer, por muy cuñada suya que fuese, Martina no supo qué responder. Pero Lucrecia se apresuró a intervenir de nuevo:

—No me respondas, sé la respuesta: es un canalla, ¿no es cierto? —Y a continuación soltó una carcajada áspera e impropia, dejando a Martina descolocada de nuevo—. Es broma, mujer: ya aprenderás a aceptar mi peculiar sentido del humor. Mira, criatura, cuando hayas visto y vivido tanto como yo, aprenderás a tomártelo todo a broma. Y sólo entonces serás libre, créeme.

Martina se sentía un tanto incómoda, así que se apresuró a terminar su desayuno, se levantó disculpándose y se dirigió hacia la salida del comedor. Aún no había traspasado el umbral de la puerta, cuando las palabras de la recién llegada la obligaron a girarse:

—¿Nos veremos luego, querida? Me gustaría que fueses tú misma quien me pusiese al tanto del funcionamiento de la casa. No pretendo suplantarle, por supuesto, pero si voy a pasar aquí una larga temporada, me gustaría integrarme en las rutinas diarias.

—Pues lo haría encantada, Lucrecia, pero ahora debo atender a mi madre, ella está impedida.

—Así que tienes aquí a tu madre. Muy interesado tenía que estar Pedro en ti, desde luego, verás, mi hermano es...no sé cómo decirte...egoísta por naturaleza. Y semejante gesto —el de cargar con una inválida— se me hace extraño en él.

Esta vez Martina no supo qué responder. Estuvo a punto de asentir pues, en efecto, Pedro Sanchís era egoísta, y también cruel, huraño, y despiadado, pero calló, por supuesto, aunque ese comentario sincero acerca del carácter de su esposo logró que simpatizase, al menos un poco, con la recién llegada.

—Lucrecia, cuando termine, estaré encantada de enseñarte la casa —respondió—. Mientras tanto, Cristina te ayudará en lo que necesites.

—De acuerdo, Martina —respondió ella, con una sonrisa tan enigmática como encantadora—. Estaré impaciente por aprender contigo los secretillos de la casa, todas los tienen —. Y rió como una adolescente pillada en plena travesura.

A la hora de costumbre, Pedro Sanchís regresó y se dirigió, como solía hacer, directo al comedor. Allí le esperaban ya Martina y Lucrecia, entretenidas en una conversación en la que esta última llevaba la voz cantante. Antes de entrar, el hombre se quedó tras la puerta, escuchando, y un ramalazo de ira le sacudió con fuerza. Sujetó la manecilla de bronce hasta que los nudillos se le

pusieron blancos y entró de sopetón, intentando aparentar una serenidad que no tenía. Su mirada se dirigió hacia Lucrecia y, como hipnotizado por los ojos grandes y perturbadores de la mujer, se apaciguó hasta asomar en su rostro un rictus que podría asemejarse a una inquietante sonrisa.

—Pedro, querido, le estaba contando a tu encantadora esposa anécdotas de nuestra familia. La verdad, hemos sido siempre muy peculiares.

—Lucrecia, a Martina no le interesan esas historias —respondió Pedro con sequedad.

—¡Pero cómo no! Apuesto algo a que tú no le has hablado de tu infancia, de tu juventud, de tu vida antes de conocerla a ella —el hombre carraspeó, indudablemente incómodo.

—Basta de cháchara— ¡Cristina! Trae la comida ya, las señoras están hambrientas.

Cristina había asomado por la puerta y se dirigió de inmediato a la cocina, al señor no le gustaba que le hiciesen esperar. En apenas un minuto, regresaba con la sopera humeante.

—Querido, ¿recuerdas este caldo? ¡Es igualito al que preparaba mamá! — Lucrecia miró a Pedro sin relajar la sonrisa— Recuerdos de infancia, ¿Acaso lo has olvidado?

Esta vez Pedro Sanchís aparentaba más calma, y respondió sin apartar los ojos del plato:

—Muy parecido, en efecto.

—Cambiamo de tema: ¿dónde has encontrado a esta belleza? ¡Es adorable! —prosiguió Lucrecia.

—Ya te lo contaré, ahora no es momento. Come, por favor.

Martina no salía de su estupor, pues aquella mujer parecía poseer el don de someter a Pedro Sanchís, incapaz de doblegarse ante nadie. Por un instante, fantaseó con la posibilidad de que la llegada de Lucrecia amansase a la fiera que él llevaba dentro, aunque enseguida desistió de la idea: ese hombre era una mala persona, y eso nadie lo podría cambiar. Siguió observando la peculiar relación de los hermanos, en la cual Pedro se mostraba huraño y sombrío, poco dispuesto a compartir recuerdos de las vivencias familiares y, las pocas veces que miraba a su hermana, sus ojos reflejaban más ira que cariño, más temor que alegría por el reencuentro. ¿Temor? sin duda se estaba equivocando en sus apreciaciones, pensó Martina, pues Pedro Sanchís era temido, pero no él temía a nadie.

—Por cierto, querido hermano mío, he de ir sin falta a renovar todo mi vestuario, así que apelo a tu generosidad y te solicito un presupuesto generoso, sabes que soy de gustos exquisitos. No quiero que me pase como a tu esposa. ¡Va vestida como si fuese tu abuela!

Martina no se inmutó ante el comentario, pues el aspecto de sus ropas era la menor de sus preocupaciones. Su esposo, sin embargo, intervino de inmediato:

—Mujer, creo que no deberías opinar acerca de asuntos tan delicados, son cosas mías, soy yo quien deseo que mi esposa vista con la discreción adecuada a su papel. Sé lo que sucede con las mujeres que van mostrando sus encantos, siempre hay algún espabilado que se aprovecha de ello, ¿no lo crees así?

Martina se sintió aludida de inmediato, y la respuesta de Lucrecia sólo empeoró su desazón:

—Por lo que veo, sigues en tu línea de someter a las mujeres, de relegarlas al papel de muñecas con las que jugar, hasta que se rompen — la joven esposa interpretó estas palabras atribuyéndolas un significado perturbador—. Mañana por la mañana, tu esposa me acompañará de compras, y si ella decide cambiar de estilo, yo misma le aconsejaré.

Pedro Sanchís tenía ambos codos apoyados en la mesa y apretaba con fuerza las manos que había juntado bajo la barbilla, pero no respondió, a pesar de que era demasiado evidente que se quedaba con ganas de replicar. Martina tuvo la impresión de que, por alguna extraña razón que desconocía, aquella mujer jugaba a provocarle.

Aquella segunda noche tras la llegada de Lucrecia, Pedro Sanchís, al igual que la primera, no se

presentó en la habitación de Martina. Ella, despierta en la oscuridad, aguardó con el corazón encogido, hasta que un profundo silencio se adueñó de la casa. Al cabo de un buen rato, supo que él no entraría para meterse en su cama, y respiró tranquila, pensando que la súbita aparición de su cuñada había sido una verdadera suerte. Desde el encuentro con Miguel, se sentía incapacitada para soportar a su esposo. No era sólo asco y repulsión, no era sólo temor a que él la hiciese tanto daño como, a veces, le había infligido: ahora su cuerpo era un santuario en el que Miguel había entrado para bendecirla, y el simple hecho de que Pedro Sanchís la rozase, era un sacrilegio. No quería ni pensarlo, pues antes de tenerlo sobre ella, prefería arrojarse por la ventana. Y comprendió que estaba ante un serio problema, pues ya se había percatado de que eran el miedo y las negativas lo que enardecían los ánimos del depravado con el que se había casado. Sacudió de su mente estos pensamientos y, acurrucada entre las sábanas, se durmió rememorando, por enésima vez, el encuentro con Miguel, su olor, su mirada, sus caricias.

Capítulo 9

Desde su encuentro con Martina, Miguel no paraba de pensar en la solución que les permitiese estar juntos de nuevo, ahora que sabía que la huida con Teresa Ribas, imposibilitada como estaba, era un obstáculo casi insalvable. Su tío Antonio era su confidente y consejero, así que hablaría con él esa tarde de domingo, quizás se le ocurriese alguna idea al respecto.

Eran alrededor de las cinco cuando llamó a la puerta de los Borrell. La criada le llevó hasta la sala, donde Antonio tomaba una copa de coñac al lado de la chimenea, pues la tarde lluviosa invitaba a arrimarse al fuego.

—Espero no molestarte, tío.

Antonio sonrió:

—Estaba aburridísimo, Miguel, así que vienes como caído del cielo. ¿Quieres un brandy?

—Por supuesto, no voy a rechazar un excelente licor, tomado en la mejor compañía.

Ambos rieron como niños, encantados de haber encontrado en el otro un alma gemela, esa persona en la que podían confiar a ciegas.

Con las dos copas en la mano, tomaron asiento.

—Tío, estuve con Martina.

Antonio Borrell abrió mucho los ojos:

—¿Lograste verla? ¿Dónde?

—En su propia casa— dijo Miguel con cautela, temeroso por que su tío le recriminase la locura de haberse adentrado en la propiedad de Pedro Sanchís, como así fue:

—¡Pero muchacho! ¿Te das cuenta de lo que podía haber sucedido si el esposo te encuentra allí?

—Lo sé, tío, lo sé. Pero no podía pasar ni un día más sin verla, sin decirla que, sin ella, no puedo vivir.

—Bueno, voy a dejar a un lado los sermones, estás sano y salvo y eso es lo que importa. Pero por favor, no vuelvas a cometer una temeridad de ese calibre, ¿me lo prometes?

—Sí, fue una temeridad y lo sé, pero no me arrepiento.

—¡Miguel...! —protestó Antonio, pero el muchacho le interrumpió:

—Soy consciente de que no debo repetir la hazaña, yo mismo me puse en peligro, además de exponer a mi amada la ira de ese hombre, así que no te preocupes, tío Antonio, que no volveré a repetirlo, por mucho que esté deseando hacerlo.

—Bien, así me gusta, Miguel. Estoy de acuerdo en que seas capaz de todo por tu amada, ¡pero con un poco de cabeza, por Dios! ¿Le comentaste lo que hablamos?

—Claro, para eso fui. Y no salió bien.

Antonio Borrell elevó la ceja en un gesto que solía hacer cuando algo descuadraba sus planes, y tras deleitarse unos segundos con el olor que emanaba el magnífico brandy, bebió un trago corto mientras esperaba la explicación de su sobrino:

—La huida juntos es imposible, tío.

En ese momento, se oyeron pasos por la escalera principal.

—Ven, vamos al despacho, estos asuntos tan delicados necesitan discreción.

Se levantaron y atravesaron la sala hasta el despacho de Antonio. Una vez allí, el dueño de la casa cerró las dos puertas correderas que separaban ambas estancias, y se acomodaron en un soberbio sillón Chester de piel, con ambas copas en las manos.

—Prosigue, Miguel: ¿a qué se debe la imposibilidad de la huida?

—Martina no puede dejar a su madre, tío: ella está impedida desde el accidente que tuvo en su casa. Se golpeó la cabeza, estuvo inconsciente un par de semanas y, cuando despertó, no recordaba nada de lo sucedido. Apenas reconoce a su propia hija, tiene delirios y no camina, como si su cerebro hubiese olvidado esa habilidad, aprendida hace tantos años.

—Pues sí es un inconveniente, desde luego.

—No queda otra opción que esperar. Pero ¿hasta cuándo? ¿Y si Teresa no se recupera nunca? ¡Me aterra la idea de que el tiempo pase y suceda algo que nos separe para siempre!

—Bueno, alguien podría cuidarla en vuestra ausencia, ¿no te parece? Por lo menos hasta que estéis asentados. En un tiempo, podríais reuniros con ella.

—¿Pero cómo? No puede valerse, no podría viajar sola.

—Eso es lo de menos, muchacho. Podríamos buscar una persona de confianza que la asistiese durante el viaje.

—Pues visto así...

—Mientras, la señora podría quedarse aquí hasta el momento de su partida. Si lo hacemos con suficiente discreción, nadie debería enterarse de su presencia en esta casa.

A Miguel se le iluminaron los ojos. Era un buen plan, su tío era de total confianza, y Martina no podría oponerse, sabiendo que Teresa estaría en las mejores manos.

—¿Harías eso por mí, tío?

Antonio rió de nuevo:

—¡Miguel, muchacho...! Mira que eres listo, pero algunas cosas se te resisten. ¡No terminas de aprender que eres como un hijo para mí! Pues claro que lo haría, estoy dispuesto a hacer por ti lo que sea preciso.

—De acuerdo, pero, ¿adónde iríamos? Tendríamos que pasar totalmente desapercibidos, pues de lo contrario, Pedro Sanchís en persona nos detendría antes de llegar a nuestro destino. Ese hombre me da muy mala espina.

—Miguel, a propósito de lo que acabas de decir, he hecho algunas averiguaciones. Verás, el esposo de tu amada Martina no es trigo limpio. No quiero entrar en detalles, pero te aseguro que tengo buenas razones para ayudarte a sacar a la chica de esa casa.

—¿No correrá peligro? —preguntó Miguel, sin poder ocultar su preocupación.

—No, no creo que su perversidad llegue al punto de atentar contra ella, pero sí que creo que Martina no lo estará pasando bien al lado de ese desgraciado.

—Tío Antonio, me dejas inquieto, la verdad.

—No pienses más en ello, te repito que no creo que corra peligro inminente, pero he pensado que es preferible que lo sepas. Ya tienes una razón más que justifica la huida juntos, cuanto antes. Por todas esas razones, apoyo tu decisión y te voy a ayudar.

—No sabes cuánto te lo agradezco, tío Antonio. Hay otra cosa que me preocupa bastante: ¿cómo saldremos de la ciudad? Pedro Sanchís es capaz de registrar todos los barcos que partan desde aquí, y los trenes también. No podemos correr ese riesgo.

—Ya había pensado en eso, Miguel. No vais a ir en tren, tampoco saldréis del puerto. Vais a viajar por carretera hasta una ciudad de Francia, Cherburgo. Allí zarparéis en un transatlántico que, en cinco o seis días, llega a Nueva York. Sabes defenderte con el idioma, y si has elegido a Martina como compañera, será tan dispuesta como tú, así que enseguida aprenderá.

—No es mala idea, desde luego. Pero, ¿es necesario que vayamos tan lejos para embarcar?

Antonio Borrell sonrió con la ingenuidad de un crío:

—Ya lo creo, ese viaje no es un viaje cualquiera, querido sobrino, pues además de parecerme una solución interesante para que a Pedro Sanchís le cueste seguiros la pista, también es un

regalo. Quiero que paséis vuestra luna de miel a todo lujo, para que esos días a bordo, hasta que desembarquéis en una nueva vida, sean inolvidables. Y sólo la primera clase en un barco como ese garantiza la experiencia que deseo que viváis.

—Yo...tío...no sé qué decir...

—Pues no digas nada. No sabes cuánto me alegro de poder hacer esto por ti, por el hijo de Pablo. Deseo que, lo que él no pudo vivir, lo disfrutes tú con creces. Viajarás con tu nombre, y Martina figurará como tu esposa. Nadie pedirá explicaciones a una joven pareja de luna de miel. Además, apenas habrá españoles a bordo, con los que pasaréis inadvertidos. Una última cosa: el barco zarpará el día diez de abril, así que debemos elaborar cada paso del plan para sacar a Martina y a su madre de la casa.

—Gracias, tío, no tengo palabras, desde que has aparecido en mi vida, has sido una bendición.

—Y tú otra, Miguel, tú otra —respondió Antonio Borrell con los ojos brillantes de emoción. Antes de irse, Miguel se despidió de su tío Antonio con un abrazo estrecho, largo y sincero.

Nada más salir Miguel por la puerta, Caridad entró en el despacho de Antonio.

—¡Ah, estás aquí, Caridad! precisamente quería hablar contigo.

—Sí, Antonio, estoy aquí, y he oído parte de la conversación, lo suficiente como para estar bien informada de *tus* planes —dijo con sorna.

—Esa costumbre de escuchar tras las puertas...¡No deberías hacerlo, denota muy poca educación!

—Y tú, querido, tampoco deberías hacer otras cosas, como decidir, a mis espaldas, quien se aloja en nuestra casa.

—Bueno, veo que ya estás al tanto, así me ahorro la explicación.

—¡Un momento! Si no me equivoco, pretendes que nos hagamos cargo de una mujer inválida que, para mayor escarnio, es la madre de la esposa de Pedro Sanchís. ¿Y debemos cargar con ella para que esa libertina abandone a su esposo y se largue con Miguel? ¡A veces me parece que estás loco!

—No más que tú, querida. Te recuerdo que secuestraste al hijo de Amparo y lo dejaste en el hospicio, con la esperanza de que nadie lo reclamase allí.

—¡Y bien merecido se lo tenía esa fresca!

—¡Caridad, por favor! En su momento fui bastante condescendiente, ocultando la barbaridad que hiciste.

—¡Tú sabes bien por qué! —se le encaró ella, amenazadora.

—Y tú también sabes que ya nada nos une, te has empeñado en hacer de esta convivencia un infierno, así que no tienes derecho a dejar que me ilumine un pequeño destello de felicidad.

Los motivos de su esposo no le importaban a Caridad lo más mínimo, así que continuó con el tema que de verdad le interesaba:

—Antonio, veo que tu comportamiento deja mucho que desear. No eres un hombre de moral recta, siempre favoreciendo adulterios del tipo que sean. ¿Tú crees que Miguel se merece que arriesgues tu reputación de esa forma?

—¿Qué tiene que ver mi reputación?

—Cuando el marido de esa perdida se entere de que has sido un colaborador necesario en el delito de adulterio, vendrá a pedirte explicaciones. Y tú tienes un negocio, dependes de proveedores como él y entonces...

Antonio la interrumpió:

—Caridad, sé más de lo que me gustaría acerca de ese Pedro Sanchís. Proveedores como él, me sobran. Ya sé lo que tengo que decirle a ese tipo si se atreve a echarme nada en cara. Además,

espero que este asunto sea llevado con la máxima discreción, que es la mejor manera de evitarse problemas.

—¡Pues yo no lo acepto, Antonio! —protestó indignada—. ¿Qué necesidad hay de que metamos en nuestra casa a esa mujer, madre de una obrera de tu propia fábrica? ¡Esto ya es el colmo!

—Veo que estás bien informada. Y veo que eso también te molesta. A veces, querida, me parece que has olvidado por completo nuestros humildes orígenes.

—He procurado hacerlo, desde luego, no como tú, que sigues tan fiel a ellos, que parece que te gustan más las obreras que las señoras.

—¡Caridad! ¡Basta ya!

Pero Caridad siguió con su discurso, sin inmutarse:

—Antonio, sé perfectamente quien es la hija de esa mujer que pretendes meter en nuestra casa, una tal Martina. La conocí el día de la fiesta del Santo Patrón. Y sé también cómo se comportó aquella noche, en nuestro propio jardín, qué vergüenza, con su esposo a pocos metros. Porque has de saber que salió del baile para besuquearse, y algo más, con su amante, esos sobrino tuyo, que parece que, en efecto, lleva la sangre caliente de los Borrell.

Antonio pasó por alto el comentario, pues estaba sorprendido:

—Y eso, ¿quién te lo ha contado?

—Se dice el pecado, pero no el pecador, querido. Esto es para que comprendas que los chismes vuelan. En cuanto esa desgraciada quede a nuestro cargo, seremos la comidilla de la ciudad. ¿No podrías alquilar una casa para ella? —suplicó Caridad, a la desesperada— ¡No quiero tenerla aquí!

—Ten un poco de misericordia, esposa. Esta casa es enorme y, si es tu deseo, ni siquiera la verás. Además, será una medida provisional— contestó Antonio, conciliador—. La tendremos con nosotros sólo hasta que su hija se instale, y entonces se irá con ella. Puede ocuparse de sus cuidados alguien del servicio que sea de total confianza, si actuamos con discreción, nadie se enterará.

—¿Discreción? ¿Y tú me hablas de discreción? ¿Acaso no piensas pagarle a tu sobrino y a esa querida un viaje de lujo? ¡Dilapidas nuestra fortuna como si no te hubiese costado toda una vida de sacrificios!— Escupió Caridad, ofendida y asqueada a partes iguales.

—Caridad, sabes que nos lo podemos permitir. Y ya estoy harto de discutir contigo, así que deja de cuestionarme. Te aseguro que procuraré que todo esto no tenga repercusión, y así será.

—¿Es tu última palabra?

—Sí, Caridad, estoy actuando en conciencia y no tengo remordimientos, los tendría si dejase de lado a Miguel y le sucediese lo mismo que le sucedió a mi querido hermano. Ante esto, tus consideraciones son secundarias, lo primordial es ayudar a Miguel.

—¿Secundarias, dices? ¿Cómo te atreves a anularme de esta forma? ¡Soy tu esposa!

Antonio Borrell se armó de paciencia:

—Lo sé, Caridad, lo sé: pero te comportas como una déspota, como una niña malcriada, con un egoísmo que me resulta difícil entender. ¿Acaso no tienes cuanto soñaste, y mucho más? Pues entonces, ayuda a quienes lo necesitan, agradeciendo así tu privilegiada situación.

Caridad ya no se molestaba siquiera en escucharlo:

—¿Es tu última palabra?

Antonio Borrell asintió con la cabeza, inmutable, muy seguro de lo que hacía. Su esposa le miró con fijeza, y sus ojos apenas reflejaban una mínima parte de la rabia que sentía.

—De acuerdo, Antonio. Espero que no tengas que arrepentirte de esta confianza ciega en tu querido sobrino.

Dicho esto, Caridad salió de la habitación intentando aparentar, delante de su esposo, una dignidad que hacía tiempo que perdió. Apenas había traspasado el umbral del despacho, y en su cabeza los pensamientos se amontonaban, intentando buscar la forma más eficiente de acabar con Miguel de una vez por todas.

Capítulo 10

Martina estaba terminando de vestirse cuando Lucrecia llamó a la puerta de su habitación.

—Date prisa, mujer, tenemos muchas cosas que hacer a lo largo de la mañana.

—Lucrecia, ¿Estás segura de que tu hermano no se enfadará? —Preguntó Martina con cierto temor— Yo prefiero no llevarle la contraria.

Lucrecia se echó a reír como sólo ella sabía hacerlo, con una intensidad desproporcionada:

—No te preocupes, es cosa mía, y a mí no se me va a poner de uñas, tenlo por seguro.

Martina dudó unos instantes, pues aún no conocía a Lucrecia lo suficiente, y no tenía claros los motivos por los cuales se había empeñado en salir con ella de compras por la ciudad, pero se dejó llevar. Hacía mucho tiempo que no salía si no era del brazo de su esposo, y sería una liberación recorrer las calles con la relativa libertad que le daría hacerlo acompañada por esa mujer.

El coche ya estaba preparado, así que ambas subieron. El cochero espoleó a las caballerías, rumbo al centro de la ciudad.

Martina, con el corazón en vilo, cruzaba los dedos para que pasasen ante industrias Borrell. Tenía la necesidad de ver a Miguel, pues era desesperante pensar en él a todas horas y no poder verlo. Acurrucada en un costado del carruaje, rememoró de nuevo el encuentro con él, y su piel se erizó de placer al pensar en ello. Por un momento, negros nubarrones de pensamientos fatalistas, como que el destino se empeñaba en separarlos, inundaron su ánimo, y temió un futuro alejada del único hombre al que amaría siempre. Tuvo que respirar hondo para que las lágrimas no la delatasen. Lucrecia, sentada en frente, parecía inspeccionar cada uno de sus gestos, sin abandonar esa sonrisa enigmática, tan difícil de descifrar.

Sumida aún en estos pensamientos, el carruaje se detuvo, y ambas descendieron.

—¿Conoces a alguna modista por aquí? —Martina negó con la cabeza, pues a pesar de estar casada con un hombre muy rico, los vaticinios de su madre acerca de vestir lujosas prendas no se habían cumplido. Lucrecia respondió:

—No importa, lo único que necesitamos para encontrar a la mejor es dinero, y ese no nos falta — y le guiñó un ojo a Martina con una complicidad fuera de lugar, de la que pareció no darse cuenta.

Caminaron juntas por la acera hasta detenerse en una elegante tienda de sombreros. Después de echar un vistazo al escaparate, Lucrecia se empeñó en entrar. Allí les atendió un hombre remilgado y antipático que, después de saber que eran la esposa y hermana de don Pedro Sanchís —Lucrecia le facilitó la información de inmediato— cambió de actitud, volviéndose en exceso adulator, pues no había sombrero que no elogiase en la cabeza de Martina, aunque era cierto que con cualquiera de ellos estaba bellísima. Para Lucrecia hubo halagos más moderados, como si el dependiente tuviese muy interiorizadas las jerarquías familiares. Antes de irse, con un par de sombreros en sus respectivas cajas, Lucrecia le preguntó al dueño de la sombrerería por un taller donde se confeccionase ropa a la última moda. El hombre, sin dudarlo, les dio la dirección de madame Lariveille.

Madame Larivaille, en realidad, no era francesa, y tan rimbombante nombre se lo copió a una adivina zíngara, estrella de un circo ambulante que pasó por la ciudad. A base de mucho y buen trabajo, la humilde modista había logrado hacerse un hueco gracias al primer encargo para una señora de postín, el cual supuso la llegada de muchos más. Desde ese momento sólo cosía para

mujeres adineradas, y sus vestidos causaban furor cada nueva temporada.

La ayudante de madame Lariveille las acomodó en una salita mientras su jefa tomaba medidas a una clienta dentro del atelier. Después de un par de bombones y sendas copitas de vino generoso, la puerta se abrió. Ya de espaldas, Martina reconoció de inmediato la voz de Virtudes Borrell, quien se detuvo en seco al pasar junto a ellas.

—Señora de Sanchís, hacía tiempo que no coincidíamos, desde el día del baile en mi casa—el comentario de Virtudes logró que Martina se ruborizase.

—Apenas salgo, señorita Borrell —respondió Martina un poco cohibida, pues Virtudes era la última persona con la que deseaba encontrarse. Al ver que la hija del empresario no se movía del sitio, no le quedó más remedio que hacer las presentaciones —. Señorita Borrell, le presento a la hermana de mi esposo, doña Lucrecia Sanchís.

Virtudes miró con insistencia a los ojos grandes y profundos de la mujer. De inmediato, una corriente de empatía fluyó entre ambas, a pesar de que Virtudes era poco dada a congeniar con nadie, pues se creía tan superior —gracias al dinero de su padre— que pocas eran las personas con las que establecía una mínima relación.

—No tenía el gusto de conocerla. ¿Acaba de llegar a la ciudad?

—En efecto— respondió Lucrecia, mientras su mano aún estrechaba la de Virtudes. — Y me gusta tanto, que me quedaré por mucho, mucho tiempo.

—Espero que nos veamos de nuevo. Si lo desea, puedo ejercer de anfitriona, porque no creo que su cuñada conozca los lugares donde se reúne la gente de nuestra clase— apuntó la hija de Antonio Borrell con desparpajo. Martina no se inmutó, pues era de sobra conocido el carácter presuntuoso y fatuo de Virtudes.

—Sería un placer, señorita Borrell. Y para que esta propuesta no quede en el aire como un vano deseo sin cumplir, la invito a usted a merendar. Mañana mismo, si le parece bien, en casa de mi hermano.

—¡Oh, por supuesto! —respondió Virtudes, encantada con el ofrecimiento, pues sin que esa mujer lo sospechase, acababa de abrir para ella las puertas de la casa de su rival —¿A eso de las cinco? Allí estaré. Y de nuevo, le reitero mi bienvenida.

Cuando Virtudes se fue, entraron en el taller de madame Lariveille quien, después de tomar medidas a Lucrecia, le mostró una revista de moda, donde eligió varios vestidos con los que pasear, ataviada como una dama, en cuanto la cercana primavera hiciese su aparición.

Al cabo de un mes, Lucrecia y Virtudes eran inseparables. En cuanto el tiempo se asentó un poco y comenzaron a aparecer las primeras señales de la incipiente primavera, paseaban a diario por el jardín, cogidas de brazo como viejas conocidas. Martina podía verlas cuchichear y reírse mientras empujaba la silla de ruedas de Teresa, quien parecía agradecer el suave sol de comienzos de marzo sobre su piel.

Sólo cuando Virtudes no estaba, Lucrecia le pedía a Martina que la acompañase a pasear por el parque del lago. En una ocasión montaron en una de las barcas, donde Lucrecia hizo alarde de su habilidad para manejar la embarcación, remando ella sola hasta el centro del estanque.

—Supongo que sabrás nadar— le había preguntado, cuando ya estaban muy alejadas de la orilla. Martina negó con la cabeza, comprendiendo de pronto su imprudencia.

—¿Y tú, Lucrecia, sabes nadar? —preguntó a su vez Martina, deseosa de oír una respuesta afirmativa pues, si no era sí, en caso de vuelco estaban perdidas.

—Por supuesto, querida. No tienes ni idea de mis numerosas habilidades ocultas. Nací y me crié en una isla, así que ahí tienes la respuesta.

—¿En una isla? ¿Qué isla es esa? —preguntó Martina, intrigada.

—La isla de Cuba, bella isla caribeña.

Martina estaba segura de que Lucrecia le había contado otra versión muy diferente de su infancia, en la cual todos sus hermanos —ella incluida—habían nacido en un palacete que su familia tenía cerca de la capital, muy lejos, por cierto, del mar. Esta contradicción no la sorprendió demasiado, pues había constatado que la cabeza de esa mujer estaba llena de historias que parecía hacer suyas, integrándolas como si formasen parte de su realidad. No tenía ningún interés en saber cuál era la versión auténtica, porque nada de lo concerniente a Pedro Sanchís le interesaba, tampoco su hermana, así que escuchaba sin inmutarse las fantasías de Lucrecia.

Mientras tanto, el tiempo pasaba sin noticias de Miguel, como si él sólo hubiese sido un espejismo, un afortunado sueño. Pero un día, cuando paseaban por el parque del estanque, divisó a lo lejos la inconfundible silueta amada caminando hacia ellas. Martina se llevó la mano al pecho, sobresaltada, pero de inmediato recuperó la compostura, mientras él se acercaba cada vez más.

Al llegar a su altura, Miguel saludó con una ligera inclinación de cabeza, pero Martina pudo ver en la intensidad de su mirada un mensaje para ella, estaba segura de que necesitaba decirle algo importante. Cuando él terminó de pasar, tuvo que detenerse, porque las piernas le temblaban tanto que apenas la sujetaban.

—Es guapo...¿Le conoces? —preguntó Lucrecia haciéndose la despistada, pues la reacción de Martina había sido tan evidente que sólo estando ciega le hubiese pasado desapercibida. Volvió la cabeza para mirarle mientras se alejaba, coincidiendo con la mirada de él, que también se había vuelto. Martina no sabía que responder. Al fin, se decidió por decir una verdad a medias:

—Es el sobrino de Borrell, hemos coincidido en un par de ocasiones.

Lucrecia asintió con la cabeza, y a su rostro afloró una sonrisa triunfal que Martina no supo interpretar, quizás porque desconocía que Virtudes ya le había hablado de aquel hombre, y le había advertido que vigilase muy de cerca a su cuñada, porque era la amante del joven Borrell. A Lucrecia no se le escapaba nada, y pudo advertir los celos de Virtudes mientras hablaba de ellos. Saber que la mayor de los Borrell estaba loca de amor por Miguel, era un descubrimiento valiosísimo que, en un momento dado, podría serle muy útil.

Capítulo 11

Desde que Lucrecia llegó a casa de Pedro Sanchís, Martina había notado un extraño cambio en la actitud de su esposo. Aun sin despojarse de su carácter hosco y taciturno de siempre, aunque sus ojos siguieran irradiando ese brillo malicioso que le daba escalofríos, parecía haber calmado el interés morboso que suscitaba en él. Por suerte, las visitas a su dormitorio se habían distanciado y, cuando entraba, satisfacía su deseo con inusitada prisa y se iba a continuación, como si se hubiese cansado de esas largas noches de sometimiento y vejaciones.

Aun así, Martina se sentía en peligro, pues a pesar del indudable alivio que suponían sus ausencias, tenía miedo: Pedro Sanchís era tan imprevisible como su próxima reacción. Sin ser experta en comportamiento humano, sabía que algo en su marido no funcionaba como debiera, y cada vez estaba más segura de que tenía una oscura relación con la denuncia presentada por esa mujer, María Concepción Ruiz, aunque el nombre de él no apareciese en la misma. ¿Por qué, si no, la guardaba bajo llave? Martina suponía que Pedro Sanchís había sido cómplice del ataque pero, por la razón que fuese, había salido indemne. Conocía las depravadas aficiones del que, por desgracia, era su esposo, y encajaban a la perfección en lo relatado en la denuncia.

Martina necesitaba saber con exactitud lo sucedido, pero las semanas pasaban sin que Remedios viniese con noticias al respecto. No la extrañó, pues el encargo de encontrar a la misteriosa mujer era realmente complicado. Sin embargo, cuando ya comenzaba a perder la esperanza, Cristina entró con un mensaje:

—Señora, han dejado esto para usted.

La criada le tendió un papelillo doblado al medio. Era de Remedios.

—Lleva esto a la fábrica de los Borrell, y entrégalo tal y como hiciste la última vez —Martina había escrito otro mensaje para su amiga, acordando el día y la hora para verse de nuevo.

Remedios se presentó puntual a la cita, y Martina la recibió como agua en mayo, pero sin desprenderse del nerviosismo de la última vez, pendiente de la puerta, con el temor a que su esposo la encontrase reunida en la salita con su ex compañera de trabajo. Intuía que aquello desataría su furia.

—¿Qué me cuentas, Remedios? Dime que me traes noticias de esa ...

Remedios la interrumpió:

—Nadie sabe nada. Como si se la hubiese tragado la tierra. Desde luego, en industrias Borrell no trabajó —. Pero sí he de decirte algo— Remedios la miraba con cierta aprensión reflejada en su rostro insulso.

—Dime, por favor, que me tienes en ascuas.

Remedios pareció armarse de valor antes de continuar:

—Lo que tengo que decirte...bueno, sólo son rumores, y ya sabes que la gente habla más de la cuenta. Espero que no te enfades conmigo, sólo soy la mensajera.

—¡Habla de una vez, por favor! — la conminó Martina, impaciente.

—Es acerca de tu esposo, Martina...

—Habla, Remedios.

—Circulan rumores...no sé cómo decírtelo delicadamente...En fin, allá va: se rumorea que el tal Pedro Sanchís intentó abusar de una chica. Alguien, parece ser, conoce bien la historia, a la que da mucha credibilidad, aunque parezca mentira. Yo sólo te cuento lo que se dice.

—No te apures, Remedios—dijo Martina, conciliadora— recuerda que son las enrevesadas

circunstancias las que me han llevado a casarme con él, pero no le considero mi esposo, es tan sólo una desgraciada fatalidad en mi vida. ¿Y qué se dice, concretamente?

Remedios asintió, mirándola con cierta compasión:

—Anduvo con la chica por tascas de mala muerte, hasta que la emborrachó y luego...La encontraron en la calle tirada, medio desnuda. La había golpeado. No pudo hacerle nada más porque alguien llegó a tiempo para evitarlo. Fue la víctima quien le reconoció, por una cicatriz de su cara.

—Y esa muchacha, ¿No lo denunció?

—¡Qué va! Ya sabes, sucedió lo de siempre: temería que nadie la creyese, era su palabra contra la de un hombre “respetable”. Además, había dejado que la emborrachase. En resumen, que lo tenía todo en su contra.

—Gracias por las averiguaciones, Remedios—dijo Martina, pensativa. Su amiga no había logrado encontrar a Concepción Ruiz, pero acababa de darle una información valiosísima que, aun procediendo de rumores, encajaba fatalmente con aquella denuncia que encontró en el baúl. Se rodeó el cuerpo con los brazos en un gesto inconsciente, convencida de que Pedro Sanchís había sido partícipe de aquella agresión.

—Martina —la interrumpió su amiga con cara de preocupación— Espero que no me cojas tirria, yo creí necesario contarte lo que he oído.

Martina la miró con ternura:

—Sabes que te aprecio, querida amiga. Sé que no has querido hacerme daño, más bien al contrario. No te apures, de verdad. Algún día te contaré muchas cosas.

— ¿Sabrás cuidarte, verdad? —Remedios comenzaba a comprender que la vida fastuosa de Martina era sólo la punta de un helado iceberg.

Ella asintió, sin demasiado convencimiento:

—Te agradezco la visita, más de lo que imaginas. Pero ahora has de irte, no me gustaría que mi cuñada te viese por aquí.

—Así que tienes una cuñada. ¿Y qué tal con ella?

—No termina de convencerme, es tan rara como su hermano y, además, se ha hecho íntima de Virtudes Borrell. ¿Cómo puede alguien elegir a Virtudes como amiga?

Ambas rieron, sin saber que Lucrecia había escuchado toda su conversación.

Capítulo 12

Caridad era una mujer decidida, y cuando su decisión estaba motivada por sentimientos como el odio, la envidia o los celos, no solía pensar demasiado en las consecuencias de sus acciones, tan sólo actuaba.

Por eso, aquella mañana se dirigió caminando al centro, rumbo al bufete del mejor abogado de la ciudad.

Ernesto Vázquez tenía la fama de ser el letrado que más casos ganaba para sus clientes, aunque era especialmente conocido por su facilidad para sobornar a testigos, policías corruptos y algún que otro juez. Por todo esto, era el hombre indicado para llevar a cabo el asunto que la esposa de Antonio Borrell se traía entre manos.

Después de esperar un tiempo en una salita privada —Caridad Martín no era cualquier cliente—, el abogado la recibió con una almibarada reverencia.

—Mi querida señora, ¿qué afortunada circunstancia la trae hasta aquí? Pero tome asiento, por favor, doña Caridad.

Una vez aposentada, la mujer de Antonio Borrell fue al grano, pues no era de su agrado perder el tiempo con fingidos preámbulos y estúpidas alabanzas.

—Señor Vázquez, es usted el mejor, por eso estoy aquí. Tengo que resolver un asuntillo familiar que ha de quedar zanjado de una vez por todas.

—Pues usted dirá.

—Quiero quitarme de en medio al supuesto sobrino de mi marido, no sé si conocerá las circunstancias.

—Estoy al tanto, doña Caridad, casi toda la ciudad sabe de la repentina aparición de otro Borrell, al parecer un hijo del fallecido hermano de don Antonio.

—En efecto, veo que nuestra vida es de dominio público, como no podía ser de otro modo, dada la importancia que tenemos en esta ciudad —el abogado elevó ligeramente los ojos al cielo, estaba acostumbrado a adular a los clientes, pero con esa mujer no hacía falta, ella misma se echaba flores—. Pues bien, este golfo recién aparecido es un lobo con piel de cordero, y mi esposo tiene una venda puesta en los ojos que le impide verlo.

—Bueno, señora mía—vaciló el letrado—, no sé exactamente lo que usted pretende, pero el que ese joven tenga a su marido comiendo de su mano no es ningún delito.

—No, claro que no— respondió Caridad, quien ya se esperaba la negativa inicial—. Pero he de pararle cuanto antes los pies, cuando aún tiene remedio la cosa.

—Pues usted dirá cómo puedo ayudarla—el abogado se cruzó de brazos, un poco contrariado, pues quizás la mujer de don Antonio le estuviese haciendo perder el tiempo.

—Sólo trato de socavar la confianza que mi marido tiene en él.

—Pero, ¿yo que pinto en ese asunto? Soy abogado, señora, me ocupo de asuntos relacionados con la ley.

—Usted me va a redactar un documento firmado —prosiguió Caridad sin escucharle—. Así, el asunto tendrá total credibilidad.

—Pues no termino de entender para qué me necesita usted. ¿Un documento? ¿Qué tipo de documento? Y para serle sincero, señora mía, no sé si me conviene enemistarme con su esposo, la verdad.

Caridad Martín rió con desdén:

—Señor Vázquez, usted ya se ha enemistado con media ciudad, todos conocemos sus trapicheos. Ya sabe que mi marido es un hombre tan íntegro, que jamás recurriría a usted, así que no pierde nada por negociar conmigo a sus espaldas. No me diga que está dispuesto a renunciar a esto — Caridad sacó un trozo de papel en el que había escrito una cifra— por un papelito de nada, que es lo único que le pido.

Ignorando la ofensa de Caridad, el abogado abrió mucho los ojos:

—¿Qué clase de documento? —repitió, esta vez más interesado.

—Uno con su membrete, oficial, a nombre de Miguel Borrell.

—Pues sí se ha dado prisa en aceptar el apellido de la familia—apuntó el abogado.

—No, en realidad, le ha dicho a mi marido que, de momento, prefería mantener su nombre, Miguel Expósito. Pero este es un pequeño detalle que hará que mi esposo desconfíe de él aún más.

—Bueno, así que, si no me equivoco, tiene que parecer que su sobrino ha estado aquí, solicitando mis servicios. ¿Con qué finalidad?

—Se me ha ocurrido algo, y usted ha de darle forma, no creo que le resulte difícil si piensa en la cantidad que le he ofrecido.

La carta era una provocación. Antonio Borrell era un hombre impulsivo, y tan honrado que catalogaba la traición como uno de los peores pecados. Así que, con un poco de suerte, echaría a Miguel de su lado, y al idolatrado sobrino no le quedaría más remedio que largarse muy lejos, con amante o sin ella, y no volverían a tener noticias de él. Desde su llegada a la familia, todo habían sido despropósitos: fue él quien resolvió el secuestro de Miguelito, con las nefastas consecuencias que tuvo para ella; además, su hija Virtudes andaba enamorada de él sin ser correspondida — Caridad se había dado cuenta enseguida—, circunstancia ésta que la desequilibraba más de lo que habitualmente solía estarlo. Y, para colmo, ocupaba en la empresa un alto cargo, con vistas a dirigir industrias Borrell en un futuro no muy lejano. Cuando la empresa estuviese en sus manos, parte del importante patrimonio acumulado a base de años, caería en manos de ese bastardo y de su amante, una obrera de industrias Borrell. Por todos estos motivos, a Caridad no le bastaba con que el joven se montase en un barco —pagado por su marido, por cierto— con la posibilidad de regresar en el momento menos pensado. No, Caridad quería que Miguel, el hijo de la que fuera el gran amor de su esposo, quedase fuera de sus vidas para siempre.

Cuando salió del despacho, llevaba en su bolso esa carta que, con gran probabilidad, socavaría para siempre la confianza de Antonio en su sobrino. Ese documento debía llegar, como fuese, a manos de Teodoro, el hombre de confianza y buen amigo de su marido. Y como Virtudes era visitante habitual de las oficinas de la fábrica, sería ella quien se encargase de que así fuese.

Miguel se disponía a salir de su despacho cuando Virtudes apareció por el pasillo:

—Miguel, ¿tienes un momento para mí?

—¡Virtudes! Eres incansable, pareces mi sombra. ¿No me puedes dar un poco de descanso?

Virtudes ardió de rabia por dentro, pero se contuvo:

—Miguel, será sólo un momento, y supongo que te interesa escucharme, porque es algo relativo a Martina.

Al oír el nombre de su amada, Miguel cambió de expresión. La intuición le decía que no debería fiarse de Virtudes, pero no perdía nada por escucharla. A regañadientes, abrió la puerta del despacho del que acababa de salir, y entró de nuevo, seguido por su prima.

—Sé breve, me disponía a bajar a los talleres—dijo mientras tomaba asiento en su sillón, y ella

hacía lo mismo en el situado al otro lado del escritorio.

—No sé si sabrás que ahora vive en casa de Pedro Sanchís la hermana de él — Miguel supuso entonces que sería la mujer con la que vio a Martina paseando por el parque—. Se llama Lucrecia, y hemos hecho buenas migas. Vengo a advertirte que sospecha de lo vuestro.

Miguel se hizo el desentendido, no quería darle importancia delante de Virtudes.

—¿Y qué? —respondió, impaciente.

—Pues que ...que eso no es bueno.

—Mira, Virtudes, pensé que querías decirme algo importante. Eso sólo es una suposición tuya, así que, si me disculpas, tengo mucho trabajo.

Virtudes era un verdadero incordio y lograba sacarlo de quicio. A pesar de que, en su momento, se ofreció a ayudarle, llevándole a Martina sus cartas, tenía la corazonada de que no jugaba limpio. Se levantó, un poco airado, y la tomó del brazo fingiendo cortesía, pero sin otra finalidad que la de obligarla a salir de allí cuanto antes. Una vez fuera del despacho, Miguel enfiló las escaleras rumbo a los talleres, deseoso de olvidarse de su prima y sus tonterías. Por eso no se fijó en la carta que ella había dejado caer, debajo del escritorio.

Cuando se aseguró de que Miguel estaba en los talleres, Virtudes subió de nuevo a las oficinas, y buscó a Teodoro Núñez, el hombre de confianza de Antonio Borrell.

—Teodoro—se dirigió a él con la actitud autoritaria de siempre— ¿Podría abrirme el despacho de don Miguel? He llamado y no contesta.

Teodoro ya se había acostumbrado a ver a Virtudes por allí. Desde que Miguel se incorporó a la empresa, era raro el día que no merodeaba por los despachos, como si necesitase saber, en todo momento, dónde estaba y lo que hacía. Por eso no le extrañó que lo anduviese buscando.

—Habrá bajado a los talleres, señorita Borrell, ya sabe que es parte de su cometido. Pero enseguida se lo confirmo.

Teodoro Núñez sacó de su bolsillo la llave del despacho y abrió. La habitación estaba vacía. Aun así, entró para recoger del suelo un documento que había caído de la mesa, y lo dejó con cuidado sobre el escritorio. El membrete de la carta había llamado poderosamente su atención, pero contuvo las ganas de inspeccionarlo delante de Virtudes.

—Señorita, don Miguel no está, ya lo ha visto usted misma. Ahora, si me disculpa...

Virtudes se dio media vuelta y salió. Siguiendo las instrucciones de su madre, había visto cómo el hombre de confianza de su padre recogía la carta. No tenía ni la menor idea de qué iba el asunto, Caridad no le había dado explicaciones, tan sólo una orden estricta de que mantuviese la boca cerrada y la recompensaría con otro vestido nuevo, el más caro y ostentoso, uno con el que lucirse ante Lucrecia y competir con ella, al menos en opulencia, ya que no podría hacerlo en belleza.

En cuanto Virtudes desapareció, Teodoro Núñez volvió a abrir el despacho de Miguel. Se acercó a la mesa, cogió la carta, se puso las lentes para ver de cerca y comenzó a leer. La gravedad del contenido le animó a tomar una decisión por cuenta propia: tomó el papel y lo guardó en el bolsillo de su chaqueta. Llevaba media vida trabajando para Antonio Borrell, y le debía mucho, tanto, que debía corresponderle con su lealtad.

Capítulo 13

Habían pasado ya varias semanas desde la súbita aparición de Lucrecia, y a Martina no dejaba de asombrarla el extraño vínculo que había establecido con Virtudes Borrell. Dudaba que la relación que las unía fuese amistad, pues en el tiempo que llevaba conviviendo con la hermana de Pedro Sanchís, había llegado a la conclusión de que la mujer tenía un carácter hedonista, poco abierto a empatizar con sus congéneres. En su lugar, parecía movida únicamente por el afán de satisfacer sus propios deseos, y Martina adivinaba en ella intereses ocultos, como si todos sus actos estuviesen encaminados a un fin que sólo ella conocía. Por su parte, Virtudes era una persona poco propicia a hacer amigos: egoísta, altiva y caprichosa, se bastaba consigo misma y con el dinero de su padre.

Por todos estos motivos Martina no terminaba de encajar, dentro de un esquema lógico, la visión de las dos mujeres paseándose cogidas del brazo por los jardines de la villa.

Casi a diario, el carruaje de Borrell se detenía ante la propiedad de Pedro Sanchís, y de él descendía Virtudes. Mientras, Lucrecia miraba a través de las cortinas del salón y, aunque Martina creía advertir un ligero gesto de disgusto en su rostro, enseguida se dirigía ella misma a recibir a la recién llegada. Después de tomarse un chocolate en la galería acristalada, salían al jardín y paseaban entre los setos de boj, cuchicheando y riendo como si fuesen amigas desde la más tierna infancia.

Una de aquellas tardes, sentadas en un banco rodeado de rosales que ya comenzaban a florecer, Virtudes, impulsiva y atolondrada, se lanzó a las confidencias:

—Este olor de la primavera... ¡la sangre altera!

Lucrecia rió ante la ocurrencia.

—Sí, querida, a mí me altera la sangre, puedo jurarlo—continuó Virtudes—. Y cuando se está tan enamorada como yo lo estoy, sólo se piensa en eso.

Lucrecia la miró, divertida, al tiempo que abría muchos sus grandes ojos:

—¿Y qué es eso, Virtudes?

La aludida sonrió pícaramente y se apresuró a responder:

—El amor, Lucrecia, el amor... Claro que no sabes de lo que te hablo, una mujer como tú—Virtudes comprendió que se había ido de la lengua y se sonrojó visiblemente.

—¿Qué quieres decir con eso de una mujer como yo, Virtudes? ¿Una solterona? —lejos de amilanarse, Lucrecia la miraba divertida.

—Yo— balbuceó Virtudes con esa torpeza suya que le impedía encontrar las palabras adecuadas — no era mi propósito molestarte, querida, es sólo que...

Lucrecia rió de pronto, y en su rostro una mueca un tanto demencial se sumaba al indudable disfrute que la conversación le estaba reportando:

—Querida Virtudes—respondió en tono condescendiente—, en realidad, no sabes nada de mí. Te sorprenderías si te hablase de amor. Soy una maestra en artes amatorias.

Virtudes se quedó boquiabierta, y su rostro adquirió una expresión bobalicona. Lucrecia estalló en una nueva carcajada:

—No me hagas caso, tontita, estaba bromeando. Bueno, y dime, ¿Qué sabes tú del amor?

Los ojos de la chica se iluminaron con una sonrisa lasciva:

—Mucho más de lo que pueda contarte con palabras. Porque yo sí estoy enamorada, y todo mi cuerpo lo siente así.

—¿Y quién es el afortunado?—indagó Lucrecia, aunque estaba muy segura de la respuesta.

—¿Me guardarás el secreto? — preguntó a su vez la mayor de las Borrell, temiendo haberse ido de la lengua.

—¡Por supuesto, querida!—Lucrecia hizo un gesto, llevándose el dedo índice a la boca— Mis labios están sellados.

—Te lo diré, entonces...Mi amor es Miguel.

—Pero...¿Miguel Borrell, el joven que, según tú, es el amante de la esposa de mi hermano?

—El mismo.

—Que a su vez, es tu primo...

—Sí, pero el amor no entiende de esos detalles sin importancia—matizó Virtudes muy segura.

Después de unos segundos en silencio, Lucrecia comenzó a envolverla en su telaraña:

—¿Y no tienes celos de Martina? He de reconocer que, aunque no me inspira demasiada simpatía, es una mujer bellísima. ¡Haría las delicias de cualquier hombre! —Señaló Lucrecia, enfatizando mucho sus palabras.

Virtudes la miró con intensidad:

—Ya lo sé —respondió sin titubeos—. Claro que tengo celos, no soy estúpida.

—Pues los celos son un sentimiento muy fuerte, querida. Tanto, que es extraño que debido a ellos, no la odies con toda tu alma.

—Es que la odio, Lucrecia, la odio. Pero guardo la compostura, soy una señorita, no lo olvides.

Lucrecia no salía de su asombro, pues la confesión de Virtudes y la confianza que había depositado en ella facilitaban mucho sus propios planes. Respondió con cautela:

—Te comprendo, yo también odio a Martina — Ahora la sorprendida fue Virtudes.

—¿Tú, Lucrecia? ¿Tú, por qué?

—Porque siempre he pensado que es una interesada, una aprovechada que se ha casado con Pedro para vivir por encima de sus posibilidades. Mira lo que era: una pobrecilla, una obrera de la fábrica de tu padre. Y mírala ahora: criadas a su disposición, carruajes, buenas ropas y cubiertos de plata, cobijada bajo el techo de este palacete . ¿Y a cambio de qué? ¡A cambio de su cuerpo! ¿Sabes cómo se llama a las mujeres que hacen lo que ella? —Virtudes asintió, claro que lo sabía—Eso es Martina, una prostituta. Además, es una mala influencia para Pedro, él ha cambiado a peor, sin duda por su culpa. Y por si fuera poco, ¡engaña a mi hermano con un amante! ¿Te parece que tengo motivos para odiarla, Virtudes?

Virtudes estaba muy satisfecha. Ahora disponía de una aliada, alguien con quien hacer un frente común para neutralizar de una vez por todas a esa amenaza llamada Martina. Envalentonada por las palabras de su interlocutora, se atrevió a soltar lo que tanto tiempo llevaba rumiando a solas:

—Lucrecia, ¿Tú me ayudarías a sacar a Martina de la vida de Miguel? Y de paso, claro está, de la de tu hermano...

Lucrecia se limitó a mirarla con los ojos muy abiertos y una mirada profunda y turbadora que lo dijo todo, así que sobraron las palabras.

Regresaron a la casa cogidas del brazo, en silencio, sabiendo que ahora tenían una misión conjunta: deshacerse de esa mujer que tanto las molestaba.

Esa tarde, habían puesto las cartas boca arriba. Ahora se sentían unidas por un sentimiento nuevo, el odio. Y lo alimentaban cada día ante la visión del bello rostro de Martina, ajena a que el tiempo que permanecían juntas, lo dedicaban a alimentar mutuamente la inquina hacia ella y planificar la forma de quitársela de en medio.

Y poco a poco, el plan cobraba forma, haciéndose cada vez más firme, más elaborado y realista. Iban puliendo cada pequeño detalle, ahora eran dos para pensar, y se sentían invencibles.

Virtudes sonreía cuando pensaba que esa rival que tantas lágrimas le hizo derramar en sus noches solitarias, tenía los días contados.

Por su parte, Lucrecia no terminaba de creer en su suerte. Cuando llegó a casa de Pedro tenía las ideas muy claras, pero no la forma de llevarlas a cabo. Y ahora, de buenas a primeras, todo encajaba a la perfección. Procuraría hacer las cosas bien y, de esa forma, Virtudes cargaría con toda la responsabilidad. Ella sólo tendría que disfrutar la victoria.

Capítulo 14

Teodoro Núñez llamó a la puerta del despacho de Antonio Borrell y, sin esperar respuesta, entró.

—Antonio, lamento interrumpirte, pero creo que hay algo que debes ver.

El dueño de industrias Borrell levantó la mirada de los documentos que revisaba:

—¿Tan importante es? ¿De qué se trata?

—Míralo tú mismo—Teodoro le tendió la carta doblada que acababa de sacar del bolsillo de su chaqueta.

Mientras Antonio leía, se hizo un silencio denso y triste. Cuando terminó, plegó la carta de nuevo y preguntó:

—¿De dónde ha salido?

—La he recogido del suelo del despacho de Miguel, se debió de caer sin que él se diese cuenta. Ya sabes que no es mi estilo husmear en la correspondencia ajena pero, al levantarla para ponerla de nuevo en su sitio, me llamó la atención el membrete. Y al asomar el nombre de Miguel Borrell, consideré necesario ver de qué se trataba.

—Gracias, Teodoro.

—Lo siento, Antonio.

Teodoro Núñez, hombre discreto y comprensivo, comprendió que era el momento de dejar solo a su jefe y amigo. En cuanto él salió, Antonio Borrell releó la carta:

A la atención de D. Miguel Borrell.

Estimado señor Borrell:

En respuesta a su solicitud de mis servicios, me pongo en contacto con usted para comentarle algunos aspectos del asunto para el cual me requirió.

En primer lugar, he de decirle que el hecho del reconocimiento público efectuado por su tío don Antonio Borrell, acerca de su condición de hijo de don Pablo Borrell, le otorga indudablemente el derecho a utilizar dicho apellido, de acuerdo con el deseo por usted manifestado.

En cuanto al otro asunto, el de la incapacitación de su tío don Antonio Borrell y posterior nombramiento de usted como único administrador de la empresa Industrias Borrell, he de decirle que requiere de la supervisión de un tribunal médico que evalúe las capacidades de don Antonio. En dicho tribunal, podrá usted aportar las pruebas que me comentó, que serán sin duda un documento definitivo para que los peritos del caso le den la razón.

Cuando usted lo considere, comenzaré con los trámites necesarios para poner en marcha el proceso de incapacitación aunque, de momento, y tal y como usted me pidió, todo será llevado con rigurosa discreción.

En cuanto tenga en su poder los pasajes para su supuesta huida del país, guárdelos, pues también constituirán una prueba indiscutible de la demencia de su tío.

Quedo atento a sus mandatos.

Sin otro particular, le saluda atentamente,

Ernesto Vázquez.

A pesar de que a Antonio Borrell le habían enseñado que los hombres no lloran, la decepción fue tan grande, que las lágrimas comenzaron a brotar sin él quererlo.

Antonio sacó un pañuelo inmaculado del bolsillo, se limpió la humedad de los ojos y, con gesto cansado, plegó la carta con cuidado, la metió en el primer cajón de su escritorio y cerró con llave, como si por el hecho de no verla, la carta pudiese, de alguna manera, desaparecer.

Se levantó del sillón con gesto cansado. De pronto parecía más viejo, como si la traición le hubiese echado unos cuantos años encima, y se dirigió al mueble en el que guardaba ese brandy que solía degustar con su sobrino, un joven al que quería como a un hijo. Se sirvió una copa generosa de licor que, esta vez, no saboreó, pues de un trago vació su contenido. A continuación, salió del despacho, cerró la puerta y enfiló las escaleras. Para él, la jornada laboral ya había terminado.

Capítulo 15

A las nueve en punto, Miguel entraba por la puerta del edificio principal de industrias Borrell. Aquella era una mañana más, y nada hacía presagiar los terribles acontecimientos que, minutos después, desestabilizarían esa vida que empezaba a construir con su nueva familia, los Borrell.

Cuando desembocó en el rellano, y antes de llegar a su despacho, vio que algo raro sucedía: la puerta estaba abierta, cuando él, por motivos de seguridad, la dejaba siempre cerrada con llave. Al entrar vio, asombrado, que todos sus efectos personales habían sido retirados y estaban apilados en cajas de cartón distribuidas por el suelo. La mesa se veía despejada, como si se dispusiese a pasar una buena temporada acumulando polvo.

Extrañado, estaba a punto de salir para informarse acerca de lo que sucedía, cuando entró Teodoro Núñez. A Miguel le extrañó que el hombre de confianza de su tío Antonio le mirase de aquella forma, como si le reprochase algo.

—Buenos días, Teodoro. ¿Qué es todo esto? ¿Me cambio de despacho, o qué? —preguntó el joven, con su simpatía habitual.

Teodoro Núñez carraspeó, nervioso.

—Algo parecido. Pero será mejor que vaya usted a hablar con don Antonio, creo que está esperando una explicación por su parte.

Como Miguel no entendía nada, insistió:

—¿Con mi tío? ¿Ahora? ¿Una explicación acerca de qué? La verdad es que tengo bastante trabajo en la oficina antes de bajar a los talleres, así que, si a mi tío no le importa.

—Me temo que no me ha entendido, señor Expósito —tanta formalidad en el trato hacia su persona desconcertó a Miguel más de lo que ya lo estaba— ha de ser ahora mismo.

Sin salir de su asombro, Miguel asintió:

—Se ve que el tema es urgente, no se preocupe, voy de inmediato.

Teodoro asintió con la frialdad reflejada en un rostro habitualmente afable, y salió de su oficina sin más explicaciones. Miguel lo hizo tras él. Le sorprendió no ver la llave por ninguna parte, así que, muy a su pesar, entornó la puerta y se dirigió al despacho de su tío, deseoso de saber, cuanto antes, qué era lo que quería con tanta urgencia.

Mientras se dirigía hacia allí fue conjeturando diversas posibilidades, y deseó que el motivo de la reunión no fuesen las revueltas obreras, que tantos quebraderos de cabeza les estaban dando últimamente. Una vez ante la puerta, dio un par de golpes secos, tal y como solía hacer siempre, y entró.

—Buenos días, tío —saludó con el cariño con el que lo trataba siempre. —Me ha dicho Teodoro que querías verme ahora mismo.

La cara de Antonio Borrell era otra de las muchas y muy desagradables sorpresas que le esperaban aquel día, pues esa mirada de desagrado de su tío sólo la había visto en una ocasión, cuando trataba con un encargado que intentó desprestigiar a empresas Borrell, sabotando la fabricación de toda una jornada laboral. Era la mirada que empleaba con quienes habían traicionado la confianza que depositaba en ellos.

—Siéntate, Miguel, por favor—ordenó don Antonio con la voz afectada por una emoción que su sobrino no supo catalogar. Tanta seriedad sólo aumentaba un desconcierto que ya comenzaba a preocuparle. ¿Qué estaba sucediendo?

Miguel, contagiado por el ambiente casi luctuoso que se respiraba, tomó asiento en silencio. Fue

su tío quien lo rompió con unas palabras breves y contundentes:

— Te daré la oportunidad de que te expliques. Pero te adelanto que tus argumentos han de ser extraordinariamente creíbles.

Miguel, ajeno al tema por completo, no entendía nada y comenzaba a desesperarse. Aquello era lo más parecido a una pesadilla y, si era sólo eso, un mal sueño, ya era momento de despertar. Estuvo a punto de pellizcarse pero no lo hizo, sabía que estaba tan despierto como cuando se levantó de la cama aquella misma mañana.

—Tío, no te comprendo, ¿Explicar? ¿El qué? ¿Te refieres a lo de la inversión en los telares automáticos? Perdóname, pero creí que el asunto lo habíamos dejado zanjado y estábamos de acuerdo.

Antonio Borrell lo miraba con fijeza y sin inmutarse. Ya no era su tío, sino el empresario exitoso que había tenido que defenderse de los muchos aprovechados que habían querido estafarlo, arruinarlo o prosperar a costa de su persona.

—Te creía hecho de otra pasta, no me esperaba tanto cinismo por tu parte.

Aquella respuesta fue la definitiva para que Miguel comprendiese que estaba sucediendo algo gravísimo que a él se le escapaba. Se incorporó de golpe en el sillón mientras las sienes le latían con fuerza, pero se sentó de nuevo, dispuesto a aclarar el asunto que tenía a su tío Antonio en jaque, fuese cual fuese.

—Tío, te aseguro que no sé de qué me hablas. ¿Qué es lo que he hecho?

Ahora Antonio Borrell estaba cambiando de actitud. Parecía que, poco a poco, se despertaba en él su indomable espíritu combativo, y comenzaba a mostrarse más enfadado que al comienzo de la reunión:

—No me tomes por tonto, Miguel. ¡Es lo que me faltaba!

—Tío, yo te juro que...

—¡Y no jures! ¡No te atrevas a jurar en vano! —respondió Antonio Borrell, cada vez más alterado.

Miguel ya no sabía qué hacer. Llegó a pensar que su tío le estaba gastando una broma, aunque de ser así, era de muy mal gusto. Además, sabía que no era del agrado de Antonio hacer sufrir a alguien gratuitamente, por el simple afán de divertirse un rato a su costa. Insistió:

—¡Tío, por favor! ¡No sé de qué me hablas! —y esta vez el joven elevó el volumen de su voz, suplicante. Sin saberlo, por supuesto, su actitud no hacía más que empeorar la situación, pues Antonio Borrell albergaba la esperanza de que se comportase como un hombre y diese la cara. De esta forma, al menos, le quedaría el consuelo de que su amado sobrino no era un cobarde. Por ello su respuesta fue contundente:

—Me has fallado, Miguel. Has ensuciado tu nombre y el de mi querido hermano, has traicionado la confianza que deposité en ti. ¿Quieres más explicaciones?

Miguel se quedó paralizado. Un sudor frío le recorrió todo el cuerpo hasta materializarse en pequeñas gotas que perlaban su frente lisa. Interiormente se debatía entre pensamientos contrapuestos: por un lado la insistente idea de que lo que le estaba sucediendo no era real y, por otro, la búsqueda exhaustiva en su cerebro de todas las acciones por él realizadas en los últimos días, intentando descubrir alguna conducta inadecuada que pudiese justificar las palabras de su tío. Sin encontrar respuesta, su estado de ánimo también cambió. Al igual que Antonio Borrell, él también comenzaba a enojarse con las extrañas circunstancias que se empeñaban en hacer añicos lo que prometía ser una mañana tranquila. Ahora que la esperanza había regresado, a través de la posibilidad de reunirse con Martina para vivir su amor, aquel inconveniente sin pies ni cabeza se le antojaba una jugarreta sucia del destino. Sin pretenderlo, y llevado por una creciente

indignación, elevó el volumen de su voz:

—¡Sí, quiero más explicaciones, las quiero todas! ¡Tío Antonio, me estás faltando al respeto, y quisiera saber por qué!

Antonio Borrell se echó a reír con evidente desdén:

—¿Te estoy faltando al respeto? ¿Cómo te atreves, después de lo que me has hecho? ¿Acaso te burlas de mí? ¡Tu actitud acaba de confirmarme que eres un malnacido!

Antonio Borrell se arrepintió al instante de sus palabras, pues aun llevado por la ira, nunca imaginó que pudiese tratar con tanta dureza a su idolatrado sobrino, quien no salía de su asombro.

—Tío, te exijo una disculpa, por mi madre, a la que acabas de ofender sin motivo.

—Tienes razón, mi querida Lucía nada tiene que ver con que tú seas un aprovechado y un desalmado.

—¡Deja de insultarme, por favor! ¿Qué está pasando? ¡Espero que puedas respaldar con algo sensato esta sarta de disparates contra mi persona!

Fue entonces cuando Antonio Borrell abrió uno de los cajones de su escritorio y sacó de él la carta de la discordia.

—¿Quieres pruebas? —Dijo muy serio, casi repentinamente calmado— ¡Pues aquí las tienes! —Y le tendió a su sobrino el papel plegado en dos, que él, más desconcertado que nunca, desplegó con cuidado. Comenzó a leer, lo cual no hizo sino aumentar su perplejidad.

—¿Esto qué es? —levantó los ojos del papel y miró con fijeza y desconcierto a su tío.

—Explícamelo tú, ahora que ya se ha descubierto tu jugada maestra, Miguel Borrell —dijo con sorna— porque veo que tienes más prisa de la que aparentabas por adjudicarte el apellido de la familia.

—No sé lo que es esto, pero te juro que lo averiguaré y acabaré con el gracioso al que se le ha ocurrido esta broma pesada—. A punto estuvo de estrujar el papel entre sus manos, llevado por la ira.

—Pues está muy claro, Miguel: es una carta, escrita por tu abogado, en la cual te notifica los pasos a seguir para incapacitarme y ser nombrado administrador único de industrias Borrell. En otras palabras: una puñalada tramera contra mi persona.

Llegados a ese punto, Miguel ya no pudo más, y estalló. Cegado por la rabia, mostró abiertamente su indignación:

—¡Tío, esto es una trampa, yo no he solicitado los servicios de ningún abogado! —grito, fuera de sí.

—Pues la ha encontrado Teodoro en tu despacho. Se te ha caído, en un descuido seguramente, y como es tan meticuloso, no pudo evitar recogerla del suelo. Gracias a eso me he enterado de que tengo al enemigo dentro de mi propia casa.

Miguel se levantó de un salto. No merecía la pena vociferar más, tampoco defenderse, estaba visto que era imposible. Sólo miró fijamente a su tío y, con ambas manos apoyadas sobre la mesa, se acercó a él:

—Quien está de verdad decepcionado soy yo. Parece mentira que me conozca tan poco, don Antonio Borrell. Creía que merecía un voto de confianza, pero ha preferido caer en la trampa que nos han tendido, antes que en mi palabra. Escúcheme bien: no quiero volver a saber nada más de usted. Y reniego del apellido Borrell, ha demostrado ser un apellido de gente sin alma.

La carta estaba sobre la mesa y Antonio hizo el amago de ir a cogerla, pero Miguel se la arrebató con un movimiento rápido.

—La guardaré, para no olvidarme nunca de la única familia que tuve una vez, y que tan poco me

duró.

Salió sin despedirse, dando un sonoro portazo. Por unos instantes, Antonio Borrell dudó, pues comprendió que no había dado ni una mínima oportunidad a Miguel, descartando de antemano su presunción de inocencia. Pero enseguida desestimó estas consideraciones, pues la carta era una prueba irrefutable de la traición de ese sobrino en el que había puesto el alma, aunque él acabase de decirle que carecía de ella.

Se levantó y se sirvió un coñac, a pesar de que nunca bebía a aquellas horas de la mañana y, mientras sorbía el licor, pensó en la incertidumbre de la vida, que nunca deja a uno de sorprenderle, a veces para mal.

En cuanto salió de la fábrica, Miguel se detuvo, abrió el sobre con la carta que le había arrebatado a su tío y leyó en el membrete la dirección del abogado. Sabía, más o menos, por donde caía la calle, así que a grandes zancadas —iba aliviando la rabia contenida caminando a toda velocidad— se encaminó hacia allí.

Necesitó unas cuantas vueltas innecesarias hasta localizar finalmente el portal. Una vez dentro, se paró. Estaba sudando, así que se limpió el sudor de la frente, abrió la carta y la releyó una vez más. Según lo hacía, la ira fue apoderándose de su ánimo y, aunque sabía que no era el sentimiento más adecuado para enfrentar aquel asunto, una fuerza violenta, deseosa de encontrar un culpable al que castigar, lo impulsó escaleras arriba. Mientras, el portero no le quitaba ojo, acostumbrado a analizar y detectar comportamientos extraños que pudiesen traer problemas. Pero no le detuvo.

Una mujer le abrió la puerta y él, sin esperar a que lo anunciaran, entró en el despacho.

Encontró a Ernesto Vázquez sentado delante de su mesa. Por suerte, estaba solo. En cuanto sintió la súbita irrupción de aquel joven, levantó la cabeza y se quitó las lentes.

—¿Quién es usted y qué desea?

Miguel sonrió con ironía:

—Ya veo que no me conoce...

—Pues no, joven, no tengo el gusto. ¿Puede decirme a qué debo este asalto a mi intimidad, carente de consideración por su parte?

—No se preocupe, que enseguida se lo explico, a eso he venido. —Miguel se acercó y lanzó despectivamente la carta sobre el escritorio. El abogado volvió a colocarse las lentes de cerca, miró unos instantes y supo enseguida de qué se trataba. Palideció de inmediato, porque sabía que aquel era un asunto sucio. De momento, lo más sensato era negarlo todo:

—No tengo ni idea de qué se trata. ¿Acaso es usted el tal Miguel Borrell al que se refiere este documento, sin duda plagiado?

Miguel estaba muy alterado y no iba a consentir que ese individuo le tomase el pelo. Cogió la carta de un manotazo y señaló con el dedo índice:

—Esta carta es de su despacho, y se lo voy a demostrar.

Sin darle tiempo a reaccionar, Miguel rodeó el escritorio y se situó delante de los cajones, que comenzó a abrir hasta dar con lo que buscaba, mientras el hombre se apartaba, atemorizado, ante aquel joven iracundo que parecía dispuesto a todo.

—Aquí lo tiene: un papel como este, con el mismo membrete. ¿Va a seguir negando lo que ya está muy claro?

Ernesto Vázquez no se atrevió a contradecirle. Se quedó en silencio, a la expectativa.

—Y ahora me va a decir cuáles son sus motivos para hacerme esto. Que yo sepa, no nos conocemos de nada.

—Yo no tengo ningún motivo, joven. Esa carta no sé lo que significa. Quizás alguien ha robado

o falsificado el documento, pero no procede de mi despacho, usted mismo lo ha dicho: no nos conocemos de nada. ¿Qué interés tendría yo en...?

Miguel no le dejó continuar, porque se abalanzó sobre él y le agarró por el cuello de la chaqueta: —Alguien le ha encargado este trabajo, no sé aun con qué finalidad, pero no me iré de aquí hasta averiguarlo.

En ese momento, el abogado comenzó a gritar:

—¡Soledad! ¡Soledad!...

La secretaria, acostumbrada a lidiar con los tipos que entraban de sopetón en el despacho para ajustar las cuentas a su jefe, ya sabía cómo actuar en esos casos, así que en cuanto oyó la discusión, había llamado a Dionisio, el portero de la finca y guardaespaldas a sueldo del abogado. Dionisio se presentó cuando Miguel ya había soltado al señor Vázquez, aunque continuaba amenazándole. Así que se dirigió al joven:

—Haga el favor de largarse de aquí, amigo, si no quiere meterse en un buen lío.

Miguel se encaró con el recién llegado:

—No me amenace, porque no le servirá de nada. No pienso irme hasta que no averigüe la verdad.

Envalentonado por la presencia del portero, el abogado se levantó de su asiento, fue hasta Miguel y le enganchó por la espalda con la intención de echarlo del despacho, pero al sentirse atacado, Miguel reaccionó volviéndose y propinándole un puñetazo en la cara. Entonces el portero, de espaldas a Miguel, le pegó una patada en los riñones que le hizo caer de rodillas. Con el joven en el suelo, le devolvió el puñetazo que momentos antes Miguel diera a su jefe. La secretaria, comprendiendo que aquella situación estaría en minutos fuera de control, ya había avisado a los guardias, que subieron, fusil en mano, hasta irrumpir con determinación en la escena. Finalmente, acusado Miguel por Ernesto Vázquez de haberle agredido, y corroborada la versión por el portero y la secretaria, el joven salió del portal maniatado, rumbo a los calabozos de la benemérita, con un ojo hinchado y el labio partido, pues el portero Dionisio estaba más acostumbrado a las peleas que él.

Sin que nadie lo remediase, Miguel pasó la noche encerrado: su tío Antonio ni siquiera tuvo conocimiento de lo sucedido. Tampoco Virtudes se enteró de percance, pues a pesar de ser su sombra, ese día estaba demasiado ocupada, ultimando los detalles de una locura destinada a que la historia de amor de Martina y Miguel tuviese un final triste e irremediable. Y una vez superado el duelo, Virtudes estaría allí para alegrarle la existencia al hombre de su vida.

Capítulo 16

Antonio Borrell pasó por delante del despacho vacío de Miguel, y las lágrimas se agolparon en sus ojos. Había querido a ese chico como a un hijo, por lo que la decepción había sido tan grande como las esperanzas que había depositado en él. A causa de ello, llevaba un par de días decaído y tristón, deambulando por la fábrica como un ánima en pena. Sólo había una persona, aparte de Teodoro, capaz de ayudarle y reconfortarle en su sufrimiento, así que, después de mandar aviso para comunicar que no comería en casa, tomó el sombrero y la chaqueta y salió.

Se detuvo ante una confitería, donde compró una caja de exquisitos bombones, los que más le gustaban a Amparo. Caminando sin prisas, llegó hasta la humilde vivienda de su buena amiga y confidente.

Llamó al timbre. Mientras esperaba, pudo oír las risas alegres de Miguelito al otro lado de la puerta. Cuando abrió, la mujer estaba despeinada y algo sofocada, pero tan bella como siempre.

En cuanto cerraron, a modo de saludo le obsequió con un beso en la mejilla, como haría cualquier esposa al recibir a su marido, un beso de bienvenida como los que nunca le dio Caridad.

—¿Tienes un rato para mí, Amparo?

—Para ti siempre, ya lo sabes.

Antonio dejó los bombones sobre la mesa camilla y se puso cómodo en el diván.

—¿Has comido? —preguntó la mujer.

—Quería hacerlo contigo y con Miguelito, si no te importa.

Amparo sonrió complacida:

—El nene ya ha comido, y ahora le voy a acostar un ratito. En cuanto se duerma, comeremos tú y yo.

Amparo se metió en la única habitación de la vivienda, entrecerró la puerta y comenzó a cantar con una voz suave y melodiosa. Mientras la escuchaba, Antonio, libre de miradas indiscretas, dejó que las lágrimas brotasen sin miedo. Sacó un pañuelo inmaculado del bolsillo, se secó la cara y esperó, más calmado, a que ella regresase.

El niño tardó escasos minutos en dormirse, así que Amparo enseguida dispuso dos platos sobre la mesita y compartió el potaje de garbanzos con ese hombre maravilloso que le había dado la satisfacción de visitarla. Charlaron de cosas banales y bebieron vino, mientras reían como dos adolescentes enamorados.

Cuando terminaron de comer, se aposentaron ambos en el diván, Amparo con la caja de bombones en las rodillas.

—Bueno, cuéntame, ¿qué tal va todo? —preguntó ella mientras miraba los chocolates, sin saber cuál degustaría primero. Conocía bien a Antonio, y enseguida supo ver que algo no marchaba bien.

—Bella mía, acabo de llevarme una de las mayores decepciones de mi vida, si no la mayor de todas.

—¿Y eso? —preguntó la mujer, antes de meterse el primer bombón en la boca.

—Miguel. Ha salido de mi vida para siempre.

Ante la gravedad de sus palabras, Amparo guardó silencio mientras le miraba muy seria. Antonio prosiguió:

—Me ha traicionado de la peor manera. Mi querido sobrino...—en ese momento, Antonio comenzó a llorar de nuevo. Amparo le acarició la cabeza como hacía con su hijo para consolarle, y le acomodó en su pecho hasta que se recuperó. Él se dejaba querer, vulnerable y rendido ante esa mujer que lo desarmaba con su mirada, con su cariño, con su generosidad. En cuanto pudo hablar, Antonio le contó con detalle lo sucedido.

Amparo era una mujer inteligente, así que enseguida supo cómo afrontar el problema:

—Antonio, algo falla en toda esta historia. Verás, conozco a ese chico, lo suficiente como para poner la mano en el fuego por él: Miguel no es así, no lo creo.

—¿Y qué explicación tienes para esa carta?

—No lo sé, pero te digo que no me cuadra. Te voy a preguntar algo: ¿en algún momento te has planteado que Miguel estuviese diciendo la verdad? ¿Confiaste en él cuando te dijo que no sabía nada del asunto?

Antonio negó con la cabeza, avergonzado.

—Antonio, el cariño, el amor de verdad, está hecho, entre otros ingredientes, de confianza. Tú dices que quieres a tu sobrino, pero no has confiado en él.

—¡Amparo, la carta es una prueba física, palpable y tan real como lo somos tú y yo ahora mismo!

Ella sonrió con dulzura:

—Antonio, Antonio querido...deja de lado al hombre práctico que llevas dentro. A veces, no es real todo lo que lo parece. Piensa en ello, creo que ahí está la respuesta a este enigma. Porque no me negarás que el asunto es raro.

—Mi querida Amparo, no sé qué haría sin ti. —Antonio Borrell abrazó con fuerza a su amante y depositó un beso paternal en su frente. Volvió a abrazarla y se mantuvo así unos minutos, disfrutando del calor de ese cuerpo que tan buenos momentos le había regalado. Con ganas comenzaría a besarla, a acariciarla hasta que, llevados por el delirio, acabasen amándose, sin prisa, con mucha ternura. La tentación era demasiado fuerte, así que se levantó del diván.

—Bella mía, ahora he de irme. Cerca de ti no puedo reflexionar sobre lo que me has dicho, ya sabes que me embelesas hasta tal punto, que me olvido del mundo. Necesito distancia para pensarlo bien. Te adoro.—Tomó su cabeza entre las manos y la besó, esta vez en los labios. Ella se estremeció, amaba a ese hombre, aunque supiera que nunca lo tendría sólo para ella.

Antonio salió más relajado, pues Amparo tenía la virtud de aliviar sus males con el calor de su mirada, con el olor de su cuerpo suave, con sus palabras certeras, llenas de una sabiduría que sólo las personas nobles como ella podían atesorar. Se sintió muy afortunado por tenerla a su lado, incondicional.

De vuelta a Industrias Borrell, se encerró en su despacho. Al cabo de un rato, llamó a Teodoro Núñez, quien se presentó de inmediato.

—Teodoro, siéntate, tenemos que hablar.

El hombre hizo lo que Antonio le decía. Sin saber exactamente cuál era el asunto del que quería tratar, viendo el estado de ánimo de su jefe, era fácil deducirlo.

—Teodoro, quiero que te esfuerces por recordar. Esa carta dichosa, ¿dónde estaba, exactamente?

—En el suelo, Antonio. La recogí en un acto instintivo, el mismo que tú harías si vieses un documento caído en el suelo de un despacho.

—¿Estabas solo cuando lo recogiste?

—Sí, aunque no del todo. Abrí el despacho de Miguel a petición de tu hija Virtudes. Ella le buscaba, y me pidió que le abriese la puerta, para cerciorarse de que no estaba allí.

—¿Suele hacer eso mi hija?

—Bueno, ya sabes que visita con frecuencia a Miguel. Si me lo permites, Antonio, te diré que no vi nada raro en ello, porque tu hija es un poco...insistente, perdona que te lo diga —Teodoro carraspeó incómodo—. A veces, Miguel no recibe de buen grado esas interrupciones, por lo que no sería extraño que él, sobrepasado de trabajo, se hubiese encerrado con llave, desentendiéndose de posibles distracciones, ¿me comprendes?

Antonio asintió con la cabeza, comprendía lo que Teodoro insinuaba, pues sabía bien lo insistente —pesada — que podía llegar a ponerse Virtudes.

— Y cuando abriste el despacho, ¿la carta ya estaba allí?

—En efecto. Ya te dije que, al ir a dejarla sobre la mesa, me llamó la atención el membrete. Sabes que soy incapaz de un acto tan reprochable como el de leer la correspondencia ajena, pero un membrete de semejante abogado me alertó, ¿a ti no te hubiese pasado lo mismo? Enseguida pude ver que era un asunto grave, por eso te lo comuniqué.

Antonio Borrell asintió con la cabeza.

—Te voy a hacer una pregunta personal y necesito que seas totalmente sincero conmigo: ¿qué opinas de mi sobrino Miguel?

El gesto de Teodoro Núñez se entristeció:

—Mira, Antonio, hace muchos años que estoy contigo, te considero un amigo, por eso me vi obligado a contarte lo de la carta, aun sabiendo el sufrimiento que te iba a causar. ¿Qué opino de Miguel? La decepción para mí ha sido enorme, porque le había tomado mucho cariño.

—Sí, sí, Teodoro, pero, ¿qué opinión tienes de él?

— Trabajador, buen chico, respetuoso con todo el mundo, incluso con los obreros, entusiasta, generoso...

—Y una persona así, ¿es capaz de hacer lo que ha hecho?

—No lo sé, Antonio. A mí me cuesta creerlo, pero ya sabes que el dinero y el poder son capaces de corromper el alma más pura, llevas toda una vida comprobando que es así, por desgracia.

—Ya, pero hay detalles que no me encajan. Miguel, con el tiempo, estaba destinado a ser mi sucesor. ¿Para qué adelantar de esa forma tan peligrosa lo que llegaría con el tiempo?

—Bueno, quizás no ha querido esperar por lo que podría tomar y disfrutar mucho antes.

—Vale, podría ser. Pero hay otro asunto que no tiene explicación. Verás...Miguel está muy enamorado de una persona cuya situación les impide estar juntos. Yo iba a ayudarles a que pudiesen estarlo.

—Puede que él pensase que, con el imperio Borrell en sus manos, no necesitaría tu ayuda para solucionarlo.

—No lo creas, el asunto es que ella está casada, y ni todo el dinero del mundo podría ayudar a Miguel a liberarla de su esposo, un violador y maltratador, por cierto.

—¿ Y cómo pretendías ayudarles tú, si puede saberse?

—Pues haciendo lo que mi hermano Pablo no hizo y debió hacer con Lucía: lo tenía todo pensado para que huyesen juntos. Con el tiempo hubiesen podido volver, porque el marido de ella es de esas personas que no soportan las humillaciones y, seguramente, hubiese abandonado la ciudad.

—Quizás Miguel ame más el poder que a esa mujer.

Antonio sonrió:

—Mira, Teodoro, hay cosas que no se pueden fingir. Y una de ellas es la cara de enamorado. Tendrías que ver a Miguel cuando habla de ella, esa mujer es su vida.

—No sé... ¿Quieres que investigue un poco? ¿O das el asunto por zanjado?

—Creo que me he precipitado, Teodoro. Ni siquiera lo escuché, no le di la opción de defenderse,

tan sólo le dije cosas terribles. ¿Y si hacemos una visita al abogado, los dos juntos? Ya me entiendes, como hacíamos antes, cuando había que defenderse de estafadores y malhechores.

—¡No es mala idea, Antonio! Necesitamos un poco de acción, estamos oxidados, ¿no te parece?

—Pues vamos a ello, no tengo nada que perder. Ya he perdido mucho a lo largo de esta vida, y la decepción con Miguel ha sido el último golpe duro. Prefiero saber toda la verdad y enfrentarme a ella, sea cual sea.

—¿ Me pongo el sombrero y la chaqueta? —preguntó Teodoro, con el entusiasmo de la juventud recuperado de pronto.

—Sí, claro, deprisa. ¿Por qué dejar enfriar este asunto?

Los dos hombres salieron caminando de Industrias Borrell, dispuestos a enterarse de cómo Miguel había contratado los servicios de Ernesto Vázquez. No les bastaba con la carta, querían oírlo de primera mano, en boca del abogado.

Capítulo 17

La casa estaba en silencio. Excepto Pedro Sanchís, que trabajaba en su despacho, el resto se habían retirado hacía un buen rato a sus respectivas habitaciones.

Lucrecia abrió con sumo cuidado la puerta de su dormitorio y bajó las escaleras descalza. Con idéntico sigilo, se acercó hasta la puerta del despacho, agarró la manecilla y la movió con suavidad para entrar.

Pedro Sanchís levantó la cabeza de los documentos en los que estaba enfrascado, puso cara de fastidio e hizo ademán de levantarse, pero Lucrecia se llevó un dedo a los labios, indicándole que guardara silencio, al tiempo que cerraba la puerta tras de sí.

—No te muevas, quiero hablar contigo.

Pedro se dejó caer de nuevo en el asiento, con gesto cansado.

—¿Qué se te ofrece? —preguntó a la recién llegada, mostrando con su gesto lo inoportuno de su presencia—tengo trabajo.

—Ya sabes lo que quiero.

—¿Más dinero?

—Lo quiero todo —respondió Lucrecia, sin apartar sus grandes ojos de los del hombre.

—Me vas a obligar a hacer cosas que...en fin...—amenazó él con la mirada perversa clavada en ella.

Lucrecia sonrió con sorna:

—No sé cómo te las apañas, pero siempre te sales con la tuya. ¿Estás loco por tu mujercita, verdad?

—No es asunto tuyo.

—Pues yo creo que sí lo es. Imagino que no la quieres, tú nunca has querido a nadie, tan sólo la utilizas para saciar tu depravado instinto. Hasta que encuentres a otra que se convierta en una nueva obsesión y tengas de deshacerte de ella. ¿Qué te parece si te facilito el trabajo, querido?

Pedro Sanchís la miró con gesto hostil:

—Cuidado con lo que haces —la advirtió, levantando un dedo índice amenazador.

—Por lo que veo, aun no te has cansado, aún no la has exprimido bastante, ella aún te teme, por eso todavía la deseas. ¿Sabes que esa mujercita tuya te engaña con un joven encantador?

—No lo creo, no le doy la oportunidad de hacerlo. Cuando la tomé por primera vez, era virgen, ella es sólo mía.

Lucrecia volvió a reír, pero esta vez su gesto era el de una fiera olfateando el aire alrededor del rival contra el que se dispone a luchar a vida o muerte:

—Ándate con ojo, tienes todas las de perder, ya lo sabes. Y no te sorprendas por lo que pueda pasar, todo será consecuencia de tus depravadas acciones.

Él sonrió, socarrón y casi divertido:

—¿Me estás amenazando? ¡Tengo dinero para cerrarte la boca para siempre, nadie te echaría de menos.

—Atrévete.

Dicho esto, Lucrecia salió por donde había venido, y regresó a su dormitorio con el mismo sigilo, indetectable su presencia en la oscuridad. Cuando se acurrucó entre las sábanas, sonrió. Por fin, su momento había llegado.

Pedro Sanchís fue al mueble de las bebidas, se sirvió un coñac y lo tomó de un trago. «Malditas mujeres, siempre complicándome la vida». Al día siguiente, hablaría con la gobernanta para que vigilase a su esposa, día y noche si era preciso. Y como ese joven Borrell se atreviese a poner un pie en su propiedad, Martina contemplaría, con sus propios ojos, cómo él mismo le pegaba un tiro y le volaba la cabeza.

Capítulo 18

Antonio y Teodoro se dirigieron a buen paso hasta el despacho del abogado Ernesto Vázquez. Al contrario de lo que hiciera Miguel días atrás, ellos esperaron pacientemente su turno en la salita, de completo incógnito, pues cuando la secretaria les preguntó a quién debía anunciar, Teodoro se limitó a sonreírle, mientras Antonio la convencía de que eran viejos conocidos del señor Vázquez, a quien querían dar una agradable sorpresa.

En cuanto el abogado terminó de atender al cliente que estaba dentro, la secretaria les franqueó el paso.

—Buenos días, don Ernesto. —Ni a Antonio ni a Teodoro les pasó desapercibido el ojo amoratado del señor Vázquez, síntoma inequívoco de que alguno de sus trapicheos le había pasado factura.

El abogado carraspeó, evidentemente nervioso.

—Don Antonio Borrell, ¿a qué debo el honor de la visita de tan ilustre ciudadano?

—Déjese de tonterías, Ernesto. Hacía años que no nos veíamos, pero he debido envejecer con dignidad, pues veo que me ha reconocido a la primera. ¿Y a mi amigo Teodoro, tiene usted el gusto de conocerlo?

El abogado negó con la cabeza. Estaba claro que la presencia de los dos hombres le incomodaba sobre manera.

—Bien, Don Antonio, insisto: ¿En qué puedo ayudarle?

—Verá, hace unos días llegó a mis manos una carta, de un cliente suyo, un tal Miguel Borrell, mi sobrino, para más señas. Al parecer, quiere incapacitarme, y es usted quien llevará el asunto legal.

El abogado carraspeó con insistencia mientras buscaba una salida al lío en el que estaba metido. Los honorarios pagados por doña caridad Martín, esposa de Antonio Borrell, bien merecían pasar un mal trago, pero aquello ya se estaba complicando demasiado, pues le asediaban por todas partes.

—Señor, debo guardar el secreto profesional, no puedo desvelar asuntos concernientes a mi clientela.

—O sea, está admitiendo que el señor Miguel Borrell es cliente suyo.

—En efecto. Y las decisiones que él tome, no son de mi incumbencia. Si él ha decidido dar ese paso, yo presento la petición ante un tribunal, que es para lo que se me paga. Usted, por supuesto, siempre tiene la posibilidad de defenderse con sus propios abogados.

—Es usted una sabandija, y se rodea de los peores delincuentes.

El abogado Vázquez rió, como si los insultos de Borrell no debieran tomarse en serio:

—Si ha venido a insultarme, ahí tiene la puerta. Por mi parte, no tengo nada más que decir.

—Un momento, que todavía no hemos terminado— interrumpió Teodoro Núñez—. Si es cierto que el señor Miguel Borrell le ha contratado, no tendrá usted inconveniente en que, delante de usted, él mismo lo corrobore.

—Ningún inconveniente, señores, siempre y cuando mi cliente esté presente y conforme.

—Bueno, pues dejemos un hueco en su apretada agenda, que esta misma tarde, nos pasamos por aquí los tres.

El abogado dudó. ¿Era posible que el muchacho hubiese salido ya del calabozo?

—Como quieran...—don Ernesto se hizo de rogar mientras consultaba las citas de aquel día—.

Pueden pasarse esta tarde, a partir de las seis —De esta forma, él tendría tiempo para informarse de lo sucedido con el chico. Si su tío lo había sacado del calabozo, estaba claro que habían descubierto el chanchullo, y entonces estaría perdido. Aunque siempre le quedaría la salida de desentenderse de todo: contaría la verdad, y que doña Caridad y don Antonio se apañasen con sus líos. Su honorabilidad quedaría en entredicho una vez más, pero no le importaba, porque él ya sabía que estaba muerta y sepultada.

Mientras bajaban las escaleras, Teodoro Núñez dio su opinión:

—Miente, no había más que verle. Y, si miente, es porque oculta algo.

—Son suposiciones, Teodoro.

—¿Y el portero? ¿Habría visto subir a Miguel? Podríamos preguntarle.

Antes de salir del portal, se acercaron a la garita desde donde Dionisio vigilaba para que ningún indeseable entrase en la propiedad.

—Buenos días. Soy el inspector Núñez, y este es el subinspector Borrell—con un movimiento rápido, Teodoro se abrió ligeramente la chaqueta y volvió a cerrarla. En realidad el portero no había visto nada, pero era tal el aplomo con el que Teodoro interpretaba su papel, que el hombre ni siquiera se cuestionó que le estuviese mintiendo—. Estamos investigando a un hombre, un cliente de don Ernesto. Ha sido él quien nos ha indicado que usted puede corroborar sus palabras, como portero de la finca. El joven del que hablamos tiene veintitantos años y una característica muy especial, sus ojos, de color azul casi violeta. ¿Usted le recuerda?

El portero dudó unos segundos. Sabía que era peligroso abrir la boca y ponerse en contra al abogado, pero tampoco deseaba meterse en líos con la policía. Claro que le recordaba, el del puñetazo, así que habló:

—Sí, un joven de mediana estatura, delgado, con unos ojos de extraño color.

En ese momento, a ambos se les cayó el alma a los pies. Era cierto, Miguel había estado en el despacho del abogado Vázquez. Antonio miró a su amigo y le sonrió con tristeza mal disimulada. Por un momento, había llegado a creer que quizás Miguel decía la verdad cuando juraba que no sabía nada de esa carta. Antonio se dio la vuelta apesadumbrado, dispuesto a irse de allí, no había nada más que averiguar, porque ya estaba todo muy claro. Pero la pregunta del portero, que se había quedado un poco escamado, le detuvo en seco:

—Perdone mi ignorancia, señor inspector, pero lo que no comprendo es cómo no han interrogado a ese tipo en los calabozos.

Ambos hombres se miraron sin comprender. Fue Antonio quien habló:

—¿En los calabozos?

—Sí, claro, la benemérita se lo llevó maniatado el otro día, por golpear en la cara a don Ernesto. Yo mismo tuve que reducirle, con otro puñetazo que no pudo esquivar, se ve que es un matón de poca monta.

—¿Está seguro de que era él? ¿El del golpe en el ojo a don Ernesto?

—¡Ya lo creo que era él! Verán ustedes, don Ernesto, por su profesión —qué les voy a decir a dos policías, ¿verdad?— suele contar con mi ayuda para echar del despacho a indeseables como ése del que me hablan. Yo mismo le reduje mientras la secretaria avisaba a la benemérita, está acostumbrada, la pobre mujer.

—¿Se acuerda usted del motivo de la trifulca?

—Pues de eso no estoy seguro, mi labor es defender a don Ernesto, no meterme en sus asuntos. Pero creo recordar algo de un documento...cuando yo entré, el tipo blandía en su mano uno de los papeles con membrete, y decía algo así como que era el mismo que uno que él llevaba en el bolsillo...Yo no hice caso, vienen muchos tarados por aquí, individuos que recurren al señor

Vázquez para que les saque las castañas del fuego y luego no quieren abonar sus honorarios. Yo solo sé que me tocó sacudirle bien, para que no matase a don Ernesto, ¡estaba hecho un basilisco! —El portero exageraba un poco, pero se sentía importante hablando con esos policías.

Antonio Borrell y Teodoro Nuñez se miraron de nuevo. Ambos sintieron que comenzaban a tirar de un hilo que, quizás, les condujese a la verdad de aquel asunto. Ya se disponía a salir Teodoro cuando Antonio Borrell le detuvo:

—Espera un momento, creo que debemos subir de nuevo, el señor Vázquez quizás tenga que darnos algunas explicaciones más.

El portero se extrañó de que el subinspector fuese el que daba las órdenes a su jefe, pero no era él quien para inmiscuirse en los asuntos policiales, así que se quedó mirándolos con cara de póquer mientras enfilaban de nuevo las escaleras.

El abogado Vázquez suspiró contrariado cuando la puerta se abrió y aparecieron de nuevo los dos hombres.

—Ya no hace falta que regresemos esta tarde con don Miguel Borrell, señor Vázquez. Ya sabemos que usted miente. Y ahora —Antonio Borrell interpretó su mejor papel, el de pendenciero— tiene usted dos opciones: o contarnos toda la verdad, o acabar con el otro ojo morado y uno de sus dedos conservado en alcohol, de recuerdo.

Vázquez se reclinó en el asiento, sonriente. No temía las amenazas de aquellos dos incautos, nunca había oído de Antonio Borrell más que bonanzas, y estaba seguro de que era incapaz de matar una mosca. Pero la sonrisa se le heló en la cara cuando, con un gesto rápido, Antonio Borrell sacó de su chaqueta un arma blanca que le puso en el cuello, mientras Teodoro, sin dejar de vigilar la puerta, se disponía a enrollarse un pañuelo en los nudillos. El abogado ya estaba a punto de comenzar a vocear como un loco, señal ésta que la secretaria conocía a la perfección, pero Antonio, rápido de reflejos, le tapó la boca con la mano, mientras Teodoro se acercaba a toda velocidad y, deshaciendo el nudo del pañuelo que el propio abogado llevaba la cuello, se lo introdujo en la boca.

—Ya no puede gritar, aunque hubiese resultado inútil, porque el portero cree que somos inspectores de policía.

Ernesto Vázquez abrió mucho los ojos, sabía que la situación se le estaba complicando..

Antonio miró a Teodoro y luego hacia la puerta. Con esa facilidad con la que, desde hacía años, se comunicaban sin palabras, Teodoro salió del despacho, cerrando la puerta tras de sí con delicadeza.

—Señorita—se acercó con la mejor de sus sonrisas hasta la mesa donde trabajaba la secretaria del abogado. Era un hombre alto y bien parecido, y con sus modales, delicados y atentos, generaba confianza en las mujeres— estaremos un rato reunidos con don Ernesto, ya sabe que don Antonio Borrell es un hombre importante y han de tratarse asuntos delicados, así que es el deseo del señor Vázquez que no le interrumpan, bajo ningún concepto, por importante que sea.

La secretaria, encandilada por la varonil simpatía del hombre, sonrió y asintió con la cabeza, dispuesta a echar a patadas a quien se le ocurriese interrumpir la reunión.

Cuando Teodoro entró de nuevo en el despacho, el abogado miraba a Antonio con los ojos muy abiertos, sin poder ocultar su temor.

—Teodoro, ponte el pañuelo en los nudillos, no quiero que te queden marcas. De momento, rómpele la nariz, pero como tú sabes hacerlo.

Teodoro se dispuso a obedecer. Con mucho aplomo, comenzó a pasarse la tela por la mano y, una vez hecho, abrió y cerró el puño, como si comprobase la eficacia del vendaje. Con lentitud exasperante, dando a entender que no tenían prisa, se acercó al abogado, quien comenzaba a

temblar ligeramente. Para acentuar la tensión, Antonio apretó un poco el arma contra el cuello del hombre, quien pudo notar que la piel se hundía ya hasta un punto peligroso.

Teodoro cerró el puño y, apretando los dientes, se dispuso a lanzarlo contra el abogado. Por suerte, el hombre comenzó a gesticular, lo cual le hizo detener la maniobra. De otra manera, no le hubiese quedado más remedio que golpearle, con dudoso resultado, porque nunca, en toda su vida, había pegado a nadie. Suspiró aliviado.

—Qué, ¿quieres hablar? —preguntó Antonio, mientras lo miraba con cara de pendenciero, si es que los pendencieros tienen cara propia. El aludido asintió con la cabeza.

—Yo seguiré con la navaja en tu cuello, y Teodoro... Teodoro está deseando lanzar su infalible puño, así que procura portarte mal y mentirnos un poco, que nos darás a los dos la satisfacción de pasar un buen rato viendo cómo sangras. Y no intentes jugárnosla, me tiembla mucho la mano.

El abogado estaba muerto de miedo. Si bien nunca hubiese creído que Antonio Borrell era un tipo de esa calaña, tampoco era de extrañar, pues un hombre que desde lo más bajo había levantado un imperio, no podía ser un blandengue. Tembló al pensar cómo le diría, a ese hombre tal violento, que aquel documento había sido un encargo de su mujer, Caridad Martín. Estaba metido en un aprieto de los buenos.

—Habla de una vez— dijo Antonio mientras le sacaba de la boca el pañuelo lleno de babas, al tiempo que ponía cara de repugnancia.

—Don Antonio, por lo que más quiera... yo no pensé que fuese tan grave el asunto. En realidad, no fue el chico. Alguien vino aquí a encargarme que escribiese esa carta, para implicar al tal Miguel.

—¿No me estarás mintiendo, desgraciado?

—No, señor, se lo juro.

—¿Y por qué alguien querría desprestigiar al chico?

—Para quitárselo de en medio, don Antonio.

Antonio Borrell comprendió que el abogado ya estaba dispuesto a contarle todo, o casi todo. Por si acaso, y para asegurarse, continuó con la pantomima:

—Teodoro, está mintiendo. Creo que nos está diciendo lo que queremos oír. Seguro que, en cuanto se vea sin dedo meñique, recapacitará. Sujeta su mano contra la mesa.

Teodoro, temblando por dentro, hizo el amago de ir a por él, pero el abogado, casi llorando, lo detuvo con cara de terror:

—Le voy a dar una prueba de que no miento—dijo el abogado, temblando—. La persona que me hizo el encargo, me dijo que pusiese la carta a nombre de Miguel Borrell. Cuando yo comenté que buena prisa se había dado el muchacho en agenciarse el nombre de la familia, esa persona me comentó que él deseaba seguir utilizando el apellido que había tenido hasta ahora, pero que poner el documento a nombre de Miguel Borrell haría que la desconfianza hacia él aumentase.

En la mente de Antonio comenzaban a formarse gruesos nubarrones. Muy pocas personas, y sólo del entorno familiar, conocían el deseo de Miguel de mantener su apellido, Expósito, al menos de momento. De pronto, le vino a la cabeza otro detalle importante de la carta, lo referente a los pasajes de barco: ¿quién lo sabía? La alarma comenzó a sonar en su cabeza, porque el círculo se había estrechado demasiado. Teodoro comprendió que algo pasaba por la cabeza de Antonio, quien de pronto parecía distraído y muy preocupado.

—Vamos, Teodoro. Aquí ya no tenemos nada más que hacer.

Ante la mirada estupefacta de Ernesto Vázquez, Antonio guardó el abrecartas que aún sujetaba en su mano, y los dos hombres salieron del despacho con una tranquilidad pasmosa, mientras la vejiga del abogado, en un acto imprevisto y muy desconsiderado, descargaba su contenido entre

las piernas del hombre.

—¿Qué ha pasado, Antonio? —Preguntó Teodoro mientras bajaban las escaleras— ¿Ya lo tienes claro, o qué?

—Más o menos— respondió él, taciturno. Y como Teodoro le conocía muy bien, supo que aquel no era momento de hacer preguntas—. Ahora, vayamos a investigar a los calabozos.

Allí les informaron de que un tal Miguel Expósito había sido detenido por agresión al hombre de leyes Ernesto Vázquez y, como aún no había pasado a disposición judicial, llevaba dos días encerrado. Nadie había preguntado por él, allí seguía, a la espera de que se ocupasen de su caso.

—¿Podemos verle?

—¿Son ustedes familiares? —preguntó, a su vez, el funcionario.

—Sí, claro, soy su tío— respondió Antonio Borrell, con los ojos brillantes y un innegable orgullo.

Capítulo 19

Era la segunda vez, en muy pocos meses, que Caridad cometía un acto deleznable, fuera de toda consideración moral. Primero fue el secuestro de Miguelito, y ahora esto... Curiosamente, el sentimiento de Antonio hacia su mujer no era de enfado, ya no, sino de una profunda decepción, tan grande, que comenzaba a serle indiferente. Tras preguntarse una y otra vez cómo era posible que esa mujer, con la que había tenido dos hijas, fuese capaz de tales engaños y maquinaciones, había llegado a la triste conclusión de que, en realidad, nunca había llegado a conocerla. Había estado muy ocupado levantando un imperio y, mientras tanto, ella había ido cambiando, moldeando sus peores cualidades hasta perfeccionarlas y convertirse en un ser egoísta y desaprensivo. Antonio no dudaba que su dinero, el dinero que con tanto empeño e ilusión había ganado para su familia era, en parte, artífice del nefasto cambio. Cada vez estaba más convencido de que, a algunas personas, el dinero en exceso, lejos de beneficiarles, les daña profundamente.

Después de pensar mucho en ello, decidió que no se enfrentaría a Caridad, no merecía la pena. En vez de ello, actuaría como ella nunca se esperaría que lo hiciera. Así que, cuando a la hora de la comida Virtudes preguntó por su primo, él hizo gala de un aplomo impensable, comportándose como si nada hubiese pasado:

—Papá, ¿Has visto a Miguel? Lleva tres días sin aparecer por su despacho.

Antonio observó con curiosidad la reacción de su esposa, y vio cómo enderezaba la espalda, abría perceptiblemente los ojos y prestaba una atención, inusual en ella, a la conversación.

—¡Ah, Miguel! Nuestro querido Miguel ha estado muy ocupado en los talleres, poniendo a punto el funcionamiento de los nuevos telares.

—Pues he preguntado por él y me han dicho...

Su padre la interrumpió:

—¿Puede saberse que haces todo el día detrás de Miguel? ¡Me consta que no lo dejas ni respirar! La chica se sonrojó sin poderlo evitar:

—Yo no estoy detrás de él, papá, es él quien disfruta mucho de mi compañía, por eso procuro ir a verlo siempre que puedo—respondió Virtudes sin achicarse.

Antonio Borrell elevó los ojos al cielo. Su hija llevaba el camino de su madre, y si no le paraba los pies a tiempo, se convertiría en una maquinadora sin escrúpulos. Así que hizo algo que, hasta entonces, nunca había hecho, coger el toro por los cuernos y hablar con sinceridad:

—No seas mentirosilla, hija mía, es lo último que debes ser: mentirosa. No sé lo que te impulsa a perseguir a tu primo, a acosarlo, diría yo, pero deja de hacerlo, no lo merece.

Antonio pudo advertir el ligero temblor del tenedor que Caridad que sujetaba en su mano.

—Hablas de él como si fuese un santo, o un mártir, querido. Y sus defectos tendrá, digo yo—intervino Caridad. Estaba confundida, pues la carta ya debería haber llegado a manos de Antonio. Dos días antes creía haberle visto muy abatido, lo cual interpretó como una clara señal de la ruptura definitiva con su sobrino. Sin embargo, ahora parecía inusualmente tranquilo.

—Claro que tiene sus defectos, cómo no, esposa. Pero menos que muchos otros que se creen perfectos.

Virtudes seguía la conversación, satisfecha de haber dejado de ser el centro de atención de su padre, y miraba alternativamente a uno y otro:

—No pongas la mano en el fuego por nadie, Antonio, podrías quemarte.

—Lo sé, mujer—respondió Antonio, paternalista—, a punto he estado de hacerlo pero, gracias a Dios, he podido evitarlo.

Caridad se limpió la boca con la servilleta y se puso en pie mientras llamaba al servicio con la pequeña campanilla de plata que llevaba siempre consigo:

—Benita, retira mi plato, no comeré más. Y trae los postres ya. Disculpádmeme, se me ha levantado un terrible dolor de cabeza. Virtudes, hija, en cuanto termines, sube a mi dormitorio, tengo que hablar contigo.

Antonio Borrell sonrió imperceptiblemente, pues apostaba su mano derecha a que sabía qué era aquello que Caridad tenía que hablar con su hija mayor. Lamentó en lo más hondo que su esposa utilizase a una de sus hijas como cómplice de sus abominaciones, y rogó porque la chica abriese los ojos antes de que fuese demasiado tarde.

En cuanto Caridad se retiró, Antonio se dirigió a Virtudes, mientras Inmaculada los miraba, divertida.

—Virtudes, hija, ¿tú tienes algo en contra de Miguel?

La chica volvió a sonrojarse:

—No, papá, a mí me cae muy bien.

—Entonces, no serías capaz de hacer nada que lo alejase de esta familia, ¿verdad?

Virtudes le miró extrañada, pues comprendió que algo estaba pasando. ¿Estaría relacionado con la carta que su madre le dijo que depositase en el despacho de su primo?

—No, papá, yo no. Estoy feliz de que tengamos un pariente tan apuesto, es el orgullo de la familia—Virtudes volvió a sonrojarse, porque Inmaculada soltó una risita que la puso en evidencia.

—De acuerdo, hija, que haya buenas relaciones familiares me satisface mucho.

Antonio se levantó de la mesa más tranquilo. Su intuición le dijo que Virtudes, en este caso, no mentía. Su hija, en caso de haber intervenido en la trampa tendida a Miguel, lo había hecho involuntariamente, estaba seguro. No le extrañaba, pues a pesar de su edad, a veces se comportaba con la inmadurez de una niña de tres años, y era demasiado fácil engatusarla.

En cuanto su padre se retiró a tomar el café en la biblioteca, Virtudes subió. Estaba intrigada, pues no sabía qué era lo que su madre quería hablar con ella.

—Virtudes, Virtudes... —Caridad la miraba con reprobación— ¿Hiciste lo que te dije, lo de la carta esa que te encomendé?

—Claro, mamá, no me tomes por tonta.

—¿La dejaste a la vista?

—Que sí, en el suelo del despacho. Se veía tanto que, por un momento, temí que fuese Miguel quien la descubriese.

—¿Estás bien segura de que fue Teodoro quien la recogió?

—Podría jurarlo. Pero, ¿me vas a decir qué contenía, tan importante?

—¡Niña! —La reprendió Caridad— ¿Qué falta de educación es esa? ¿Desde cuándo una jovencita de tu posición se comporta con la curiosidad de un portero de finca?

Virtudes no replicó, pues cuando su madre se enfadaba, era insoportable.

—Recapacita, es muy importante: ¿Teodoro vio la carta y la cogió?

—Que sí, mamá, tal y como me dijiste que debía suceder, así fue.

—De acuerdo, ahora déjame, tengo un espantoso dolor de cabeza.

Virtudes salió del habitación, dejando a su madre envuelta en negros nubarrones mentales, pues Caridad no comprendía qué era lo que había fallado, pero estaba claro que Miguel seguiría formando parte de la familia, por desgracia. Se retorció las manos y, en un rabioso ataque contra

ese destino que se empeñaba en no seguirla la corriente, arrojó lo que tenía más a mano, un frasco de perfume francés que las criadas olían a escondidas, contra la pared más próxima. El cristal rebotó antes de caer al suelo y romperse en brillantes trocitos que asemejaban diamantes, mientras la habitación se cargaba con el aroma dulce y potente del líquido que contenía.

Tanto hablar de Miguel en la comida fue el detonante para que Virtudes, que llevaba tres días detrás de él sin encontrarlo, acudiese a la fábrica con la intención de verlo. Desde que su plan para deshacerse de Martina estaba trazado y a la espera de ser ejecutado, las esperanzas de tenerlo para ella sola habían renacido.

Entró en el edificio principal de industrias Borrell con la ilusión de una adolescente enamorada, y subió a toda velocidad hasta el despacho de Miguel. Al contrario de lo que había sucedido los días anteriores, la puerta no estaba cerrada con llave. Abrió sin llamar, pero él no estaba allí. En su lugar había un hombre de mediana edad y ojillos miopes, que la miró con sorpresa antes de amonestarla por su falta de educación. En cuanto Virtudes se identificó, el empleado se deshizo en serviles disculpas totalmente innecesarias, pues la hija mayor de Antonio Borrell salió dejándolo con la palabra en la boca, porque lo que de verdad le interesaba era el paradero de Miguel. ¿Dónde se habría metido? Parecía que jugaban con ella la gato y al ratón. En ese momento, apareció Teodoro Núñez:

—Teodoro, ¿Ha visto a Miguel? — no le miró por encima del hombro porque era demasiado alto para poder hacerlo.

—Sí señorita. El señor Borrell ha cambiado de despacho.

—Le pregunto por mi primo, no por mi padre — Y miró a Teodoro como si dudase de sus capacidades mentales.

—Ya se lo he dicho, señorita: don Miguel Borrell ha cambiado de despacho.

Extrañada ante la novedad de que su primo emplease ya el apellido familiar, siguió a Teodoro Núñez quien, armado de paciencia, tuvo la consideración de llevarla hasta el nuevo despacho del joven. Lo encontró, como siempre, sentado tras de una pila de papeles, en los que trabajaba afanosamente.

—¡Querido Miguel! ¿Pero qué te ha pasado en ese ojo?

Él intentó disimular la mueca de desagrado que se dibujó en su rostro:

—Estimada prima...No es nada, un pequeño golpe

—Veo que papá te ha cambiado de despacho: este es más grande y soleado. ¡Pues sí que progresas, chico!

—Verás, Virtudes, no es mi intención ser maleducado, pero te rogaría que me dejases trabajar, estos días han sido complicados, y tengo bastante trabajo atrasado.

—Bueno, pues te dejo. Tan sólo pasaba a saludarte. Y de paso, a recordarte que no deberías bajar la guardia, pues aunque valores tan poco la información que te di, podría resultarte de suma utilidad. Si yo fuese tú, me gustaría saber que tengo a un esposo cabreado detrás.

Miguel elevó los ojos al cielo mientras contaba hasta diez:

—Virtudes, te vuelvo a repetir lo que te dije la última vez: sólo son suposiciones tuyas. Tengo asuntos prioritarios de los que ocuparme, así que si me disculpas...

—Ese hombre es siniestro.

—¿Qué hombre, Virtudes? — Miguel seguía la conversación con la cabeza centrada en sus papeles.

—El marido de tu amada Martina.

—¡Por favor! Ten un poco más de cuidado cuando abras la boca, podrían oírte.

—Es la verdad. Es siniestro. No me gustaría tenerlo por enemigo, querido primo.

—¡En serio, Virtudes! Vas a lograr que me enfade contigo. Dime a dónde quieres llegar, y terminemos con este asunto de una vez.

Su prima sólo tenía un propósito: asegurarse de que se mantendría alejado de la casa de Pedro Sanchís. Era poco probable que Miguel apareciese por allí, pero si se le ocurría hacerlo, podría poner en peligro sus planes.

—Sólo quiero estar segura de que no te acercarás por allí, sería una temeridad.

—Virtudes, ¿Quién te ha dicho que yo voy por allí?

—Nadie, Miguel. Es sólo por si se te ocurriese hacerlo.

—Te agradezco la información, de verdad. Pero si quieres ayudarme en serio, mantén la boca cerrada, mi relación con Martina no puede ser un secreto a voces.

—Eres un poco desagradecido. Tan sólo pretendo mantenerte a salvo. Cuando me has necesitado, bien has recurrido a mí, al igual que ella. ¿O ya no te acuerdas cuando me enviabas con aquellas cartas desesperadas, en las que le suplicabas que no se casase? De poco te sirvió tanta labia, desde luego.

Miguel levantó los ojos del escritorio, y la mirada que Virtudes vio en ellos le hizo percatarse de que acababa de irse de la lengua. Bajó la vista sin poder evitar el delator enrojecimiento de su rostro.

—¿Qué has dicho, Virtudes? ¿Cartas desesperadas? ¿Acaso las leíste?

A Virtudes le faltaba perspicacia para salir airoso de una situación tan comprometida. Había sido pillada en falta y lo sabía. Pero lo peor de todo era su imposibilidad de defenderse, pues no había defensa posible.

—¡Ahora lo entiendo todo! —dijo Miguel quien, además de estar muy enfadado con Virtudes, experimentó un indescriptible alivio al saber que esas cartas terribles no habían sido escritas por Martina. Siempre sospechó que algo raro sucedía, y ahora tenía la explicación—. Leíste las cartas y las sustituiste por otras, ¿verdad, Virtudes? ¡Otras cartas que, ni Martina ni yo, habíamos escrito! Pero, ¿por qué?

—Yo— balbuceó la hija de Antonio Borrell— yo quería protegerte de esa mujer, no era una buena influencia para ti —improvisó—. Desde que eres un Borrell, tu lugar está con nosotros, con los de nuestra clase. ¡No podías mantener relaciones con una obrera de nuestra propia fábrica!

Miguel apretó los puños, en un intento por desahogar la furia que sentía. De no hacerlo así, hubiese descargado la ira sobre esa incauta, artífice de una maquinación que le había arrebatado lo que más deseaba, el amor de Martina. Tenía la mandíbula apretada y, en sus extraños ojos, el color azul violeta era ahora un gris turbio.

—Virtudes, no te puedes ni imaginar el daño que nos has causado. Por tu padre —y sólo por él—, voy a dejarlo pasar. Pero te lo advierto: mantente alejado de Martina, ni siquiera la mires. Si me entero de que te acercas a ella, no respondo de lo que soy capaz de hacer contigo —Miguel dio un puñetazo sobre la mesa que sobresaltó a su prima—, ¿te ha quedado claro?

—Miguel, yo...

—¿Tú qué, Virtudes? Lo que has hecho es imperdonable. ¡Desaparece de mi vista, por Dios!

Virtudes se levantó y salió del despacho de su adorado primo. En cuanto se alejó, una misteriosa sonrisa iluminó levemente su rostro: Miguel no tenía ni idea de que, antes de lo que él pensaba, ella ocuparía el lugar de Martina en su cama.

En cuanto Virtudes se fue, Miguel se levantó y comenzó a caminar, nervioso, por la habitación.

Volvió a sentarse, con los codos apoyados en la mesa y las manos enredadas entre su pelo. Estaba verdaderamente preocupado, pues acababa de comprender que su prima era una amenaza real. Había sido capaz de falsificar sus cartas, y no quiso ni imaginar lo que podría pasársele por la cabeza la próxima vez. Aun habiendo advertido a Virtudes que se mantuviese alejada de ella, debía avisar a Martina. La intuición le advertía que, con Virtudes Borrell cerca, corría peligro.

Capítulo 20

Virtudes llegó antes de lo habitual, pero Lucrecia ya se había levantado y estaba esperándola.

—Está con su madre—susurró a la recién llegada. No sé si podremos convencerla.

—Pues debemos hacerlo, de ello depende todo nuestro plan.

Lucrecia le hizo un gesto para que callase.

—¿Quieres tomar un chocolate, querida?

Virtudes asintió, aunque no tenía apetito. Lucrecia le sirvió ella misma el chocolate aún caliente que acababa de desayunar. Ambas mujeres permanecieron en silencio,.

—Hablemos y riamos, mostrémonos naturales—advirtió la anfitriona, quien comenzó a relatarle a su invitada los hilarantes acontecimientos de la noche anterior, cuando una rata se coló en la cocina y la cocinera, que tenía pavor a los roedores, se encaramó sobre un taburete, que cedió ante su enorme peso.

—Yo bajé, alertada por el escándalo, justo a tiempo de verla caer, mientras las patas del taburete se abrían como las varillas de un paraguas— explicaba Lucrecia a trompicones, pues el relato era continuamente interrumpido por risas intercaladas.

Las risotadas de Lucrecia no fueron capaces de relajar la tensión de Virtudes, incapaz de cambiar su estado de ánimo. En ese momento, hizo su aparición Martina.

—Buenos días, querida—saludó Lucrecia—. Espero que hayas descansado bien—le dijo a su cuñada mientras clavaba en ella una mirada insistente, profunda.

—Gracias, Lucrecia, he dormido bastante bien, por suerte.

—¿No has tenido visita de tu esposo? —inquirió con malicia—. Ya se sabe que las mujeres casadas están sometidas a esa tortura.

Martina la miró desconcertada, pues Lucrecia nunca había abordado temas tan íntimos, pero ella prosiguió:

—Una auténtica tortura china, ¡Estar muerta de sueño y tener que cumplir con las necesidades del esposo!

Los asuntos de cama eran el tema preferido de Virtudes, quien pareció animarse con la conversación. Martina miraba cabizbaja, incapaz de responder, pues se le aceleraba el corazón sólo con recordar la mano de Pedro Sanchís sobre le picaporte, apunto de entrar en su dormitorio.

— Parece que nuestra querida Martina es muy suya para los asuntos maritales, Virtudes, así que dejemos la fiesta en paz. Por cierto, Virtudes y yo tenemos pensado dar un paseo en barca. ¿Te animas a venir con nosotras?

Martina rechazó la invitación con desgana, tal y como se temían las dos mujeres que hiciera. Por eso Lucrecia puso en marcha el plan acordado, rezando para que Virtudes no metiese la pata:

—Entonces iremos nosotras dos. Hace un día estupendo, me pondré uno de mis nuevos vestidos.

—¿Voy adecuada para la ocasión? —preguntó Virtudes mientras miraba su vestido, de un alegre tejido primaveral.

—Vas perfecta. Para serte sincera, te has arreglado en exceso, querida. Tan sólo es un paseo en barca.

—Tengo mis motivos, Lucrecia—añadió Virtudes—.Hoy habrá interesantes caballeros en el lago del parque.

—¿Y eso? —Le siguió la corriente Lucrecia.

—Mi primo estará allí, le oí haciendo planes con los Figueroa, unos industriales amigos de la familia que han venido a pasar unos días con nosotros. No conocían a Miguel, pero les ha caído en gracia, así que irán a dar un paseo en barca. Después, según entendí, harán un picnic.

—¿Y tú, querida? ¿No has sido invitada?

—Por supuesto que sí, pero les dije que ya había quedado contigo. Aún así, si no tienes inconveniente, nos reuniremos con ellos para almorzar. ¡Luis Figueroa es guapísimo!

—¿Cómo puedo negarme, sabiendo que estará ese primo tuyo tan interesante? —Le siguió la corriente Lucrecia—¡Subo a cambiarme!

Martina no había perdido detalle de la conversación. Continuó desayunando en silencio, pero enseguida se levantó.

—Discúlpame, Virtudes.

Dejó a la mayor de los Borrell en el comedor y subió deprisa las escaleras. Antes de meterse en su dormitorio, se detuvo ante la puerta de Lucrecia y llamó con suavidad. Enseguida pudo oír la voz que, desde dentro, la instaba a pasar:

—Lucrecia, lo he pensado mejor y, en efecto, hace un día espléndido. Me conviene tomar un poco el sol, así que os acompañaré.

En cuanto cerró la puerta, una sonrisa perversa y satisfecha iluminó el rostro de la mujer.

Martina se dio prisa en vestirse, pues esas dos eran capaces de irse sin ella, sobre todo Virtudes, a quien imaginó que no le haría ninguna gracia tener que presentarla a sus amistades. Pero aquella era una ocasión única para encontrarse con Miguel.

Caminaron hasta el parque, pues no estaba demasiado lejos. Virtudes y Lucrecia iban delante, cogidas de brazo. Martina, detrás de ellas, no prestaba atención a sus conversaciones, distraída imaginando el reencuentro con Miguel.

Habían salido demasiado temprano, por lo que el parque aún estaba vacío. Tampoco vieron navegantes en el lago.

—Subid vosotras— dijo Martina, cuando estaban a punto de montar—.Yo os esperaré aquí, no me gusta demasiado el agua, además, hace un poco de frío, prefiero pasear un rato.

Lucrecia hizo un esfuerzo por disimular la contrariedad que reflejaba su rostro. Después de tanto pensarlo, no contaba con que un capricho de última hora pudiese dar al traste con la meticulosa planificación de días. Pero, en contra de toda probabilidad, fue Virtudes quien, haciendo un inesperado alarde de ingenio, logró que el plan continuase adelante:

—Tú verás, hemos quedado en vernos al otro lado con los Figueroa y con mi primo Miguel. Casi será mejor que regreses a tu casa porque, bien mirado, no pintas nada en esta reunión.

Martina no se ofendió, pero rectificó de inmediato, pues no estaba dispuesta a perderse una ocasión de ver a su amado, así que subió en silencio a la barca.

Lucrecia era la remera, y lo hacía muy bien. Tenía unos brazos torneados y fuertes, y aguantaba remando a buen ritmo.

—He traído mis guantes blancos, terminarán hechos un asco— se miró las palmas de las manos.

—¿Quieres que reme yo? —preguntó Virtudes — ¡Qué tonterías digo! Martina, tú estás acostumbrada, seguramente ya tengas callos. ¿Por qué no lo haces tú y preservamos mis bonitas manos intactas?

—Señorita Borrell—respondió Martina sin inmutarse— sus manos son igual de capaces que las mías, nos turnaremos.

Lucrecia apenas prestaba atención, centrada en comprobar que estaban solas. El guarda del parque solía dormirar en su garita, y era improbable que se acercase por allí a esas horas. La

superficie del agua estaba en calma , y tan sólo el movimiento rítmico de los remos rompía su quietud. Aunque aún no habían llegado al centro del lago, ya se habían alejado bastante de la orilla, tanto, que la profundidad allí no permitía distinguir el fondo. De cuando en cuando, emergía de lo más hondo algún que otro pez.

Lucrecia y Virtudes se miraron con intensidad, había llegado el momento.

—¡Mirad qué hermosa carpa! —señaló de pronto Virtudes, siguiendo el plan acordado. Instintivamente, Martina se asomó por la borda, sin sospechar ni remotamente lo que vendría a continuación.

Capítulo 21

Antonio Borrell y su sobrino estaban reunidos en su despacho. Olía a café y al aroma tierno de los bollos recién hechos que les acababan de traer.

—Miguel, mi querido sobrino —Antonio suspiró, cansado— ¿Estás seguro de que podrás perdonarme?

Miguel lo miró con fijeza y, en esos ojos, Antonio pudo ver, una vez más, la mirada noble de su hermano Pablo. Por un instante, creyó tenerlo delante, pero logró contener su emoción.

—Tío, nadie está libre de equivocarse. No te culpo, la prueba era demasiado contundente como para desestimarla. Créeme, yo, en tu lugar, hubiese reaccionado del mismo modo.

—Tenía que haber confiado en ti, pero no lo hice.

Miguel guardó silencio unos instantes, buscando el argumento definitivo, aquel que convenciese a su tío, de una vez por todas, de que no le guardaba ningún rencor:

—Lo importante no es caer, sino levantarse, tú lo sabes bien, no serías quien eres de no haber sido por tu perseverancia. Por eso, tío, no te diste por vencido, no diste por zanjado el asunto, a pesar de la prueba, casi irrefutable: decidiste presentarte en el despacho de ese sinvergüenza y sacarle la verdad.

—Pero Miguel, ¿cómo podré perdonarme que pasases dos días en el calabozo? ¿Y las cosas que te dije, cómo podrás olvidarlas?

—Yo también te dije cosas que no siento, es el enfado del momento. Pero si te sirve de ayuda, te repetiré que, después de Martina, eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

Antonio sonrió con ternura. Se levantó de la silla y, emocionado, se acercó hasta él.

—Dame un abrazo, por favor, lo necesito. ¡He sufrido tanto cuando pensaba que te había perdido!

Miguel sonrió a su vez y se fundió con él en un abrazo largo, sembrado de cariño y de mutua admiración.

—Daría mi mano derecha por borrar lo sucedido—dijo Antonio.

—¿Por qué? —Respondió Miguel, de inmediato—. Yo no, tío: lo que nos ha pasado es una lección que no debemos olvidar, un aprendizaje más, un recordatorio de lo que realmente importa.

—Pues tienes razón, la vida misma es un aprendizaje continuo, y te aseguro que a mí no deja de sorprenderme.

—Bueno, tío Antonio, ¿me dirás algún día quien quiso hacerme—o hacernos—tanto daño?

Antonio Borrell sonrió con ternura, mientras una tristeza infinita nublaba esos ojos que ya habían visto de todo:

—Miguel, ¿has oído alguna vez eso de “bendita ignorancia”? Pues esa es mi respuesta porque, a veces, la bendita ignorancia nos alivia de un sufrimiento añadido. Lo hecho, hecho está, y no cambiará nada aunque sepas el nombre del culpable. Al contrario, sólo generaría una inquina nueva, un rencor o una desconfianza que existiría siempre, por mucho que quisieras convencerte de que has perdonado. No, Miguel, no merece la pena que conozcas esa información.

—¿Estaremos a salvo de esa persona? Es decir, ¿podría repetir una acción semejante?

De nuevo esa mirada triste, cansada, en los ojos de Antonio Borrell:

—No te preocupes por eso. Cuando un pastor sabe que el lobo merodea cerca del rebaño, el depredador pierde parte de su ventaja, que es el factor sorpresa. Y a este lobo lo tengo vigilado,

así que controló cada uno de sus movimientos.

—Sin embargo, me gustaría saber cuáles han sido sus motivos. Quizás estoy haciendo daño a alguien y no me doy cuenta de ello.

—Hagamos lo que hagamos, incluso actuando con la mejor intención, siempre habrá alguien insatisfecho con nuestras acciones. Esa es una lección de vida que tienes que aprender lo antes posible, pues te garantizo que te evitarás muchas decepciones. Como suele decirse, nunca llueve a gusto de todos. No obstante, mi norma básica es el respeto, y lo hago extensivo a todo en la vida: a mis trabajadores, a mi familia, a mi matrimonio. Si no dañas a los demás, llevado por tu codicia o egoísmo, las cosas irán bien. Aunque a veces, Miguel, haya que ponerse por encima de las copas de los árboles para que a uno le llegue un rayito de felicidad, no sé si me entiendes. Bueno, estoy seguro de que, siuviésemos esta misma conversación dentro de unos años, sabrías de lo que te hablo.

Miguel asintió, realmente convencido. Y ya que estaban hablando de asuntos de cierto calado, era el momento adecuado para hacerle a su tío una pregunta. Quería saber su opinión, pues Antonio Borrell era un ejemplo de la persona en la que le gustaría convertirse.

—Tío, si tuvieses que comenzar de nuevo, ¿Que es a lo que nunca renunciarías?

—Al amor, Miguel, al amor. Por eso insisto tanto en que nunca dejes de luchar por ella, hasta el final, hasta el objetivo cumplido: que estéis juntos.

Miguel asintió una vez más, y Antonio continuó:

—Ya he pensado cómo lo haremos: Martina saldrá de la casa de ese hombre con su madre en la silla de ruedas, con la excusa de pasear con ella por el parque. Allí las estará esperando una persona de mi total confianza quien, ayudada por el cochero, subirá a la mujer al carruaje, detenido en un lugar discreto. Entrarán a mi casa por la parte de las caballerizas, nadie verá nada, y allí te reunirás con Martina. Sólo se ocupará de Teresa una criada que he contratado en exclusiva para ello, y será la única que sepa que está alojada con nosotros. Otro coche os llevará a Martina y a ti, tal y como acordamos, hasta la frontera. Cuando Pedro Sanchís se percate de la huida, será demasiado tarde, ya os habrá perdido la pista y estaréis muy lejos, a punto de embarcar.

Miguel sonrió esperanzado pues, visto así, la huida con su amada era una posibilidad real. Lo que él desconocía era el hecho de que Pedro Sanchís iba a ordenar una vigilancia exhaustiva sobre su esposa, vigilancia que iba a resultar totalmente innecesaria.

Capítulo 22

Martina se inclinó instintivamente sobre el costado de la barca, pero lo que sucedió a continuación fue algo impensable: Lucrecia golpeó en la cabeza a Virtudes con uno de los remos, liberado del escámo. La chica cayó de lado, mientras Martina ahogaba un grito que, de puro terror, no logró articular.

—Ahora te toca a ti— la mirada de Lucrecia expresaba determinación y, quizás, una pizca de locura.

Martina miró de reojo el otro remo, pero desde su posición le iba a ser imposible soltarlo para empuñarlo como arma. Lucrecia se dio cuenta de sus intenciones:

—Ni lo pienses. Además, en el forcejeo, podrías caer al agua, y no sabes nadar...

—¿Eso es lo que pretendes, que muera ahogada?

Lucrecia soltó una de sus desconcertantes carcajadas:

—Por supuesto, para eso hemos venido aquí.

—¿Y Virtudes?—preguntó Martina, tratando de ganar tiempo —Creía que eráis amigas.

—¿Ésa? —Soltó una nueva risotada que nadie pudo oír, pues estaban solas en medio del lago— ¡Es una pesada insoportable! Le he hecho creer que lo éramos, me convenía. Pero no hay quien la aguante. Me la he quitado de en medio para que no estorbe —un hilillo de sangre corría desde la sien de Virtudes, en una trayectoria descendente hasta su boca abierta—, porque antes de matarte, quisiera decirte unas cuantas cosas que aún ignoras.

—Pues no lo alargues demasiado, si no te importa —dijo Martina, desafiante, aparentando una valentía que estaba muy lejos de sentir. Necesitaba que Lucrecia la viese como una rival fuerte.

—¿No te preguntas por qué hago esto?

Martina respondió inesperadamente:

—No me interesan tus motivos, tampoco los de ese hermano tuyo, ese...monstruo.

Con una tranquilidad pasmosa, Lucrecia asintió:

—Ahí has acertado, es un monstruo. Pero parte de lo que has dicho, no es cierto. ¿Aún no has adivinado quién soy?

Martina la miró desconcertada. Estaba muerta de miedo, y la situación no era propicia a las adivinanzas, pues todos sus recursos mentales estaban centrados en sobrevivir. Pero Lucrecia, con la situación controlada a su favor, no estaba dispuesta a renunciar al juego:

—¿Nunca te has preguntado por qué me siento siempre a la derecha de mi interlocutor? ¿No has observado mi tendencia a mirar a la boca de las personas que me hablan? —Martina cayó en la cuenta de que era cierto—Lo hago porque estoy totalmente sorda de este oído —y lo señaló con el dedo.

En la cabeza de Martina, los datos comenzaron a solaparse. ¿Sorda de un oído? De pronto, su memoria fotográfica le trajo la visión de un documento, donde la letra pulcra del escribiente había dejado constancia de estas palabras: *sordera permanente del oído derecho*.

—En realidad, no me llamo Lucrecia Sanchís, sino María Concepción Ruiz. Y me consta que ya sabías de mi existencia.

Las palabras de la mujer desconcertaron a Martina. ¿Aquella era la obrera textil que sufrió la brutal agresión por parte de ese hombre, un tal Raimundo Pérez, creía recordar? Martina, a pesar de la situación, necesitaba saber. Su cerebro funcionaba a toda velocidad y quizás aquel dato

podría serle de utilidad para tocar la fibra sensible de Lucrecia —María Concepción— y evitar que la matase. Miró de reojo a Virtudes: la hemorragia de la cabeza le tapaba parte del ojo, y se sobrecogió: parecía muerta. Consciente de que debía mantener la calma, desvió los ojos de la aterradora visión, para clavarlos en Lucrecia:

—En efecto, sé quién eres, encontré una denuncia que mi esposo guarda en un baúl. Y he querido investigar acerca de ti, porque algo me dice que Pedro Sanchís estuvo implicado en la agresión. Pero, ¿por qué te has hecho pasar por hermana de él? —Martina no entendía nada.

Lucrecia sonrió, perversa:

—Eres una chica lista, Martina. No ibas mal encaminada, lástima que no hayas descubierto todo esto a tiempo porque, en tal caso, hubieses salvado la vida. Y como vas a morir ahogada en este lago, no importa que sepas la verdad. Yo quiero contártela, el desahogo es una herramienta para poder seguir adelante, a pesar de lo que llevo encima. Aunque me consta que ya conoces los métodos de Pedro Sanchís—pronunció este nombre con evidente sorna, mientras Martina bajaba la cabeza al rememorar las vejaciones a las que él la sometía—. Por tu actitud, deduzco que así es. Y veo que sigue en su línea de siempre: lo único que se la pone dura es la violencia. Espero que disculpes mis expresiones —apuntó Lucrecia, como si eso pudiese tener alguna importancia ahora— pero tampoco creo que te escandalices demasiado, al fin y al cabo, eres una obrera como yo—. Pues eso: que si no ve miedo en los ojos de una mujer, no se le levanta.

Martina fue a decir algo, pero Lucrecia la cortó:

—No tengo todo el día, así que calla y escucha. Verás: tu esposo no se llama Pedro Sanchís, sino Raimundo Pérez— Martina no salía de su asombro—. Se cambió el nombre al salir de la cárcel, en la que, por supuesto, no pasó el tiempo que debería haber pasado. El juez consideró que la relación que manteníamos —vivíamos amancebados— era un “parentesco” que le daba ciertos derechos sobre mí, por lo que se desestimaron algunos detalles de la agresión que pasaron desapercibidos, sin que nadie le castigase por el delito de dejarme estéril para siempre. ¿Comprendes a lo que me refiero? —Martina asintió en silencio—. Al salir de presidio, se fue de la ciudad, y reconozco que me ha costado años encontrarlo. Primero tuve que curar mis heridas, sobre todo las del alma y, una vez repuesta, me dediqué a buscarlo sin tregua. Sabía que daría con él, pues nunca podrá desprenderse de esa cicatriz que le atraviesa medio rostro, por mucho que intente ocultarla tras la barba. Yo se la hice, intentando defenderme. Lo que no esperaba es que se hubiese hecho rico — tan rico— aunque, en honor de la verdad, era de esperar, pues es un desaprensivo, y siempre aceptaba, por dinero, lo que muchos otros rechazaban por una cuestión de principios.

Martina vio en sus palabras una oportunidad de empatizar con ella:

—¿Por qué quieres hacerme daño?¿No acabas de reconocer que soy una víctima de ese sinvergüenza, de ese farsante?¿Soy una víctima igual que tú!

—¡No, te equivocas!— en el rostro de Lucrecia apareció una sonrisa triunfal, totalmente improcedente, pues en la narración de unos hechos tan terribles, nadie salía ganando—. La diferencia entre tú y yo es importante. Yo me enamoré de él, llegué a amarlo, por eso soporté todo cuanto me hacía. Tú, sin embargo, eres una prostituta, le has entregado tu cuerpo a cambio de una vida que no te corresponde. Venderte a él te ha convertido en una dama.

— ¡Eso no es cierto! —Se defendió Martina, indignada— ¡Las circunstancias me condujeron a ese matrimonio! Detesto a ese hombre, soy muy infeliz. Yo amo apasionadamente a otro, él es mi vida, y ya ves...—Martina bajó la cabeza, desarmada, entristecida.

Lucrecia sonrió con malicia:

—Lo sé, Virtudes me lo ha contado, también lo que sucedió el día del baile. Y como vas a morir,

y ella ya está muerta, no importa que me chive: la muy zorra me confesó que cambió tus apasionadas cartas por otras, en las que le dejabas bien claro a Miguel tu deseo de cambiar de vida y olvidarte de él.

Martina se llevó las manos a la boca. ¿Así que había sido eso? Recordó la extrañeza de Miguel cuando le reprochó que no hubiese luchado por ella, y su insistencia en que fue ella la que quiso renunciar a su relación para casarse. Ahora lo comprendía todo y se sintió muy feliz: él nunca, jamás, había dejado de quererla, era cierto. Sonrió imperceptiblemente, a pesar de las terribles circunstancias en las que se hallaba.

—¿Qué sacas con esto? ¿Por qué deseas que yo muera?

Lucrecia respondió con mirada perversa:

—Eres parte de mi venganza: tu cuerpo le vuelve loco, te desea. Le hace inmensamente dichoso poseer a una belleza como tú, a la que puede tomar cuando se le antoje. No olvides que le temes, y eso te hace deseable hasta un punto que no te imaginas. Quiero privarle de ti, del placer que le proporcionas, lo mismo que él me privó de mi futuro, dejándome sorda de este oído, abandonada a mi suerte, incapaz de rehacer mi vida.

—Yo le abandonaré—dijo Martina.

—Eso no me basta, no es suficiente, porque lo quiero todo para mí. Nada compensará el sufrimiento que ese desgraciado me causó pero, al menos, me consolaré con su dinero. Si tú mueres, el afligido viudo no volverá a contraer matrimonio — de eso me encargo yo— y se quedará solo con su adorada hermana Lucrecia. Haré y desharé a mi antojo: él no podrá impedírmelo, estará a mi merced, porque sólo yo sé que vive bajo una identidad falsa. Y ahora, dejemos la charla.

—¿No vendrá nadie, verdad? Ni los Figueroa, ni Miguel...—preguntó Martina, aun sabiendo la respuesta.

Lucrecia la miró con falso entusiasmo:

—Lástima que no hayas sido tan perspicaz hace unas horas. Pero te comprendo: la necesidad de ver a tu amado te ha nublado la razón.

—Acabemos de una vez, si es eso lo que deseas—dijo Martina, dispuesta a seguir distrayéndola, como fuese—pero piensa bien lo que haces, ¿crees que podrás librarte de la cárcel? O de la pena de muerte, porque te juzgarán por dos asesinatos.

Lucrecia volvió a reír:

—No hay testigos—contestó la aludida con seguridad—. Recuerda que soy la hermana soltera y respetable de Pedro Sanchís. Todos me creerán: tú no sabes nadar y, en medio del lago, te entró el pánico. Virtudes intentó sujetarte pero, en el forcejeo, se golpeó la cabeza. La barca volcó: Yo intenté socorrer primero a Virtudes, porque estaba inconsciente y se adentraba sin remedio en las profundidades. La saqué a flote cuando ya era demasiado tarde. Y cuando quise ir a por ti, ya te habías ahogado.

—Nadie creerá que has podido hacer todo eso con tanta ropa puesta—replicó Martina, retándola.

—Soy una excelente nadadora. Y mira mi ropa: la chaqueta se desabrocha con facilidad, y la falda se suelta con sólo quitar un botón.

En ese momento, Virtudes abrió los ojos, pero no se movió. Una mueca de terror contrajo su boca al comprobar que no era agua, sino sangre, lo que le humedecía la cara.

Mientras, Lucrecia decidió dar por finalizada la conversación y, de improviso, empujó con una embestida demencial a Martina. Sin tiempo de reacción, el cuerpo de la joven rotó hasta caer en la oscuridad acuosa del lago. La mujer se asomó a punto de observar, con inmutable crueldad, la cara de terror de la chica.

Sin embargo, Martina no se hundió: no sabía andar, pero recordó el movimiento instintivo de los animales en el agua, la cabeza fuera intentando respirar, y el movimiento de las extremidades para mantenerse a flote. Sabiendo que era su única posibilidad, intentó mantener la calma y lo imitó. Era muy complicado, pues las ropas mojadas tiraban de ella hacia abajo. También era consciente de que sus fuerzas acabarían por agotarse, pero no podía dejarse morir.

Mientras, Lucrecia, que la observaba con fijeza, comprendió que, de seguir así, quizás se mantuviese a flote más tiempo del conveniente, era joven y fuerte, y parecía empeñada en sobrevivir. Comenzó a ponerse nerviosa, pues había supuesto que todo sucedería muy rápido, pero en cualquier momento alguien podría verlas. Se quitó la chaqueta con rapidez y, tal y como le había dicho a Martina, un botón fue suficiente para que la falda cayese a sus pies. Se lanzó al agua, dispuesta a sumergir la cabeza de la chica y precipitar su ahogamiento.

Martina intuyó las intenciones de Lucrecia y observó con terror cómo se acercaba. En un segundo, sintió la mano fuerte de la mujer sobre su cabeza y, a continuación, todo lo que la rodeaba era agua.

Virtudes oyó el chapoteo y, con movimientos lentos, se enderezó. Acudieron a su cabeza las imágenes de lo sucedido, Lucrecia había intentado matarla. Comprendió que ahora trataba de ahogar a Martina. Vio los esfuerzos inhumanos de ella por deshacerse de la mano que le sumergía la cabeza. Martina, su odiada rival, moriría ahogada, y la escena no era una de sus fantasías, sino tan real como aquel lago en el que el sol de la mañana acariciaba su cara ensangrentada...

Apenas podía sujetarse, pero cogió con ambas manos el remo y, sin vacilación, lo descargó con fuerza sobre la cabeza de Lucrecia. Inmediatamente, un pequeño río sanguinolento se extendió por el agua, tiñéndola de un intenso color rojo. Lucrecia había perdido el conocimiento y yacía con la cabeza sumergida. Era cuestión de pocos minutos que se ahogase.

—¡Agárrate fuerte, Martina!

Con el mismo remo con el que golpeó a Lucrecia, Virtudes trataba de salvar a Martina, quien libre de la mano que la empujaba hacia las profundidades, había sacado la cabeza, en un desesperado intento por respirar. Llevada por el instinto más básico, sus dedos se estiraban hacia el extremo redondeado, intentando al mismo tiempo que la nariz, al menos, quedase fuera del agua. Su salvadora se estiró un poco más, lo suficiente para que ella se aferrase con las pocas fuerzas que le quedaban, mientras Virtudes tiraba de ella hasta la barca. En cuanto Martina se agarró con los dedos al borde, Virtudes suspiró aliviada:

—¡Dame las manos, te sacaré!

Las ropas de Martina, empapadas de agua, eran como un lastre de plomo, pero Virtudes, a pesar de ser una mujer en exceso delgada y débil, tiró con determinación hasta lograr que el torso de la chica quedase dentro de la barca. Con un último esfuerzo de ambas, lograron sacar del agua las piernas de Martina, quien cayó sobre el suelo de madera, desmadejada y agotadas todas sus fuerzas.

Virtudes seguía sangrando por la herida de su cabeza, y el esfuerzo realizado en el salvamento no hizo sino empeorar la hemorragia. De pronto, todo se volvió blanco como en un paisaje nevado, y pensó que iba a morir. No le importaba demasiado, porque lo haría satisfecha de que, su última acción en este mundo, hubiese sido salvar a Martina.

Capítulo 23

Las dos supervivientes fueron puestas a salvo y atendidas en el hospital.

Martina, a pesar de todo, no había sufrido ningún daño. Estaba exhausta y muy asustada, pero había salvado la vida, aunque en los peores momentos dentro del lago, pensase que su final había llegado.

Vencida por el cansancio y las emociones extremas, se quedó dormida.

Una especie de brisa primaveral, cargada de fragancias, la despertó de pronto. Miguel estaba su lado.

—Miguel, amor mío

Él la miraba, emocionado:

—No hables, Martina, ahora debes descansar —tomó su mano y la apretó con calidez.

—Ella me salvó, Miguel, me salvó la vida—las lágrimas rodaron por el rostro angelical de la joven. Miguel sacó un pañuelo y, con infinita delicadeza, se las secó.

—Lo sabemos, Martina.

En ese momento, un aire helado los sobrecogió. A pocos pasos de la cama, la presencia de Pedro Sanchís se hizo notar:

—Levántese de inmediato, y aléjese del lado de mi esposa si no quiere salir mal parado.

Martina lo miró como nunca lo había mirado. El hombre vio en sus ojos valentía, determinación y triunfo:

—No eres mi esposo, sólo eres un cobarde, un violador de mujeres, un maltratador —el recién llegado no pudo ocultar su sorpresa— ¿Quién te hizo esa horrible cicatriz en la cara, Pedro Sanchís? ¿O debería llamarte por tu nombre real, Raimundo Pérez?

Una ola de resarcimiento invadió a Martina cuando los ojos del hombre reflejaron sobre los suyos el mismo miedo que, tantas veces, él vio en los de ella. Comprendiendo que le habían desenmascarado y aquel era su final, intentó escapar. Miguel, hábil de reflejos, lo detuvo.

—Avisa a las autoridades —dijo Martina con un aplomo impensable—, que se lo lleven de aquí. Este hombre no es quien dice ser. Y, por tanto, no tiene ningún derecho sobre mí, porque yo no soy su esposa.

En menos de una hora, Pedro Sanchís estaba detenido bajo la acusación de falsa identidad. En efecto, fue relacionado con un individuo que había estado en prisión por un intento de homicidio, llamado Raimundo Pérez. Tal y como le había explicado Lucrecia —o más bien María Concepción Ruiz—, la cicatriz de su rostro fue decisiva para reconocerle.

Virtudes despertó del coma a los dos días de lo sucedido, cuando la inflamación provocada por el golpe remitió. Cuando abrió los ojos, su padre estaba allí, a su lado, sonriéndole con dulzura.

—Eres una valiente, hija mía. No esperaba menos de ti.

Cuando salió del hospital, Martina y ella tuvieron una emotiva conversación, la cual terminaron fundidas en un sincero y lacrimógeno abrazo.

—¿Podrás perdonarme? —preguntó, con la cabeza gacha.

—Estas perdonada, Virtudes. Me salvaste la vida y, si no llega a ser por ti, ahora estaría en el fondo del lago.

—¿Y mi primo? ¿Podrá perdonarme él?

—Está muy enfadado, ya lo sabes, lograste separarnos y sufrió mucho. Pero le conozco, y sé que se le pasará.

—Me volví loca, Martina, es tan guapo...

Martina rió alegremente:

—Claro que es guapo, eso ya lo sé yo.

—Me gustaría hablar con él, sé que no quiere ni verme, pero quisiera decirle que he cambiado. ¿Crees que podrías convencerle?

Martina asintió.

A los pocos días, Virtudes se presentó en casa de su primo Miguel.

—Pasa, anda. Tomemos un chocolate y hablemos—dijo él con una sonrisa condescendiente.

—Soy otra, Miguel. Mi padre me ha dicho que, a veces, las experiencias traumáticas son capaces de cambiar a una persona por completo, de hacerla madurar en minutos lo que la vida no había logrado en años. Y eso, por suerte, es lo que me ha sucedido a mí. Ya no me reconozco en esa muchacha egoísta y consentida, capaz de las peores atrocidades para salirse con la suya.

—Me alegro mucho, querida prima —Miguel carraspeó—. No había tenido oportunidad de darte las gracias, salvaste a Martina y, por ello, en cierto modo me salvaste a mí, sin ella mi vida hubiese carecido de sentido. Pero, ¿qué te hizo cambiar de repente?

—Es complicado. Verás, verme con la cabeza abierta y sangrando, aún viva, a pesar de que esa mujer quiso matarme, me hizo replantearme todo en unos segundos. Mi vida pasó ante mí, y vi el vacío, la inutilidad de mi existencia. Pensé en ti, y comprendí que en realidad no te amaba, sólo eras un capricho más. Vi tus ojos, y en ellos se reflejaba la luz que los ilumina cuando miras a Martina, la misma que ilumina los de ella cuando te mira a ti. Tuve una revelación: eso es el amor, no la obsesión ridícula que me había poseído. Os envidié profundamente por la pureza de vuestro sentimiento. Y entonces, algo me hizo comprender que podía formar parte de aquello, que yo también podía ser amor, un amor limpio, desinteresado. Y salvar a Martina era mi acto de amor.

Una lágrima rodó por la mejilla descarnada de Virtudes. Miguel sacó un pañuelo y, con suma delicadeza, se la limpió. Ella no lo miraba, el pudor que nunca había sentido lo sentía ahora, despojándola de esa falsa soberbia, revistiéndola de la humildad que nunca tuvo. Miguel tomó sus manos entre las suyas:

—Por mi parte, lo de las cartas queda olvidado, para siempre. Te has comportado como una digna hija de tu padre y, ahora sí, me enorgullezco de que seas mi prima, Virtudes Borrell.

Se abrazaron sin rencor, dispuestos a comenzar de nuevo como lo que siempre debían haber sido: dos primos que, por una afortunada casualidad del destino, habían logrado encontrarse.

EPÍLOGO

Martina era una novia bellísima, esta vez sí. El día había amanecido soleado, y el ambiente festivo y relajado se respiraba por todos los rincones.

Antonio Borrell fue el encargado de llevarla del brazo hasta el altar. Llegaron a la iglesia montados en el ruidoso vehículo a motor del industrial, despertando la curiosidad de quienes se agolpaban en las inmediaciones, deseosos de ver a los contrayentes.

Miguel ya esperaba, vestido para la ocasión. Su magnífico porte y sus modales impecables no lograban, sin embargo, acallar el nerviosismo que dejaba entrever el ligero temblor de sus manos.

En el momento en que Antonio dejaba a Martina al lado de su futuro esposo, un resplandeciente rayo de sol atravesaba la vidriera del presbiterio, iluminando los rostros de los jóvenes en una alegoría perfecta de lo que representaba aquella unión.

Por un momento, Martina comparó dos situaciones, la que ahora vivía y la que vivió, también vestida de novia, hacía ya casi dos años. Sonrió: había estado en el infierno y, por eso, agradecía, aún más, entrar en el paraíso.

Intercambiaron sus anillos y, aunque el gesto pudiera escandalizar a algunos de los allí reunidos, no renunciaron a besarse larga y profundamente, uniendo sus bocas en una perfecta comunión de sus almas.

Salieron de iglesia cogidos de la mano, sonrientes y felices. Antes de subir al coche de caballos, engalanado para la ocasión, Martina se acercó a su madre, quien la miraba con los ojos anegados en lágrimas, esta vez de felicidad.

—Martina, hija mía, vas a ser todo lo feliz que te mereces —Martina se agachó y se abrazaron con fuerza—. Y ahora ve, tu marido te aguarda.

—Cuidadla bien hasta mi regreso— suplicó Martina a la criada que empujaba la silla, la cual asintió, enternecida por la visión de la bella novia que partía de viaje de bodas con su apuesto esposo.

El coche se perdió entre las calles empedradas, mientras los asistentes al enlace lo miraban alejarse, algunos de ellos emocionados, pues sabían cuánta felicidad viajaba dentro.

Entraron en la casa de Miguel—ahora el hogar de ambos—, él con su esposa en brazos, como mandaba la tradición. La criada, que ya los aguardaba, se adelantó un paso y carraspeó:

—Los señores ya tienen el equipaje preparado.

—Gracias, Serafina. Iremos a cambiarnos de ropa y partiremos enseguida.

—Bájame, Miguel, no creo que puedas subir las escaleras conmigo a cuestras...—dijo Martina, cuando comprendió que su esposo tenía intención de subirla en brazos hasta el primer piso.

Él río:

—Ahora te demostraré mi fuerza impensable, ¡no pienso soltarte ni aunque me lo supliques!

Entraron en el cuarto que, a partir de ahora, sería el dormitorio conyugal, entre risas y juegos. Miguel cerró la puerta, apoyándose en ella.

—No puedo creerlo, no puedo. ¡Dios, soy tan feliz!

Ella se acercó y lo besó con delicadeza.

—Yo tampoco puedo creerlo, Miguel. Te amo tanto...

El comenzó a desabrochar el vestido de novia con dedos temblorosos, hasta dejar al descubierto la delicada piel de su joven esposa.

—Creía que sólo habíamos venido a cambiarnos—dijo ella, con la mirada radiante.

—Claro que lo haremos, pero antes...

Miguel volvió a besarla, esta vez con urgencia. Sin que ella se resistiese, la despojó de su traje de novia, que cayó a sus pies. Desnuda, Miguel se apartó de ella para observarla con admiración. A continuación se despojó con prisa de su propia ropa, mientras Martina admiraba a su vez el regalo de su perfecta anatomía. Él volvió a tomarla en sus brazos y, con un gesto rápido, cargó con ella y la depositó con cuidado sobre la cama. Eran todo deseo y amor, tanto, que en un instante fueron los dos uno. Ella lo recibió fundiéndose en él, deseándolo con tanta fuerza, que casi le dolía la inmensa sensación de felicidad.

Tenían todo el tiempo del mundo, aunque acabase de detenerse cuando ambos, en un final apoteósico de aquel acto sublime, entraron juntos en ese paraíso tantas veces soñado.

Nota de la autora

Ha sido un placer escribir para ti, así que espero que nos veamos en nuevas novelas que, muy pronto, verás publicadas.

Las reseñas son muy importantes para seguir creciendo. Si la novela te ha gustado, me ayudarías mucho dejando una valoración.

Puedes contactar conmigo en el correo electrónico: letizia.balmoral@gmail.com.

Estaré encantada de responderte.

Para estar al tanto de las novedades , entra en mi **Instagram:**
[letiziabalmoral](https://www.instagram.com/letiziabalmoral)

Y, si te apetece seguirme, te dejo el enlace a mi **página de autor de Amazon** en este link:

[Letizia Balmoral](#)

Espero que volvamos a compartir páginas muy pronto. Y no olvides que *escribo para ti*.
Un abrazo.
Letizia.